

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
MENDOZA — ARGENTINA

**ANALES
DE ARQUEOLOGIA
Y ETNOLOGIA**



AÑO 1965

TOMO XX

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que previene la Ley N° 11.723

INSTITUTO DE ARQUEOLOGIA Y ETNOLOGIA

Rivadavia 544

Mendoza

Director

Prof. Dr. JUAN SCHOBINGER

Ayudantes de Investigación

Prof. LUBE SARA ROITMAN
SUSANA GONZÁLEZ DEL SOLAR
SILVIA BUSTOS

Bibliotecaria

Prof. NÉLIDA CUETOS

Ayudantes Técnicos

VICENTE ORLANDO AGÜERO BLANCH
BERNARDO RÁZQUIN

Laboratorista

JULIO OSCAR FERRARI

SOBRE LA APLICACION DE METODOS ESTADISTICOS AL ESTUDIO DEL ARTE RUPESTRE

POR ANA MARIA LORANDI DE GIECO

Introducción

Desde el momento en que la arqueología deja de ser una técnica meramente clasificatoria para transformarse en una ciencia capaz de reconstruir estructuras culturales y procesos de cambio, fue necesario esclarecer los fundamentos teóricos del quehacer arqueológico y mejorar progresivamente las técnicas que le permitan extraer conclusiones cada vez más precisas y más completas.

Si bien el objeto del presente trabajo es analizar a fondo la metodología empleada en el estudio del arte rupestre, no podemos dejar de lado los aspectos teóricos que deben servirnos de punto de partida bien sólido para que nuestras conclusiones tengan valor real. Todo estudioso de arte rupestre tiene que tratar de descubrir los estilos que se manifiestan en las expresiones artísticas. Para ello necesita conocer el concepto de estilo, en su sentido general y en su sentido instrumental. "By style is meant the constant form —and sometimes the constant elements, qualities, and expression— in the art of an individual or a group" (Schapiro, 1962). Para completar esta definición de tipo general necesitamos otra que nos sirva como instrumento efectivo de trabajo en nuestra propia esfera científica. En la misma obra, Schapiro también nos ofrece una: "For the archeologist, style is exemplified in a motive or pattern, or in some directly grasped quality of the work of art, which helps him to localize and date the work and to establish connections between groups of works or between cultures. Style here is a symptomatic trait, like the nonaesthetic features of an artifact. It is studied more often as a diagnostic means than for its own sake as an important constituent of culture" (Schapiro, op. cit. pág. 278).

Tanto como el historiador de arte, el arqueólogo utiliza el estilo para ubicar temporalmente el origen de los trabajos. A través de un estilo puede establecerse áreas de dispersión cultural, y tradiciones culturales. El estilo de arte refleja las pautas de conducta del grupo y como tal es un extraordinario vehículo de comunicación: "...fixing certain values of religious, social, and moral life through the emotional suggestiveness of forms" (Schapiro, op. cit. pág. 278).

Para definir un estilo es necesario según el autor citado tener en cuenta tres premisas generales: "form elements or motives, form relationships, and qualities (including an all-over quality which we may call the expression)" (op. cit. pág. 280).

Para poder llevar a cabo el estudio de estos tres aspectos, son necesarios análisis progresivos, detenidos, cuidadosos, que nos permitan encontrar las constantes formales, asociativas y cualitativas de las expresiones de arte que estamos estudiando.

Nosotros hemos utilizado dos grandes tipos de métodos: el cualitativo y el cuantitativo. Ninguno de los dos, creemos que puede en forma independiente, lograr la definición de un estilo. Por eso hemos utilizado ambos, combinándolos de manera tal de que esté corroborada y asegurada, hasta donde sea posible, tanto la definición y aislamiento en sí mismo de los estilos, como su ubicación contextual y cronológica sin la cual aquellos carecerían de sentido. Si el estilo refleja la estructura interna del pensamiento y sentimiento colectivo, las expresiones de arte rupestre y su íntimo significado sólo pueden entenderse a través del profundo conocimiento que lleguemos a tener de esos "pensamientos y sentimientos colectivos" del grupo al que pertenece.

Metodología

Una vez cumplidos los pasos necesarios para obtener los registros completos y exactos sobre los materiales que nos interesan, el investigador debe enfrentar el problema del trabajo de gabinete tratando de utilizar una metodología que le permita lograr su objetivo con la mayor precisión posible. El viejo método de describir petroglifo por petroglifo es sumamente tedioso tanto para el arqueólogo como para el lector. En cambio es mucho más útil ilustrar completamente todos los ejemplares, resaltando en el texto los caracteres más notables o excepcionales y dejando que el observador los estudie directamente de las ilustraciones.

Ahora bien, para lograr la precisión necesaria en la tarea de delimitación de los estilos, y su posterior ubicación contextual y cronológica, el moderno investigador debe utilizar técnicas cada vez más exactas y que permitan transmitir sus conclusiones con la mayor objetividad posible, haciendo que el margen de subjetividad se restrinja al máximo. Los estilos no deben ser creaciones del investigador sino que deben responder a una realidad cultural dada, realidad que es necesario que sea captada por todos aquellos que consultan su obra.

Movidos por este afán de objetividad, la arqueología moderna se ha apoyado para diversos tipos de trabajos en las ciencias exactas, por medio de la estadística. Actualmente es utilizada entre otras cosas para la clasificación y formulación de tipos de alfarería, para tareas similares con material lítico y aún aplicando cuidadosas técnicas de muestreo para efectuar trabajos de campo en base a diseños de investigación bien planeados. (Bindford, 1964).

El estudio del arte rupestre también se ha apoyado en los análisis cuantitativos ya sea en América como en Europa.

En el primer caso, Robert Heizer y Martín A. Baumhoff (1962) utilizan métodos de cálculo de probabilidad para comprobar la presencia de dos estilos en los petroglifos del Sitio I de Lagomarsino en Nevada, EE. UU. (pág. 307-308).

En Europa, Leroi-Gourhan también utiliza los métodos estadísticos aplicándolos al estudio de las religiones de la prehistoria. (Leroi-Gourhan, 1964). En el capítulo sobre el arte religioso estudia la ubicación de las pinturas rupestres en las diferentes secciones de la cueva, pudiendo determinar mediante porcentajes cómo los distintos temas tienen distinta ubicación, y comprobar la regularidad de estos datos.

Todo esto nos demuestra que es posible aplicar métodos o técnicas estadísticas a aspectos tales como las expresiones de arte en la prehistoria. De ninguna manera los autores citados dejan de utilizar otros métodos ni de analizar cualitativamente los datos que están estudiando. Simplemente, pretenden que la estadística les compruebe, matemáticamente, algunas de sus conclusiones básicas.

La estadística tiene muy buenas probabilidades de servir fehacientemente a la arqueología, pues las categorías arqueológicas son estables y más fácilmente aprehensibles. No sucede lo mismo, por ejemplo en antropología social, en donde el quehacer humano constante puede provocar modificaciones fundamentales en el mismo momento en que el investigador está trabajando. Las categorías del arqueólogo están ya dadas. Pero es cierto también, que cuando los grupos que

dejaron los restos materiales, vivían, también estaban en un constante proceso de cambio que se manifestó en todos sus artefactos y en todas sus obras de arte. El arqueólogo tiene que tratar de captar esos cambios para comprender la dinámica cultural y el proceso histórico además de la estructura interna formada por elementos interdependientes de la cultura. Si el arqueólogo está consciente de que su tarea es tratar de descubrir las pautas culturales reales que se manifiestan a través de los elementos de la cultura material y expresiones de arte, también se enfrenta con un problema de cambio, cuyo ritmo e intensidad desconoce a priori, y que debe tratar de conocer en toda su magnitud. En este problema reside la principal dificultad. Las categorías que aislamos deben ser reales y estables para ser trabajadas estadísticamente. Pero si nuestro interés es la cultura, también deben reflejar el cambio, e incluso cuando es posible su funcionalidad.

Los estudios de arte rupestre en América presentan un problema básico que se agudiza en nuestro país: la falta de estudios científicos que hacen que toda categorización sea en cierto modo provisional, por la falta misma de universos numerosos correctamente descriptos. Para que los tipos de formas pintadas o grabadas tengan valor real deben basarse en poblaciones numerosas, lo cual traducido a la terminología arqueológica significa más trabajos de campo y más trabajos seriamente elaborados en donde el problema de las interpretaciones sólo sea encarado en función del conocimiento profundo de la estructura interna de la cultura respectiva, y no con prescindencia de ella. Por eso en el presente trabajo, nosotros nos hemos decidido a utilizar las técnicas estadísticas como un control actualmente imprescindible en la formulación de los estilos, pero dejamos debidamente aclarado que estas técnicas y las categorías en las que se basan estarán sujetas a modificaciones a medida que nuevos aportes nos permitan conocer más exactamente la realidad cultural íntima del pasado que estamos estudiando.

El método de estudio empleado por nosotros en la presente investigación consta de los siguientes pasos sucesivos que serán enunciados a continuación.

El primer paso consiste en aislar los elementos existentes en el arte rupestre de todas las zonas que estudiamos. Esto implica una detenida y prolongada tarea de observación de los elementos y luego su posterior descripción. Este proceso es en gran parte similar al que se realiza en la formulación de tipos cerámicos. Es decir, es necesario considerar todos los aspectos posibles de representación de cada elemento y hacer una abstracción tipo de cada uno de ellos. Hay casos en los

que este trabajo es sumamente simple como por ejemplo cuando se trata de figuras geométricas, pero hay otros de mayor complejidad como en las figuras humanas en donde las variaciones en las formas de representación son tales que puede correrse el riesgo de formular un tipo para cada caso, y por lo tanto esta dificultad sólo puede salvarse contando con numerosos ejemplares de modo que las variaciones adquieran su verdadera dimensión. Esta condición, universos numerosos, ya ha sido puntualizado por los investigadores, sobre todo para la formulación de tipos cerámicos. Lewis Binford (1964) explica claramente las normas relativas al tamaño de toda muestra arqueológica de la cual pretendemos extraer datos culturales. "Por ejemplo, en el caso de una muestra cerámica compuesta de 100 fragmentos, es posible que si sólo están representados dos "tipos", la muestra puede ser suficiente para dar una estimación segura de las relativas proporciones de los dos tipos en la población. Por otro lado si dentro de la muestra, hay 15 tipos, entonces, el valor de la misma para estimar las relativas proporciones de los tipos reconocidos es muy bajo". Es decir que en las muestras reducidas las diferencias adquieren una importancia mayor y concluimos formulando más tipos de los que realmente existen, porque corremos el riesgo de carecer de la perspectiva necesaria para que nuestros tipos sean realmente productos de una conducta culturalmente pautada.

Una vez descriptos los elementos así elaborados, hemos concluido con la primera etapa de análisis, de tipo cualitativo, y comenzamos con la segunda de carácter cuantitativo. Los elementos deben ser codificados. Se les asigna un número a cada uno, colocando en orden sucesivo los del mismo tipo, de la siguiente manera: 1, circunferencia, 2 circunferencia con punto, 3 circunferencia tangentes... 10, rectángulos, etc., hasta concluir con las figuras geométricas y sus combinaciones, luego sin interrupción continuar de la misma forma en los tipos de figuras zoomorfas, antropomorfas, etc., dejando para los números finales aquellas representaciones inclasificadas y excepcionales.

Una vez hecho ésto, se tabulan los datos. Se confeccionan planillas por sitios, colocando horizontalmente la codificación y verticalmente el número que le corresponde a cada ejemplar de arte rupestre y en ellas se van consignando el número de veces que cada elemento aparece en cada ejemplar (ver cuadro N° 1). Posteriormente se efectúan las siguientes sumas: por elemento, y por ejemplar. De esta manera podemos comenzar a realizar un prolijo estudio de nuestros datos mediante la aplicación de diversas técnicas estadísticas. En primer lugar

se hace el recuento de la cantidad de elementos presentes en cada sitio, y se analizan los tipos presentes. Para mayor claridad describiremos los datos cuantitativos obtenidos en un sitio del valle de Santa María: Ampajango, Campo del Ingenio, prov. Catamarca. (Ver cuadro N° 1 y Apéndice N° 1).

En primer lugar podemos hacer notar que aparecen 39 elementos de los 47 de nuestra tabla. El porcentaje mayor está dado por la huella de ñandú o avestruz (27) con 17,4 por ciento. En este sitio están representados todos los elementos de tipo gemétrico recto y curvilíneo que sumados alcanzan el 60,4 por ciento del total, valor sumamente importante que destaca la preeminencia de este grupo en este lugar. Dentro del mismo el porcentaje mayor corresponde a los motivos irregulares de líneas sinuosas (12) con 9,1 por ciento. Los valores porcentuales decrecen en el siguiente orden: circunferencias (1) 7,6 por ciento; líneas quebradas (15) 6,7 por ciento; líneas onduladas (11) 6,4 por ciento; circunferencias con apéndices (4) 6 por ciento; el resto es inferior a estas cifras con valores que oscilan entre 2,6 por ciento y 0,3 por ciento.

La cruz simple (22) se presenta con 3,8 por ciento y la cruz simple de contorno curvo (23) con 1,3 por ciento. Dentro del grupo de motivos representativos debemos hacer notar el escaso porcentaje de la figura serpentiforme: 1,3 por ciento. El motivo de camélidos (36) alcanza 2,6 por ciento y la figura humana esquemática 1,7 por ciento.

El segundo tipo de análisis que hemos efectuado es con respecto a la cantidad de elementos y sus respectivas repeticiones en cada ejemplar. Esto nos demuestra que sobre 103 ejemplares, 8 (7,7 por ciento) alcanzan a tener 10 ó más motivos o sus repeticiones en cada uno. La cifra máxima es de 18 motivos en el petroglifo N° 10. El motivo que mayor número de veces ha sido grabado en un mismo petroglifo es la huella de ñandú: 9 veces. El resto de los elementos tienen cifras menores que no superan las cinco veces. En cambio este sitio ofrece el porcentaje máximo de petroglifos que tienen entre 5 y 9 elementos o sus repeticiones: hay 33 petroglifos en estas condiciones que representan el 32 por ciento del total.

Este tipo de análisis nos permite extraer importantes conclusiones con respecto a la dinámica interna de los estilos que vamos progresivamente aislando. Es importante conocer cómo se comportan los motivos dentro de cada petroglifo, pues así se completan y se corrigen notablemente las conclusiones obtenidas mediante el estudio porcentual de los elementos en sí mismos. Un motivo puede tener el máximo porcen-

taje porque aparece gran número de veces representado en una porción de petroglifos solamente, por ejemplo; así como puede darse el caso de que alguno de ellos se lo localice en todos los petroglifos de la región.

Puede darse también el caso de elementos de porcentaje escaso o medio que tienen una distribución fluctuante y aparezca en todas las regiones. De los tres ejemplos mencionados pueden extraerse conclusiones muy diferentes: en el primer caso diríamos que existen dos estilos en la región, uno de ellos dado por la preeminencia de un grupo de petroglifos de una serie determinada de elementos que sólo se encuentran escasamente representados en el resto de los ejemplares; en el segundo caso, concluiríamos que en la región es dable señalar la existencia de un solo estilo de arte rupestre y en el último, el resultado es que dichos motivos carecen de valor diagnóstico, ya se porque son elementos extremadamente simples o bien porque están determinados, en cierto modo, por la ecología regional. Para aclarar esto último, diremos que la presencia de camélidos en la Puna es constante, tanto espacial como temporalmente considerados y por lo tanto nos es lícito concluir de ellos la importancia que dichos animales pudieron tener en el ciclo vital de los grupos, pero no nos sirve aún, como elemento diagnóstico definitivo en la comparación de sitios de la Puna misma, y en forma muy dubitativa lo hemos subdividido en tipos que tienen valor temporal.

Este trabajo de análisis debe realizarse para cada uno de los sitios y compararlos sucesivamente de modo que se resalten convenientemente las diferencias y similitudes existentes entre ellos. A esto debe agregarse el estudio de cuadros de asociación previamente confeccionados (cuadro N° 2 y Apéndice N° 1). Se manejan a la vez todos o varios de los cuadros correspondientes a sitios diversos, comparando de esta manera lo que podríamos llamar "zonas de asociación", estudiando las constantes asociativas en cada sitio e incluso si ya hemos vislumbrado la composición de los estilos y notamos que hay más de uno en cada región, pueden ya confeccionarse cuadros de asociaciones de cada estilo y comparar las zonas de agrupamiento.

Una vez terminados todos estos análisis el investigador estará en condiciones de establecer los estilos en forma hipotética y deberá proceder a probarlos mediante un segundo análisis cualitativo.

Este consiste en aislar todas aquellas características no cuantificables pero que tienen gran valor cultural. El primer paso consiste en comparar los elementos y particularidades de composición de los "estilos hipótesis" con los elementos decorativos que pueden observarse en la alfarería, piedra, madera, metal, hueso, calabaza, cestetería, tejidos y sus respectivas

composiciones, en cada una de las culturas o facies de la región respectiva. Es necesario tratar de encontrar varias constantes representativas o bien algunos rasgos primordiales que permitan así adscribir culturalmente el estilo de arte rupestre. Es aquí en donde adquiere gran importancia el análisis cualitativo porque puede darse el caso, tal como nos sucede por ejemplo en sitios del sur de la Puna, en donde encontramos grabados de figuras felínicas, una sola en cada sitio. En este caso el análisis cuantitativo restaría absolutamente importancia a este rasgo, pero resulta que es definitorio para la adscripción cultural del estilo en el que está incluido.

Una vez hechos todo estos análisis, es necesario recodificar los elementos, reuniéndolos en números sucesivos de acuerdo con cada estilo y ordenando éstos en base a la sucesión cultural ya hecha de acuerdo con sus respectivas cronologías cuando éstas son conocidas. (Ver Apéndice N° 2).

Cuando en diferentes o en el mismo sitio las características de los estilos aislados son notablemente desiguales, la tarea de análisis puede terminar aquí. Pero suele darse el caso muy frecuente de estilos hipótesis que no pueden ser absolutamente objetivados o separados de otros estilos hipótesis. También puede suceder que en este caso la dispersión sea mayor que algunas de las culturas a que pueda asociárselos. En tales circunstancias es necesario aplicar nuevamente los métodos estadísticos, para que acudan en nuestro auxilio permitiéndonos comprobar o desaprobar la validez de los estilos hipótesis. Nosotros hemos utilizado uno de los tantos test de significación o prueba de hipótesis, denominado X^2 (debe leerse Chi o Ji cuadrado). Las bases teóricas de este test son las siguientes: Las dudas que se tengan con respecto a la validez o a la exactitud de las inferencias que se obtuvieron con los anteriores análisis, hacen que nos preguntemos si son ciertas o no nuestras conclusiones; si el valor obtenido proviene de una realidad cultural (universo real, estadísticamente hablando), en donde se da tal situación o no. Las diferencias que yo observo en los estilos ¿son reales o se deben al azar? nos preguntamos. En la recolección de datos en campos extensos de bloques con petroglifos, por ejemplo, no es posible identificar absolutamente todos los ejemplares a menos que se trabaje con un equipo colosal durante mucho tiempo, condiciones por el momento inaccesibles en nuestro país. Por lo tanto el muestreo que se realice está íntimamente condicionado por el azar de los hallazgos y es muy probable que registremos una cantidad menor a la existente. Por lo tanto es necesario cons-

tatar si se debe aceptar que las diferencias que se observan en los datos se deben al azar. Esto recibe el nombre de Hipótesis Nula y se simboliza así H_0 . O bien si las diferencias son significativas, que en el caso concreto de nuestra investigación estas diferencias serían significativas culturalmente. Esto recibe el nombre de Hipótesis Alternativa y se simboliza de la siguiente manera: H_1 . Mediante una serie de cálculos estadísticos (ver Apéndice N° 3) se obtiene un resultado que se compara luego con una tabla de χ^2 . Si los resultados de los cálculos son menores al valor del índice dado por la tabla del χ^2 , entonces se debe aceptar la H_0 , porque las diferencias que se observan se deben al azar. Si por el contrario, son mayores, rechazamos la H_0 y aceptamos la H_1 , porque las diferencias son significativas. Cuando la cantidad obtenida por los cálculos es mucho mayor que el valor dado por la tabla, se dice que las diferencias son "altamente significativas".

Aplicando ahora concretamente estas dos posibilidades a nuestro trabajo y resumiendo diremos: si los resultados son inferiores o iguales al valor dado por la tabla las diferencias que observamos en nuestros estilos se deben al azar, es decir que las zonas de petroglifos que hemos comparado pueden ser agrupadas en un estilo único, tal como ha sucedido cuando trabajamos los subsitios de Ampajango, en donde notábamos entre ellos algunas diferencias.

Si en cambio, nuestros datos nos obligan a rechazar la H_0 y a aceptar la H_1 , entonces tendremos la seguridad de que los sitios comparados o grupos de petroglifos de algunos sitios, pertenecen a estilos diferentes, tal como se da cuando comparamos Antofagasta de la Sierra y Campana (ver cuadro N° 3).

Es muy interesante la aplicación de este método para detectar diferencias menores. Por ejemplo vemos que comparando Campana con uno de los sitios de Ampajango (Campo del Ingenio), en conjunto, con tres grandes grupos de elementos (cuadro n° 4), el resultado nos demuestra que las diferencias observadas se deben al azar y aceptamos la H_0 . Pero si hacemos un análisis más minucioso, tomando grupos más pequeños de elementos, vemos en cambio que hay diferencias entre algunos de ellos (cuadro n° 5), y el resultado nos obliga a rechazar la H_0 y a aceptar la H_1 . Esto nos permite inferir que si bien en conjunto ambos sitios pertenecen al mismo estilo, hay particularidades locales que los diferencian, e incluso según los casos y con la ayuda de los restantes tipos de análisis podemos descubrir la presencia de otro estilo en una zona en donde éste no se evidencia con claridad.

De esta manera y para resumir, por medio de la aplicación de este

método o técnica estadística, pueden llegar a detectarse diferencias menores, internas en los estilos, o bien sub-estilos diferentes que se dan en menor porcentaje, y luego con la ayuda de los otros tipos de análisis, el investigador consigue determinar el origen o razón de dichas diferencias, localizándolas en la estructura interna misma de los estilos o de los grupos de ejemplares de arte rupestre.

Se puede aplicar este test a grupos reducidos de elementos, comparándolos aisladamente hasta tener perfectamente localizadas las diferencias o corroboradas las similitudes. Por ejemplo, comparamos primero los grupos 5b-10 y 16-19 (ver Apéndice nº 2) entre dos sitios. Luego aplicamos el test a otros dos grupos, por ejemplo 20-31 y 33-39 y estudiamos los resultados de ambos análisis. En el caso de nuestro ejemplo nos permitió demostrar que las diferencias existen principalmente, entre los elementos 20-31 de ambos sitios, ya que es en ese grupo en donde hay mayor distancia entre las frecuencias calculadas y las frecuencias observadas (ver Apéndice nº 3).

Y así deberemos continuar sucesivamente, comparando los sitios en conjunto primero y desglosados después, hasta lograr el encuadre definitivo de todos los grupos, sitios y estilos de arte rupestre, corroborando nuestros datos con el análisis cualitativo y viceversa.

Sólo cuando este proceso de aislamiento de los estilos y su correspondiente ubicación cultural pueda darse por acabado, entonces estaremos en condiciones de interpretar funcionalmente las expresiones artísticas y sólo entonces habremos logrado una reconstrucción cultural real que responda a pautas vigentes en el momento de su concreción.

APÉNDICE Nº 1

Descripción de elementos observados en: Ampajango (valle de Santa María), Valle del Huallín, y Antofagasta de la Sierra en la Provincia de Catamarca, y Campana en la Provincia de La Rioja. Todos estos sitios fueron trabajados simultáneamente, y los elementos pueden aparecer en todos o en algunos de los sitios. Estos elementos se presentan en este primer apéndice con la primitiva codificación.

- 1.— Circunferencias.
- 2.— Circunferencias concéntricas.
- 3.— Circunferencias seccionadas.
- 4.— Circunferencias con apéndices.
- 5.— Circunferencias con punto.
- 6.— Circunferencias yuxtapuestas.
- 7.— Circunferencia unidas por líneas rectas o curvas.
- 8.— Disco con rayos que parten de su perímetro.
- 9.— Espiral.
- 10.— Forma curvilínea en S.
- 11.— Líneas onduladas cortas aisladas o en paralelas.
- 12.— Líneas sinuosas que forman figuras diversas, meandros, etc.
- 13.— Puntos o diseños formados por puntos.

CUADROS DE DISTRIBUCION DE FRECUENCIAS POR GRUPOS DE ELEMENTOS PARA LA OBTENCION DEL χ^2

CUADRO N° 3

<i>SITIOS</i> <i>ELEMENTOS</i>	<i>ANTOFAGASTA</i> <i>de la SIERRA</i> <i>Catamarca</i>	<i>CAMPANA</i> <i>La Rioja</i>	<i>T O T A L E S</i>
13 - 15b camélidos	191	9	200
16 - 19 serpiente, ñandú, lagarto, huellas de ñandú	9	68	77
20 - 31 elementos geom. curvilíneos	20	322	342
33 - 39 elementos geom. rectilíneos	13	64	77
TOTALES	233	463	696

$\chi^2 = 519,9$

3° de libertad $\left\{ \begin{array}{l} 0,05 = 7,82 \\ 0,01 = 11,34 \end{array} \right.$

H_0 - rechazada H_1 - aceptada

CUADRO N° 4

<i>SITIOS</i> <i>ELEMENTOS</i>	<i>CAMPANA</i> <i>La Rioja</i>	<i>CAMPO del</i> <i>INGENIO AMP.</i> <i>Catamarca</i>	<i>T O T A L E S</i>
5b - 10 figuras y elementos humanos	7	9	16
16 - 19 serpiente, ñandú, lagarto, huellas de ñandú	68	67	135
20 - 39 elementos geométricos	346	252	598
TOTALES	421	328	749

$\chi^2 = 3,30$

2° de libertad $\wedge \begin{array}{l} 0,05 = 5,99 \\ 0,01 = 9,21 \end{array}$

H_0 - aceptada H_1 - rechazada

CUADRO N° 5

<i>SITIOS</i> <i>ELEMENTOS</i>	<i>CAMPANA</i> <i>La Rioja</i>	<i>CAMPO del</i> <i>INGENIO AMP.</i> <i>Catamarca</i>	<i>T O T A L E S</i>
5b - 10	7	9	16
16 - 19	68	67	135
20 - 31	313	240	553
33 - 39	50	71	121
TOTALES	438	387	825

$\chi^2 = 17,43$

3° de libertad $\left\{ \begin{array}{l} 0,05 = 7,82 \\ 0,01 = 11,34 \end{array} \right.$

H_0 - rechazada H_1 - aceptada

- 14.— Líneas rectas, aisladas o en paralelas o grupos.
- 15.— Líneas cortas que forman ángulos, o líneas quebradas.
- 16.— Líneas en zig-zag.
- 17.— Líneas rectas largas cruzadas por varios brazos o cruz compuesta.
- 18.— Figuras irregulares formadas por líneas rectas.
- 19.— Rectángulos o cuadrados.
- 20.— Rectángulos o cuadrados partidos por líneas rectas interiores. Cuadriculados.
- 21.— Rombos.
- 22.— Cruz simple.
- 23.— Cruz simple rodeada por una línea curva.
- 24.— Escalera de un solo palo.
- 25.— Rastrillo.
- 26.— Clepsidra.
- 27.— Rostros de ave o ñandú, formado por un signo tridígito.
- 28.— Rastros de felino, formado por una circunferencia mayor rodeada de circunferencias menores en número de tres a cinco.
- 29.— Rastros de artiodáctilos. Signo en forma de herradura.
- 30.— Escudos. Figura de contorno rectangular con escotadura en los lados o en la base. Puede tener motivos decorativos en su interior.
- 31.— Figuras fitomorfas. Muy escasas, por lo general representan cardones.
- 32.— Representaciones del paisaje. Ríos por ejemplo. Se da un solo caso sobre el río Vallecito, en Ampajango, Catamarca.
- 33.— Figuras ornitorfas.
- 34.— Figuras de ñandú.
- 35.— Figuras batracomorfas o de saurios.
- 36.— Figuras de camélidos.
- 37.— Figuras de camélidos bicéfalos, o con atributos draconiformes, tales como dientes, garras, cola enroscada y cuerpo relleno de óvalos.
- 38.— Figuras zoomorfas sin identificación clara.
- 39.— Figura serpentiforme. Consta de una o dos líneas onduladas que terminan en una cabeza de forma circular o triangular.
- 40.— Insectos de varias patas.
- 41.— Figura humana esquematizada, formada por líneas muy simples.
- 42.— Figura humana compleja, con el cuerpo dividido en zonas; pueden presentar adornos sobre la cabeza y tener objetos o armas en las manos.
- 43.— Figura humana vestida con camisa. También comparte las otras características de las complejas. Se distingue de ella por el uso de camisas y porque suele portar un escudo.
- 44.— Rostro humano con contorno señalado.
- 45.— Rostros humanos sin contorno. Sólo se han dibujado los rasgos de la cara.
- 46.— Figuras de manos o pies.
- 47.— Figuras inclasificadas.

A P E N D I C E N º 2

En este apéndice se incluye la lista de elementos luego de efectuada la primera serie de análisis y luego de haber procedido a su recodificación. La primera parte del trabajo permitió entre otras cosas comprobar la validez de la codificación anterior y notar sus errores o vaguedades. Por eso es importante recodificar, porque facilita al arqueólogo la posibilidad de reacondicionar su categorización a la luz de la experiencia. Como consecuencia, se procedió no solamente a la reordenación de los elementos sino a su redefinición y subdivisiones tipológicas.

Esta segunda codificación de los elementos es un ejemplo de la forma en que ésta ha quedado reorganizada luego de haber culminado la etapa de análisis del arte rupestre de cada sitio que se estudia. En la primera codificación (Apéndice N º 1), los números sucesivos agrupaban elementos afines por su tipo o forma. En la segunda (Apéndice N º 2)

los números sucesivos reúnen elementos afines culturalmente. La lectura del Apéndice N° 4 podrá dar plena comprensión a esta codificación.

- 1 .- Figura zoomorfa. Aspecto felínico en posición vertical, visto de perfil y con las patas encogidas.
- 2 .- Figura de camélido con rasgos draconiformes. Poseen garras, fauces de dragón, el cuerpo relleno de óvalos o circunferencias y la cola enroscada. Camélidos bicéfalos. Pueden darse todos los caracteres reunidos o aislados.
- 3 .- Figura zoomorfa con caracteres que recuerdan vagamente rasgos draconiformes.
- 4 .- Huellas de felino.
 - 5a.- Rostros humanos con contorno triangular.
 - 5b.- Rostro humano con contorno cuadrangular.
 - 5c.- Rostro humano con contorno circular con orejeras.
- 6 .- Figura humana compleja (ver descripción en Apéndice N° 1).
- 7 .- Huellas de pies o manos.
- 8a.- Figura humana esquemática. Dibujadas con líneas simples. Llevan objetos en la mano, tales como mazas, cabezas trofeos (?) u otros no determinados.
- 8b.- Figura humana esquemática simple.
- 9 .- Rostro con contorno circular.
- 10 .- Rostro humano sin contorno.
- 11 .- Figura geométrica rectilínea, de forma irregular. Grecas.
- 12 .- Cruz de brazos iguales rodeada por una línea curvilínea continua.
- 13 .- Camélidos esquemáticos en hileras formadas por más de dos ejemplares. También pueden formar grupos. Están dibujados mediante un trazo simple.
- 14a.- Camélidos grabados mediante una línea que señala el contorno de la figura.
- 14b.- Figuras zoomorfas cuadrúpedas no clasificadas.
- 15a.- Camélidos aislados o en grupos de hasta tres ejemplares.
- 15b.- Camélidos con cría.
- 16 .- Figura ofídica (ver descripción en Apéndice N° 1).
- 17 .- Figura de ñandú.
- 18 .- Figuras batracomorfas o de saurios.
- 19 .- Huellas de ñandú o de aves o pájaros en general (ver Apéndice N° 1).
- 20 .- Circunferencias.
- 21 .- Circunferencias concéntricas.
- 22 .- Circunferencias seccionadas.
- 23 .- Circunferencias con apéndices.
- 24 .- Circunferencias con punto en el centro.
- 25 .- Circunferencias yuxtapuestas.
- 26 .- Circunferencias conectadas por líneas cortas rectas o curvilíneas.
- 27 .- Circunferencia con rayos que parten de su perímetro.
- 28 .- Espiral.
- 29 .- Figura con forma de S.
- 30 .- Líneas onduladas. Tienen extensión variable. Por lo general largas y pueden formar meandros. Se las encuentra aisladas o en paralelas.
- 31 .- Líneas sinuosas que forman figuras curvilíneas sumamente irregulares. Por lo general están combinadas con circunferencias. En este último caso, para los fines de análisis estadístico, la circunferencias se cuentan independientemente.
- 32 .- Puntos o diseños formados por puntos.
- 33 .- Líneas rectas. Por lo general cortas que se las encuentra sin conexión visible con ningún otro elemento. Pueden estar en paralelas.
- 34 .- Líneas en zig-zag.
- 35 .- Cruz compuesta o cruz doble.
- 36 .- Líneas rectas que forman diseños irregulares no definibles. Líneas rectas que se cortan formando figuras estrelladas.
- 37 .- Rectángulos o cuadrados. A veces suelen presentárselos partidos por una o gran cantidad de rectas que forman un cuadrículado.
- 38 .- Triángulos, pueden tener un punto en el centro o algún apéndice que se desprende de su perímetro.
- 39 .- Rombos. Pueden tener puntos en el centro, estar seccionados por una o varias rectas paralelas o perpendiculares o tener apéndices que se desprenden de su perímetro.

- 40 .- Cruz simple o cruz griega.
- 41 .- Figuras fitomorfas (ver Apéndice Nº 1).
- 42 .- Rastrillo. Tiene dos formas de representación: con dientes rectos o bien con ojales que parten de la línea horizontal.
- 43 .- Clepsidra. Figura formada por dos triángulos truncados unidos por su parte superior.
- 44 .- Figura compleja vestida (ver Apéndice Nº 1).
- 45 .- Figuras humanas danzantes. En general son simples y aún esquemáticas. Pueden tener adornos sobre la cabeza.
- 46 .- Camélidos muy grandes (tipo sólo representado en Antofagasta de la Sierra).
- 47 .- Figura zoomorfa. Presenta una cola enroscada, suele tener cabeza y orejas alargadas. Es semejante a algunos felinos que pueden verse en las placas grabadas de bronce o bien a figuras de zorros.
- 48 .- Escudos (ver Apéndice Nº 1).
- 49 .- Figuras ornitomorfos. Por lo general tienen las alas extendidas y pico largo.
- 50 .- Posibles representaciones identificables del paisaje.
- 51 .- Figuras inclasificadas.

A P E N D I C E Nº 3

EL TEST DE PRUEBA DE HIPÓTESIS O SIGNIFICACION LLAMADO X²

Este test no permite el trabajo con cifras menores a 5. Por lo tanto hemos resuelto agrupar, sumándolos, las frecuencias de los elementos afines por su tipo o por su asociación, según resultan de los análisis anteriores y según convenga a los fines de determinación de los estilos. Se pueden utilizar todos los elementos agrupados de diversas maneras o bien algunos grupos que nos interese comparar en diversos sitios. Si en un sitio notamos la presencia de cantidad considerable de cierto grupo de elementos, debe considerárselos también en los otros sitios que se comparen con el primero, aunque en estos su frecuencia sea muy reducida. Si en cambio en los sitios que serán objeto de análisis, cierto grupo se manifiesta en forma reducida y sabemos por los restantes estudios, que carece de valor cultural, puede dejárselos de lado, utilizando aquellos grupos que tengan valor significativo en algunos o en todos los sitios que son objeto de investigación.

Se pueden comparar dos o más sitios a la vez. Nosotros presentamos aquí ejemplos con dos sitios, pues de esa manera es más fácil detectar las diferencias o similitudes entre los diversos grupos de elementos que se encuentran en los sitios con petroglifos.

Aplicación del test X²

Una vez que hemos organizado nuestros datos en cuadros como los ilustrados (cuadros 3, 4 y 5) el primer paso es hacer el cálculo de las frecuencias teóricas, tal como debieron darse en el caso de que los datos se ajustasen a una distribución normal o regular o podríamos decir pareja y acorde con el total general.

La fórmula para obtener las frecuencias teóricas o calculadas es la siguiente:

Total de columna x total de fila

Total de totales

La cifra obtenida se coloca en un ángulo al lado de la frecuencia real dada por nuestros datos.

Ejemplo en base al cuadro Nº 4

	Campaña	Campo del Ingenio	Totales
5b-10	7 8,99	9 7,01	16
16-19	68 75,87	67 59,13	135
20-39	346 336,12	252 261,88	598
Totales	421	328	749

El segundo paso consiste en hacer el cálculo del X². La fórmula es la siguiente:

Sumatoria de

$$\frac{(\text{Frecuencias obtenidas} - \text{Frecuencias calculadas})^2}{\text{Frecuencias calculadas}}$$

$$\text{Simbólicamente} = \frac{(f. ob. - f. c.)^2}{f.c.}$$

El cálculo es el siguiente:

$$\frac{(7 - 8,99)^2}{8,99} + \frac{(9 - 7,01)^2}{7,01} + \frac{(68 - 75,87)^2}{75,87} + \frac{(67 - 59,13)^2}{59,13} + \frac{(346 - 336,12)^2}{336,12} \\ + \frac{(252 - 261,88)^2}{261,88} = 0,44 + 0,56 + 0,81 + 1,04 + 0,29 + 0,37 = 3,30$$

El resultado del X² calculado por nosotros es 3,30. Una vez hecho esto se procede a comprobar este dato con la tabla correspondiente. Para ello es necesario calcular los grados de libertad que presenta el cuadro con los datos. La forma de obtener dicho cálculo es la siguiente:

$$(\text{hileras} - 1) \times (\text{fila} - 1) = \text{en nuestro ejemplo } (3-1) \times (2-1) = 2 \times 1 = 2$$

Con dos grados de libertad y un nivel de significación de 0,05 la tabla nos da la cifra: 5,99.

Con dos grados de libertad y un nivel de significación de 0,01 la tabla nos da la cifra: 9,21.

Como vemos, nuestro resultado de 3,30 es menor a las cifras de la tabla correspondiente. Por lo tanto debemos aceptar la H₀ e inferior que las diferencias observadas en los datos del cuadro se deben al azar. En nuestro caso específico, como ya lo dijimos, los petroglifos de los dos sitios pertenecen a un estilo similar. Continuando con el análisis, y procediendo siempre de la misma manera, logramos detectar diferencias internas en los estilos (cuadro Nº 5) que en este caso suponemos corresponden a particularidades locales. Esto se apoya en otros datos de tipo cualitativo.

A P E N D I C E Nº 4

ESTILOS IDENTIFICADOS

Completaremos nuestro trabajo con un breve resumen de los estilos que resultaron del estudio de varios sitios del área central del N. O. argentino. La metodología expuesta en las páginas anteriores, permitió localizar la presencia de varios estilos de arte rupestre en el área mencionada. Este apéndice debe considerarse como una nota preliminar sobre un extenso trabajo sobre el problema y que será publicado en el futuro.

Los sitios que se estudiaron son los siguientes: Campana (norte de La Rioja), Ampajungo (valle de Salta María, Prov. de Catamarca), San Fernando, Quebrada Villavil, Puerta del Corral Quemado, Cajón del Corral Quemado y Carrizal de la Ciénaga en el valle del Hualfín (Prov. Catamarca) y Antofagasta de la Sierra (Prov. Catamarca). En toda el área comprendida entre esos límites se localizaron los siguientes estilos de arte rupestre (la codificación que los acompaña, corresponde a la descrita en el Apéndice Nº 2):



Fig. 1. - Antofagasta de la Sierra. Estilo A.

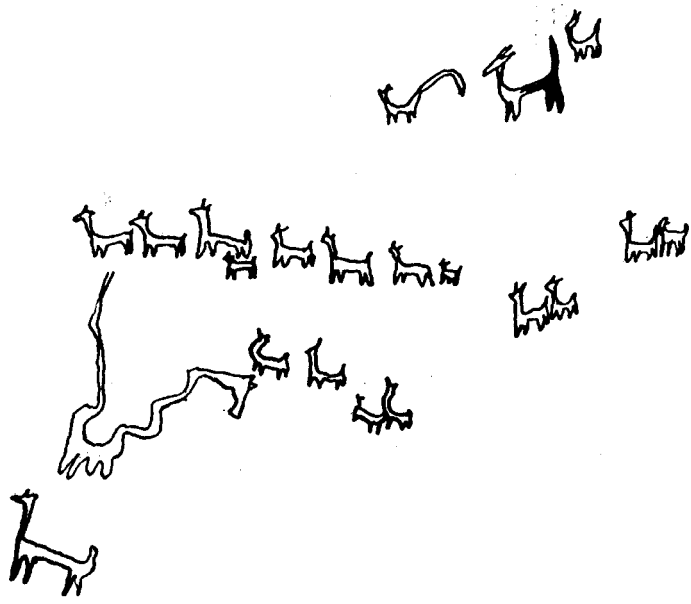


Fig. 5. - Antofagasta. Estilo C.

Estilo A

Elementos que lo integran:

Felinos de perfil de patas encogidas (1); camélidos con dientes, patas, y cola de aspecto draconiforme, camélidos bicéfalos (2); figura zoomorfa de aspecto felínico con caracteres draconiformes atípicos (3); huellas de felino (4); rostro humano de contorno triangular (5a); rostro humano de contorno cuadrangular (5b); rostro humano de contorno variable con orejeras (5c); figura humana compleja con o sin objetos en la mano y con o sin adornos en la cabeza (6); en algunos casos pueden asociarse a estos elementos los siguientes: figura humana esquemática con objetos en la mano (8a); figura humana esquemática simple (8b); huellas de pies o manos (7).

Sitios en donde se localizó este estilo:

Campana (un ejemplar); Puerta del Corral Quemado, Cajón del Corral Quemado, Quebrada Villavil (valle del Hualfín); Río Vallecito, Mesada Barrera, Camino Ampajango-Andahuala, Río Seco (Ampajango); Antofagasta de la Sierra.

Ubicación contextual y cronológica del Estilo I:

Un detenido estudio de la bibliografía arqueológica del área valliserrana del N. O. y del área sur de la Puna nos ha permitido considerar que estas manifestaciones de arte rupestre pertenecieron a facies o culturas pertenecientes al último momento del período temprano y comienzos del Medio. Estas culturas son: Ciénaga II, Condorhuasi, Aguada.

La figura felínica, y los camélidos bicéfalos y con caracteres draconiformes son típicos de Ciénaga II y de Aguada. Estas culturas se localizaron en muchos sitios del Valle del Hualfín especialmente, y también en Laguna Blanca al sur de la puna. En Ampajango los restos de cultura Aguada no son numerosos, pero están presentes según los resultados de las investigaciones hechas en el sitio por nosotros. En Hualfín la presencia en los petroglifos de los motivos felínicos o draconiformes no es tan típica como en Antofagasta de la Sierra. Los caracteres son menos diferenciables. Sin embargo la fuerte presencia de las culturas mencionadas y sus similitudes tipológicas con los otros sitios, nos inducen a incluirlas dentro de este estilo. En Campana, el único petroglifo que puede considerarse en este estilo, presenta un rostro humano de contorno cuadrangular. En este sitio la cultura de Aguada tuvo un importante asentamiento según lo pudimos comprobar por nuestras propias investigaciones. Sin embargo su impacto sobre el arte rupestre es sumamente débil. En Ampajango los elementos de este estilo se encuentran en muchas ocasiones asociados a los que pertenecen al estilo B. Pero las excavaciones efectuadas demuestran también que el período temprano superior o medio no tiene solución de continuidad con el que le sigue, y por lo tanto, en algunos sitios se los encuentra completamente mezclados con restos que corresponden al San José o al Santamariano temprano. Es indudable que en Ampajango los impactos de Ciénaga o de Aguada se produjeron en forma débil y tardíamente y este sitio debe ser considerado como zona periférica con respecto al centro de mayor intensidad de desarrollo de esas culturas.

Con respecto a la ubicación cronológica del estilo A. podemos decir que en Antofagasta de la Sierra, Puerta del Corral Quemado y Mesada Barrera pueden ser considerados dentro del período Temprano final o comienzos del Medio (600-800 d. C.). Los restantes sitios del valle del Hualfín, Ampajango y la expresión esporádica de Campana, en el medio final (800-1000 d. C.).

Estilo B

Lo integran los siguientes elementos: geométricos curvilíneos (20-32), geométricos rectilíneos (33-43); figura serpentiforme (16); Huella de ñandú (19); figura batracomorfa o de saurio (18); figura de ñandú (17); camélidos esquemáticos aislados o en grupos reducidos (14b y 15a). En forma dudosa se le asocian también: figuras humanas con objetos en la mano (especialmente cuando conduce a un animal) (8a); figura humana esquemática simple (8b); cruz de contorno curvilíneo (12).

La característica general del estilo es gran barroquismo a base de motivos irregulares de líneas sinuosas.

Sitios en donde se localizó el estilo:

Campana; Campo del Ingenio, Río Seco, Río Vallecito, camino Ampajango-Andahuala en Ampajango; San Fernando, Quebrada Villavil, Cajón del Corral Quemado; Puerta del Corral Quemado en Hualfín; Antofagasta de la Sierra (especialmente en los bloques).

Ubicación contextual y cronológica del estilo B:

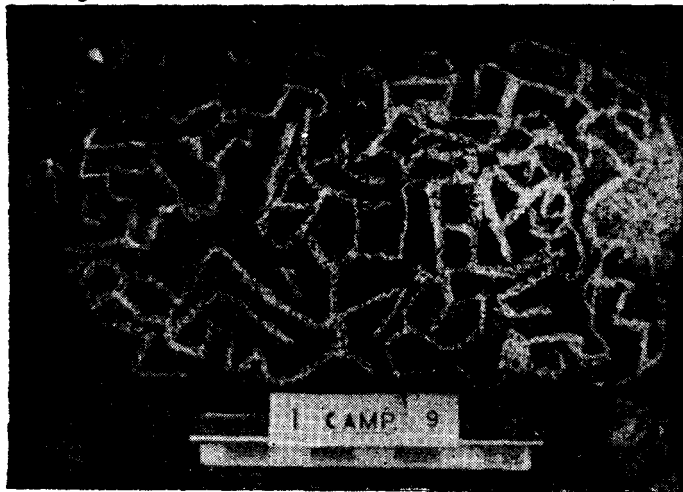


Fig. 2 — Campana Estilo B



Fig. 3 — Campana Estilo B

Todos los elementos que integran este estilo se encuentran también en las decoraciones de la alfarería Sanagasta o Angualasto, San José y Santa María tricolor. También en algunos casos en las urnas Belén. El estilo Santamariano es el que tiene mayores afinidades con nuestro estilo B de arte rupestre. Las figuras geométricas a base de líneas irregulares sinuosas, son típicas de muchas piezas Sanagasta o Angualasto. La cruz de contorno curvilíneo es otro elemento que se encuentra en la alfarería del tipo santamaría. Este elemento persiste sin duda desde épocas anteriores, pues también se lo encuentra en piezas Ciénaga. Las figuras zoomorfas del estilo: serpiente, batracio, ñandú, decoran las piezas santamarianas en especial, y la serpiente tiene vigencia en todos los otros estilos. Los tipos alfareros mencionados pertenecen a culturas cuya área de dispersión incluye todos los sitios.

La ubicación cronológica de este estilo, es por lo tanto sincrónica a las del comienzo del período tardío, dadas las asociaciones anotadas (1000-1300).

Estilo C.

Integrado por figuras de camélidos en hileras (13 y 14a); camélidos aislados (15a y 15b).

Los sitios en donde se los localizó son: Antofagasta de la Sierra; Puerta del Corral Quemado; Quebrada Villavil; Cajón del Corral Quemado.

Este estilo responde a una clarísima influencia ecológica puneña. El pastoreo ha tenido en esa zona mucha más importancia que la agricultura. El camélido es el medio económico vital, ya sea éste domesticado o producto de la caza. Las zonas que bordean la Puna, como el valle del Hualfín, comparten ese impacto, aunque más débilmente que en la Puna misma. A medida que nos alejamos de sus límites y nos internamos en el área valliserrano, su influencia pierde vigencia paulatinamente. Es muy difícil ubicar contextualmente al estilo C. La persistencia del medio pudo impactar en la misma medida a grupos de las más diversas épocas. Su ubicación cronológica queda por lo tanto fluctuante. Lo único que nos atrevemos a asegurar es que debe considerárselo como dentro del período agro-alfarero, pues evidencia domesticación (camélidos en hileras o aislados conducidos por un hombre).

Estilo D.

Elementos que lo integran:

Figuras humanas complejas vestidas, a veces portando escudos, armas o bastones de mando (44); figuras humanas danzantes (45); camélidos muy grandes de Antofagasta de la Sierra (46); figuras ornitomorfas (49); figura felínica semejante a motivos similares que se asocian a elementos tardíos (47); escudos (48).

Sitios en donde se localizó este estilo: Antofagasta de la Sierra, Carrizal de la Ciénaga.

Ubicación contextual del estilo D: se asocia tipológicamente a elementos de la cultura Belén e Inca Paya (figura felínica (47)). Los personajes vestidos son típicos del Santa María bicolor considerado como más tardío que el tricolor. Los camélidos muy grandes de Antofagasta, aparecen superpuestos al motivo felínico. En el Río Loa Rydén encontró figuras semejantes superpuestas a otros elementos. Este fenómeno de superposición nos indujo a incluirla en este estilo.

Cronológicamente lo consideramos dentro del período tardío y como un producto del momento de mayor auge de las culturas locales inmediatamente pre-incaicas o contemporáneas a su impacto (1300-1500).

Hemos resumido en forma muy sucinta los resultados de muchos años de trabajo. Muchos de los elementos presentes en los petroglifos no han podido ser ubicados dentro de los estilos aislados. Serán necesarios muchos estudios para que el panorama quede completamente despejado. Por último quaremos aclarar que en el presente apéndice no hacemos citas bibliográficas, pues nos obligaría a presentar una lista más extensa que el apéndice mismo. Todos las obras que hemos tenido que consultar para llegar a estas conclusiones, abarcan prácticamente todo lo escrito hasta el momento sobre arqueología del N. O. y gran parte del resto del país.



Fig. 4. - Ampajango - Río Vallecito. Estilo B.



Fig. 6. - Carrizal de la Ciénega (Dep. Balén). Estilo D.

B I B L I O G R A F I A

- Bindford, Lewis.** — A consideration of archaeological research design. *American Antiquity*. Vol. 29, Nº 4. Abril 1964.
- Brainerd, G. W.** — The place of chronological ordering in archaeological analysis. *American Antiquity*, 16: 301-313. 1951.
- Ford, James.** — Método para establecer cronologías culturales. *Unión Panamericana, Manuales Técnicos III*. Washington, 1962.
- Heizer, Robert and Baumhoff, Martin.** — Prehistoric rock art of Nevada and Eastern California. University of California Press. Berkeley and Los Angeles, 1962.
- Heizer, Robert and Cook, Sherburne F.** — The application of quantitative methods in archaeology. *Viking Fundications in Anthropology*, Nº 28, 1960.
- Leroi-Gourhan, André.** — Les religions de la Prehistoire. Presses Universitaires de France, 1964.
- Nuñez Regueiro, Víctor.** — Posibilidades y necesidad de aplicación de un método cuantitativo para obtener cronología cultural. En *Revista del Instituto de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba*, T. II-III, 1961-1964.

HALLAZGOS ARQUEOLOGICOS EN LA QUEBRADA DE ZAPAGUA. (DEPARTAMENTO DE HUMAHUACA, PROVINCIA DE JUJUY).

POR EDUARDO M. CIGLIANO y HORACIO A. CALANDRA

I. — *Introducción.*

Durante nuestra estada en la quebrada de Humahuaca, en el mes de julio de 1964, tuvimos oportunidad de visitar una serie de yacimientos arqueológicos de singular interés. Nos fue comunicada la existencia de una gran piedra con abundantes petroglifos en la quebrada de Zapagua (figs. 1 y 7), donde efectuamos un estudio sistemático del mencionado resto arqueológico. Dedicamos nuestra atención a dicho lugar y observamos no sólo la presencia de un hermoso petroglifo, sino también la existencia de un "paradero" precerámico, sobre una terraza fluvial, que corresponde a las industrias de cazadores primitivos, que venimos observando a lo largo de diversos valles del noroeste argentino, en estos últimos años (fig. 2).

Por tales motivos haremos una breve comunicación de los hallazgos efectuados en la quebrada de Zapata, situada a 16 Km aproximadamente al Norte de la ciudad de Humahuaca, sobre la ruta nacional N° 9.

Toda una serie de ruinas pircadas y montículos, aparecen en la superficie, a la altura de la quebrada de Ovara, a ambos márgenes de la ruta nacional; estos tipos de restos arqueológicos se interrumpen al llegar a la quebrada de Zapagua, donde el camino se acerca a las primeras faldas de las montañas, para entrar luego a la zona de Azul Pampa.

Desde el cauce del río, donde cruza la ruta mencionada, se sigue hacia el occidente por la quebrada y a unos quinientos metros, sobre la margen izquierda se halla el petroglifo. Sobre las terrazas fluviales altas del río Grande socavadas por el arroyo Zapagua, tributario del río anteriormente mencionado, se encuentran los paraderos precerámicos a

ciento cincuenta metros sobre el nivel del río Grande desde donde se domina la parte norte de la quebrada de Humahuaca (figs. 1 y 2).

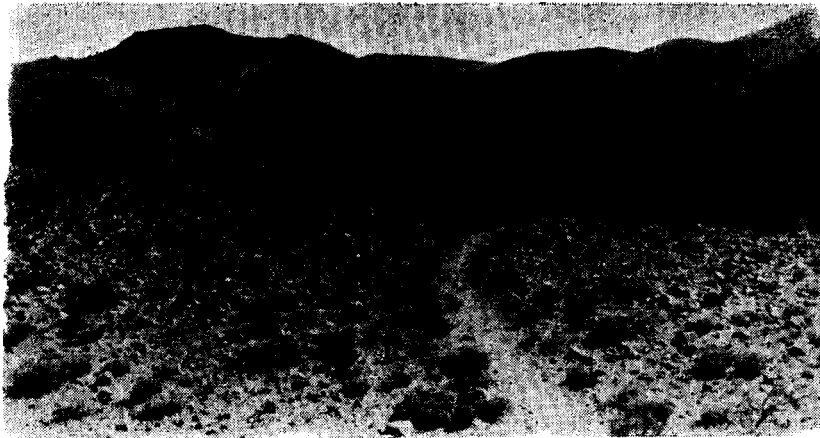


Fig. 1. — Vista general de la quebrada de Zapagua.

II. — Yacimiento precerámico.

La región donde se halla localizado el "sitio" precerámico, a una altura de 2800 metros sobre nivel del mar (fig. 2), corresponde geográficamente a las primeras estribaciones de la puna.

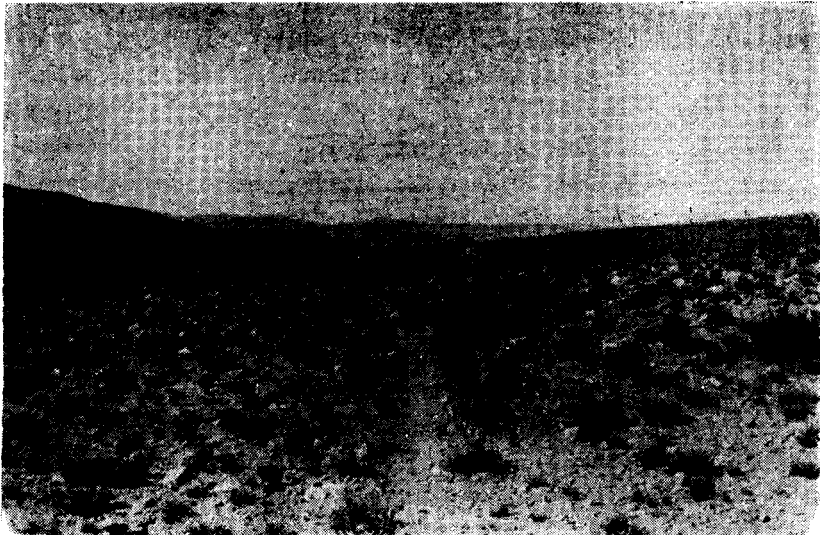


Fig. 2. — Niveles terrazados, altos, del río Grande a la altura de la quebrada de Zapagua.

Los materiales trabajados se hallaron sobre niveles terrazados que se nos presentan como planicies donde la vegetación es escasa o nula. Estas terrazas se hallan cortadas bruscamente por arroyos tributarios del río Grande; que a lo largo de su recorrido y a ambas márgenes han labrado sus propias terrazas.

Los materiales fueron encontrados en superficie, "in situ", pues ninguno de ellos presentan evidencias que induzcan a pensar que hayan sido desplazados. Todos los materiales que hemos recogido, fueron trabajados sobre una cuarcita.

El tamaño de los artefactos es uniforme; lo mismo podemos decir de su morfología, que se caracteriza por la tosquedad con que han sido tallados; mostrando una clara talla de percusión directa, ya que en ningún caso hay rastros de presión o de un suave retoque a percusión.

La tipología es muy sencilla y creemos que es debido a la tosquedad de los materiales; esta compuesta de bifaces (figs. 3 y 4), raspadores



Fig. 3. — Bifaz (tamaño natural).



Fig. 4. — Bifaz (tamaño natural).

(figs. 5 y 6), núcleos y lascas, éstas con marcado bulbo y plano de percusión.

La gran proporción de artefactos toscos sobre piezas más elaboradas no la hemos encontrado dentro de la industria de Ampajango, sin em-

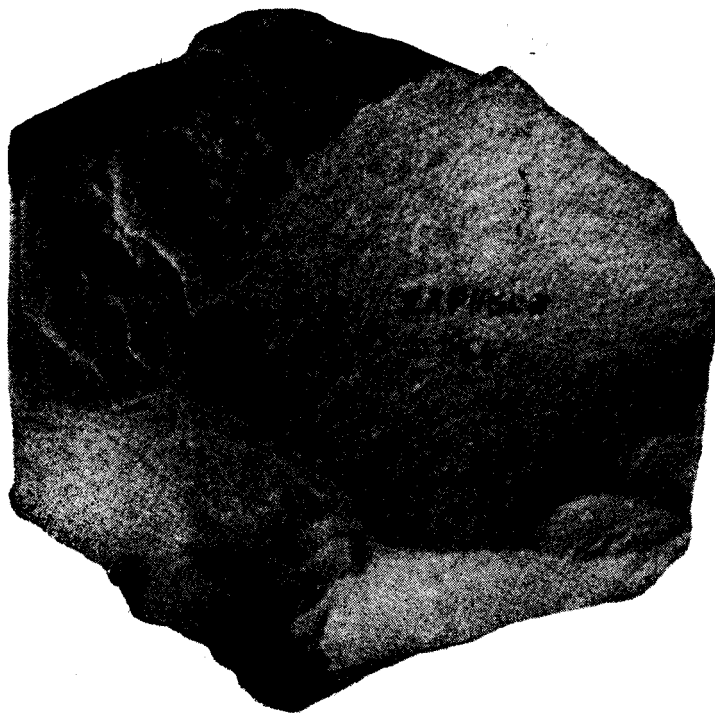


Fig. 5. — Raspador (tamaño natural).

bargo creemos que también debe integrarse a los materiales de Zapagua dentro de las culturas de cazadores primitivos.

Si bien no pretendemos por el momento hacer correlaciones, debido a la falta de trabajos intensivos en la zona, podemos adelantar aquí, en base a la morfología de los materiales obtenidos, que es posible relacionarlos con los artefactos hallados en Gatchi (Chile), y Viscachani (Bolivia).

Por tales motivos en nuestras próximas investigaciones, intensificaremos en esta zona prepuneña, donde además de estos yacimientos existen otros ya identificados que nos darán, creemos, resultados satisfactorios y podremos de esta forma ir aclarando cada vez más este horizonte cultural de cazadores primitivos.

III. — El petroglifo. (Fig. 7).

La enorme pared, de doce metros de largo por ocho metros de alto, presenta un gran abigarramiento de figuras grabadas con técnica de percusión, que por la pátina que tienen y otras características, pueden separarse nítidamente en dos grupos: aquellas con pátina, que denominaremos grupo A y aquellas sin pátina, que llamaremos grupo B.



Fig. 6. — Raspador (tamaño natural)

Grupo A. — (Figs. 8, 10, 11 y 13).

Las figuras que integran este grupo A están realizadas con representaciones que van desde las formas geométricas (figs. 10 y 11) —líneas quebradas, círculos concéntricos, medias lunas unidas por su parte media— hasta formas humanas y zoomorfas (fig. 8).

A las formas humanas el indígena las ha estilizado de tal manera que solamente ha representado el “uncu” y la cabeza muy esquematizada (fig 8); en ciertas figuras están marcados además los miembros inferiores.

En esta sección del lienzo que integra el grupo A, las formas zoomorfas están representadas casi exclusivamente por auquénidos (¿llamas?) (fig. 11), ya que las figuras de ñandúes son escasas. Dentro



Fig. 7. — Vista de conjunto de la pared con los petroglifos.

de la gran cantidad de elementos no hemos notado una distribución ordenada de las figuras geométricas, zoomorfas y humanas (fig. 8).

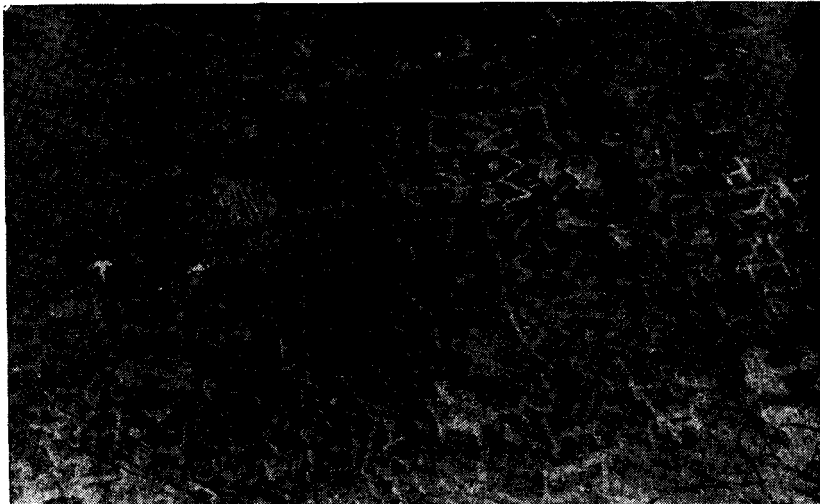


Fig. 8. - Vista parcial del grupo A.

Grupo B. - (Figs. 9 y 12).

El conjunto más notable de este grupo es el que se encuentra en la parte superior izquierda de la roca; en ella se hallan figuras zoomorfas integradas por auquénidos (¿llamas?) y ñandúes (figs. 9 y 12) y una escena donde están representadas dos figuras humanas (fig. 9).



Fig. 9. - Detalle del grupo B.

Una de ellas es la de un indígena portando un arco y flecha, enfrentándose en lucha con un individuo montado a caballo (¿español?), sosteniendo en una de sus manos una lanza. El artista ha estilizado las figuras humanas reduciéndolas a sus valores plásticos fundamentales (fig. 9).



Fig. 10. — Detalle del grupo A.



Fig. 11. — Sección central del grupo A.

Las figuras humanas aquí representadas son diferentes a las otras —grupo A— que se hallan en el sector central y en la parte de la derecha de la enorme piedra. Además falta en este grupo B las figuras o signos geométricos, que sumado a la nitidez, por la ausencia de una mayor pátina, nos muestran una mayor diferencia en el tiempo.



Fig. 12. — Sección del grupo B.

En consecuencia podemos afirmar que se trata de un hermoso panel grabado, donde existe un grupo —B— en el que están representadas las figuras de llamas, ñandúes y el motivo del guerrero a caballo y del indígena con el arco y la flecha. Todo este grupo B está diferenciado por la ausencia de motivos geométricos y la falta de pátina en los grabados (fig. 9).

Mientras que el grupo A se caracteriza por el abigarramiento de los motivos geométricos, zoomorfos y la representación estilizada de las figuras humanas; éstas muy diferentes de las esquematizadas en el grupo B.

Los caracteres representados en este petroglifo son de amplia difusión en esta zona del territorio argentino. La semejanza con ciertos motivos representados en la cueva de Chulín o Inca Cueva, yacimiento

típico con pictografías cercano a la quebrada de Zapagua nos hace pensar en la contemporaneidad de ambos. En Inca Cueva se encuentran representados motivos geométricos, círculos y medias lunas unidas en su parte media, que son similares a las figuras más representativas del grupo A del petroglifo de Zapagua.

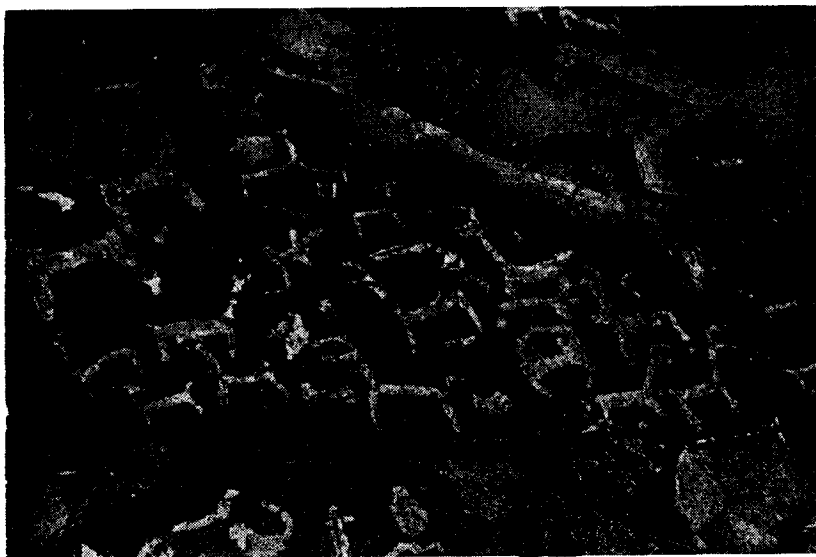


Fig. 13. — Sección del grupo A.

Este enorme petroglifo está sufriendo las mismas consecuencias que otros restos arqueológicos de distintas zonas del país. Muchas de las figuras han sido destrozadas, por tal motivo es urgente la necesidad de tomar las medidas necesarias con el fin de conservar lo que queda de estos restos arqueológicos.

Museo de La Plata, octubre de 1964.

UN HALLAZGO EN "BARRANCA LARGA". EL YACIMIENTO
ARQUEOLOGICO DEL MOJON 747 DE LA RUTA TINOGASTA-
BELEN (PROVINCIA DE CATAMARCA)

POR EDUARDO MARIO CIGLIANO

I. — *Introducción:*

El presente trabajo ofrece un aspecto de los resultados obtenidos en una excursión y prospección arqueológica efectuada durante el mes de octubre de 1963 por las Divisiones de Antropología y Arqueología de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata. En el mencionado viaje se visitaron una serie de yacimientos que se encuentran al Norte de la Provincia de La Rioja y otros ubicados al S. W. de la Provincia de Catamarca. Uno de esos yacimientos corresponde al denominado "Barranca Larga", ubicado un kilómetro al Este, aproximadamente, del mojón indicador del kilómetro 747 de la ruta Tinogasta-Belén (Provincia de Catamarca).

Las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en esta zona representan, por ahora, un comienzo de exploración de un área que muy probablemente desempeñó un papel de importancia en el origen y desarrollo de culturas prehistóricas de esa zona en el N. W. argentino. Además, debemos reconocer que los materiales que describiremos forman sólo una mínima parte del vestigio de una cultura que pobló esta región. Por lo tanto en nuestras conclusiones se puede apreciar el amplio campo de investigación que representa esta área tan poco conocida.

En la presentación de nuestros datos daremos a conocer este hallazgo tan singular como lo es el de una urna con un puco como tapa, conteniendo en el interior un cráneo adulto mutilado.

II. — *Breve descripción de la zona:*

La zona de "Barranca Larga" se halla ubicada a unos cinco kilómetros al N. E. de la ciudad de Tinogasta sobre la ruta nacional nº 40 que va a Belén. Al Norte de Tinogasta (1.210 metros de altura sobre el nivel del mar) se abre un vasto campo que se extiende entre la Sierra de Zapata al Este y las ramificaciones australes de la Sierra de Fiambalá al Oeste. Este campo, gredoso, socavado por la fuerte erosión de las aguas que son las causantes de la denudación del suelo, es en su mayor parte árido. Está ocupado la casi totalidad por los llamados "barreales" y arenales; pudiéndose ver en ciertos parajes algunos algarrobos, que en otros tiempos parecen haber llenado la extensión del campo.

A la altura del mojón indicador del kilómetro 747 de la ruta nacional anteriormente mencionada, se encuentran enormes áreas cubiertas, prácticamente, de fragmentos de cerámica. Este hecho que es similar a lo que ocurre en otras zonas de las áreas central y sur del N. W. argentino, nos está indicando la existencia de muy buenos yacimientos, que se justificarían en parte por el hallazgo realizado y por otros que fueron investigados oportunamente. Hemos comprobado la existencia de pircados, simples, que tal vez podrían haber constituido restos de viviendas. La presencia de verdaderos basurales, sin pircados, sobre pequeñas elevaciones en el terreno, nos demuestran con eficacia el asentamiento de otras culturas con viviendas construídas con material perecible, que ya fueron señaladas en otros valles para las mismas culturas agrícola-alfarera.

III. — *Descripción del material arqueológico:*

El hallazgo —urna y puco— estaba tapado con varios fragmentos grandes de cerámica, pertenecientes al tipo toska, sin ninguna forma de decoración. Eran precisamente estos fragmentos los que por erosión quedaron al descubierto y permitieron de esta forma el hallazgo de las piezas que nos ocupan. A través de los "barreales" pueden observarse algunos zanjones, socavados por las aguas de las fuertes lluvias de verano. Sobre estas formaciones típicas y desprovistas casi de vegetación se encuentran en algunos puntos verdaderas capas de fragmentos de cerámica, pertenecientes a las culturas de los Barreales y Sanagasta.

A. — Urna (figs. 1, 2 y 3):

La forma de la urna es más o menos subglobular terminando en un cuello corto. La base que es relativamente pequeña tiene dos asas, aplicadas, no remachadas. Las medidas principales son las siguientes:



Fig. 1. — Urna tapada con el puco tal como fue hallada.

Altura: 487 mm.

Diámetro máximo (cuerpo): 430 mm.

Diámetro borde (interno): 246 mm.

Diámetro borde (externo): 296 mm.

Diámetro cuello (externo): 262 mm.



Fig. 2 - Urna. Decoración antropomorfa con los ojos abiertos



Fig. 3 - Urna. Decoración antropomorfa con los ojos cerrados

Díametro base: 106 mm.
Base: Cóncava-convexa.
Asas: Horizontales, de sección subrectangular. La abertura superior es mayor que la inferior.

Presenta dos tipos de decoración, pintada y en relieve. Esta última se caracteriza por la presencia de dos figuras humanas en relieve. En ellas están representadas la cara, en forma muy esquemática y además dos brazos, que salen de la parte del cuello, con las manos unidas a una protuberancia, que podría significar el mentón. Las cejas, que se unen en la parte media, van a constituir la nariz, que sobresale más que los arcos superciliares. Lo interesante de estas decoraciones en relieve, formando figuras esquematizadas antropomorfas, son los ojos oblicuos cerrados; mientras que la otra cara presenta los ojos abiertos.

Como complemento a la decoración en relieve se halla la decoración pintada, en negro y rojo sobre fondo crema. Los colores que forman la decoración y que abarcan toda la pieza se hallan bastante desleídos. Se trata de una decoración geométrica formada por líneas entrecruzadas. La mayoría de los cuadros, delimitados por la pintura negra, fueron pintados con color rojo. La pieza recibió un fondo de color crema; siendo por lo tanto la decoración tricolor.

B. — Puco (figs. 1 y 4):



Fig. 4. — Puco. — Decoración interna.

Se trata de un puco grande de forma subhemisférico, común del período y cultura al cual pertenece. Las paredes son convexas y su borde presenta una ligera convergencia de modo que el diámetro máximo se encuentra por debajo del borde. Las medidas principales son las siguientes:

Altura máxima: 225 mm.

Diámetro máximo: 350 mm.

Diámetro de la base: 110 mm.

Base: Cóncava-convexa.

El borde es ligeramente chato y presenta cuatro saliencias, aplicadas, formando dos paredes; encontrándose ubicadas las similares en forma opuesta.

La decoración externa está formada por tres paneles constituidos por elementos exclusivamente geométricos; consisten en dos fajas festoneadas de color negro sobre fondo crema. La decoración interna también es de color negro sobre fondo crema y está dividida en tres paneles: dos externos y el restante medio; éste último está formado por una decoración geométrica constituida por espirales entrecruzadas en sus extremos, con borde festoneado. Los paneles externos están formados por figuras geométricas de espirales y una cara antropomorfa; la boca en forma de triángulo, y los ojos y una nariz delineada por una línea gruesa.

Los tres paneles están separados entre sí por un reticulado oblicuo. Los elementos que integran la ornamentación interna y externa figuran en otras piezas que fueron ilustradas por diversos investigadores al tratar este tipo de alfarería.

C. — Contenido de la urna:

La urna estaba hasta la mitad rellena, entre otras cosas, de sedimento fino. Por tal motivo y creyendo que en su interior contenía un entierro de párvulo, fue traída, tal como fue hallada, al Museo de La Plata, para limpiar y fijar los elementos que en su interior contuviera.

Una vez extraída la fina capa de tierra apareció una cubierta vegetal formada por hojas de gramíneas. Luego una capa muy espesa formada por una tela compacta y por último una capa de tejido grueso que envolvían a un cráneo completo adulto apoyado sobre el lado izquierdo (figs. 5 y 6).

La tela más externa, la primera en hallar, corresponde, por la cantidad de material y el número elevado de capas que se hallaron, a una pieza muy grande que bien puede ser una manta o poncho.

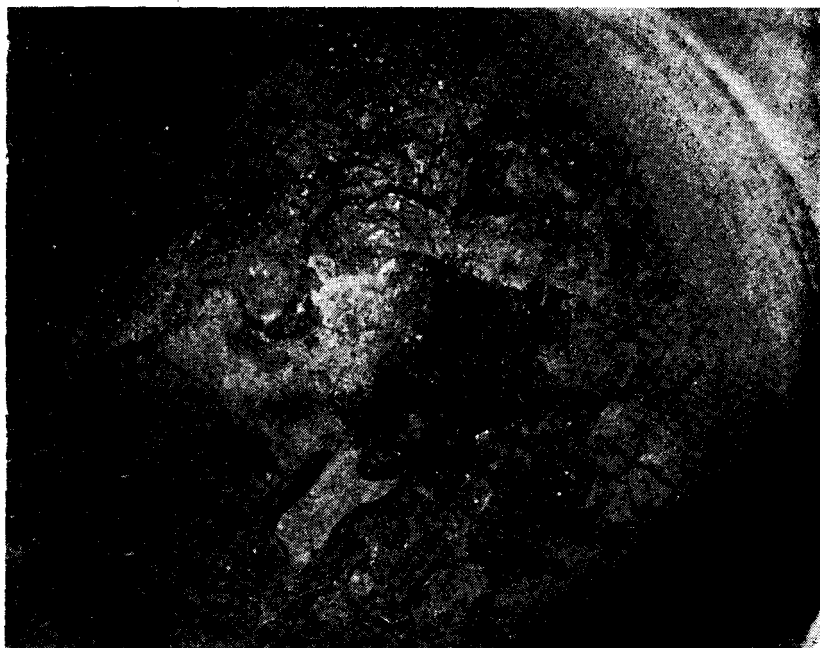


Fig. 5. — Durante el proceso de limpieza del contenido de la urna. Detalle. Arriba a la izquierda las hojas de gramíneas y a la derecha los dos tipos de tejidos.



Fig. 6. — Detalle de la ubicación del cráneo.

Mientras que la segunda, la interna, por la cantidad de material extraído, corresponde a una pieza de mucho menor tamaño.

Según el análisis e informe realizado por la señora Prof. María Delia Millán de Palavecino, a quien agradecemos el estudio efectuado, podemos inferir lo siguiente: los fragmentos proporcionados por el análisis de la técnica textil, son muy fragmentados y quebradizos, no pudiéndose determinar por ellos ni forma ni medida de las piezas que envuelven al cráneo.

Los fragmentos son de dos tipos distintos de tejidos, uno calado, como malla, que estaba inmediatamente sobre el cráneo, (n. 1), mientras que el otro tejido es muy recio y apretado, pero finamente trabajado (n. 2). Además las adherencias de sedimento dificultaban un mayor examen.

Muestra n. 1: Fragmentos de fibra vegetal, hilada de dos hebras retorcidas y tejido con técnica plana (1×1). El hilo es muy delgado, entreabierto e irregular, sus espacios calados; no obstante este hecho puede haberse producido por factores extraños de sequedad y humedad. Su estado de descomposición y reducido tamaño de muestra impide otros análisis.

Muestra n. 2: Fragmento de tejido grueso y espeso, de lana de vicuña de dos hebras, hilado muy fino, hecho con técnica de faz de urdimbre con densidad de 10×9 . La densidad de este espécimen tampoco puede ser ampliado en razón de estar los hilos muy aplastados y con adherencias de sustancias calizas en casi toda la superficie de los fragmentos (fig. 5).

D. — Cráneo: (Figs. 7 a 10).

Se trata de un cráneo completo de sexo masculino (?) adulto, sin deformación intencional.

Largo sagital máximo: 172 mm.

Ancho transversal máximo: 132 mm.

Índice longitudino-transversal: 76,74 (mesocráneo).

Mutilación (fig. 10): Solamente presenta ablación en la parte inferior afectando el hueso occipital y parte de la apófisis basilar. La perforación es casi simétrica, 52 mm de largo y 58 mm de ancho, aunque predomina una mayor ablación sobre el lado izquierdo; los bordes son bastante irregulares, excepto una zona sobre el lado posterior izquierdo, de casi 30 mm. de longitud, aquí el borde es bien recto, notándose que se ha utilizado un instrumento cortante. No nos fue



Fig. 7. — Norma frontal del cráneo.



Fig. 8. — Norma lateral del cráneo.

posible identificar huellas de golpes que hayan motivado la ablación, como en otro caso que hemos descrito para el área de Humahuaca (Cigliano, 1959). El borde posterior de la mutilación presenta una mancha oscura, que se continúa por la parte interna del cráneo, llegando hasta la región obélica.

IV. — Conclusiones:

Según hemos expresado al comienzo, este trabajo estaba orientado esencialmente a la descripción de un hallazgo original; ya que son



Fig. 9. — Norma superior del cráneo.

escasos los datos de cráneos-trofeos dentro de urnas, que comúnmente se utilizan para entierro de párvulos.

El tipo de asociación de urna con puco no varía respecto del conocimiento actual de este tipo de cerámica que pertenece a la cultura Sanagasta (Angualasto). Esta cultura Sanagasta que se desarrolla principalmente en La Rioja en un período tardío, hace sentir su influencia en los valles sureños de Catamarca. Este tipo de urnas para entierros de párvulos, asociados a grandes pucos, nos recuerdan también a las

denominadas urnas tipo Hualfín (valle del Hualfín) y a las del tipo San José (valle de Santa María). Por lo tanto es muy probable que el hallazgo, consignado por nosotros, corresponda también al mismo período cronológico, que el de los tipos anteriormente mencionados.

Refiriéndonos al cráneo mutilado no cabe dudas que se trata de un cráneo trofeo. No pretendemos realizar un examen exhaustivo de



Fig. 10. — Detalle de la mutilación basilar.

esta práctica indígena ya que Vignati (1930), analizó con detenimiento este problema que se presenta a lo largo de toda América.

Los antecedentes para el N. W argentino son numerosos e interesantes y dentro de la gran variabilidad de las mutilaciones, están consignadas aquellas que corresponden al cráneo de "Barranca Larga". La

homogeneidad de la mutilación presentada entre algunos de los publicados por Vignati y el hallado en la zona de Tinogasta, nos permiten correlacionar este tipo de práctica. Además los hallazgos realizados en el área de la quebrada de Humahuaca corresponden también a un período tardío ya que están asociados a la cultura Huamahuaca. Por otro lado los testimonios arqueológicos son pruebas evidentes que esta práctica de mutilación es conocida desde períodos muy anteriores. Escenas guerreras pintadas en grutas, motivos grabados y pintados en cerámica, que pertenecen a culturas tales como de los Barreales, Santamariana, entre otras, nos hablan de la costumbre de preparar y conservar ciertas partes del cuerpo, que fue muy frecuente entre los pueblos del N. W. argentino.

V. — *Bibliografía citada y consultada:*

BOMAN, Eric; 1927-1932. — Estudios Arqueológicos Riojanos; en Anales del Museo Nacional de Historia Natural, Bernardino Rivadavia, t. XXXV, pp. 1-308, Buenos Aires.

CIGLIANO, Eduardo Mario; 1958. — Investigaciones arqueológicas en la zona de Famabalasto (Provincia de Catamarca); en Revista del Museo de La Plata, Secc. Antropología, t. V, pp. 29-122, La Plata.

1959. — Nota sobre un cráneo trofeo; en Notas del Museo de La Plata, t. XIX, n. 71, La Plata.

DEBENEDETTI, Salvador; 1917. — Los yacimientos arqueológicos occidentales del valle de Famatina (Provincia de La Rioja); en Physis, t. III, n. 15, pp. 386-404, Bs. As.

GONZALEZ, Alberto R.; 1950. — Contextos culturales y cronología relativa del N. O. argentino (Nota preliminar); en Anales de Arqueología y Etnología, t. XI, pp. 7-32, Mendoza.

VIGNATI, Milcíades A.; 1930. — Los cráneos trofeos de las sepulturas indígenas de la quebrada de Humahuaca (Provincia de Jujuy), en Archivos del Museo Etnográfico, n. 1, Fac. Filos. y Letras, Bs. As.

Museo de La Plata, setiembre de 1964

E L T E M B E T A :

TIPOS Y AREA DE DISPERSION EN EL DEPARTAMENTO MALARGÜE (MENDOZA)

POR VICENTE ORLANDO AGÜERO BLANCH

El tembetá (1), nombre tupí-guaraní con el cual ha llegado hasta nosotros el aditamento labial que aún utilizan distintas tribus de América y de Africa, fue usado también por los primitivos habitantes que poblaron el Departamento Malargüe (sur de la provincia de Mendoza). Diversos hallazgos arqueológicos nos prueban que tal objeto tuvo cierta difusión dentro del área mencionada, en épocas anteriores a la conquista, no habiendo llegado hasta nosotros el nombre con el cual se le designaba en lengua local.

I

PRIMITIVOS HABITANTES DE LA ZONA

Como ya lo habíamos señalado en un trabajo anterior (Agüero Blanch, 1958-1959) fueron, sin lugar a dudas, los Puelches (*güniina küne*) los primitivos habitantes del actual Departamento de Malargüe y, por lo tanto, sino todos por lo menos algunos de los tipos de tembetás que se encuentran en su territorio, propios de su cultura.

Nuestra afirmación está avalada por distinguidos estudiosos que, con anterioridad, se han referido a la región austral de Mendoza. Para no extendernos demasiado mencionaremos los más importantes: Palavecino (1948, p. 14) opina que "al Norte de los Patagones, en la parte

(1) De "tembé": labio, e "itá": piedra.

Norte de la Patagonia y en las Pampas vivieron grupos de aborígenes llamados Puelches por los araucanos, Pampas por los españoles, y que ellos se dieron a sí mismo la designación de Gennaken o Günnuna Kúna. Su cultura fue muy parecida a la de los patagones". Canals Frau (1937), comentando la importante documentación dada a conocer por Monseñor Pablo Cabrera en "Los aborígenes del país de Cuyo", referente a "las actuaciones producidas a mitad del siglo XVII ante las autoridades de Mendoza, en ocasión de un presunto levantamiento de indios en la frontera sur de aquella jurisdicción" (p. 91), puntualiza: "Por julio de 1658 se encontraba en las riberas del Atuel, frontera sur de Mendoza, una tropa de indios capitaneados por un cacique puelche llamado don Bartolo Yoiaric. Formaban la banda varios grupos de indios de nombre e idiomas distintos, pero, en el fondo, de un mismo origen. Había puelches, morcoyames, chiquiyames, oscoyames, pehuenches, etc., todos ellos habitantes de las regiones cordilleranas y precordilleranas de la provincia de Mendoza y del actual territorio del Neuquén" (op. cit., p. 92-94). Agregando más adelante: "Poco antes se había separado y regresado a sus lares un fuerte contingente pehuenche". Vale decir que los pehuenches no eran del lugar, sino "procedentes de sus pinales" (p. 94).

Los morcoyames y chiquillames eran parcialidades étnica y lingüísticamente puelches, que habitaban las regiones de El Payen Matrú y estribaciones de El Nevado, ambas ubicadas en el Departamento Malargüe. En cuanto a los oscoyames, quizá también de origen puelche, que estaban ubicados al norte del Departamento, hablaban la lengua millcayac de los huarpes, aunque esto, sin duda, por influencia de vecindad. El autor citado nos continúa informando que, para poder ser interrogados los aborígenes mencionados hubo de nombrarse a tres intérpretes que conocieran la "lengua de Chile", la "lengua de la tierra" y la "lengua de tierra adentro". La "lengua de Chile" era el araucano hablado solamente por dos individuos entre un número de setenta, lo que nos viene a ofrecer una prueba fehaciente de que en esa época era muy débil la araucanización de este lado de la cordillera. Estos dos individuos que se expresaron en dicha lengua "fueron el mismo don Bartolo y su hermano don Juan, los dos puelches, quienes conocían el araucano. De niños habían sido llevados a Chile y allí educados y encomendados. Regresaron ya adultos, para hacerse cargo del cacicazgo por muerte de su tío" (op. cit., p. 99). La "lengua de la tierra" era el millcayac, hablado por los huarpes que, como hemos dicho, era el grupo étnico que habi-

taba la región norte de la Provincia. Al respecto el mismo autor apunta: "Los indígenas situados al sur del paralelo 35° de latitud sur ya no conocían, en general, el millcayac y se expresaron en habla distinta" (p. 97). Aquí el dato geográfico es muy preciso, por cuanto el paralelo 35° de latitud sur pasa por la parte septentrional del Departamento Malargüe. En cuanto al "habla distinta", es la ya mencionada "lengua de tierra adentro" hablada por los puelches y conocida por la mayoría de los incoados en este proceso.

El primer viajero que nos proporciona una información importante, referente a los primitivos habitantes del actual territorio de Malargüe, es el cronista Bernardo Havestadt (1930, p. 234), quien en su relato del viaje realizado desde Chile hacia Mendoza entre los años 1751-1752, nos dice: "El 16 llegamos a Malalhue, lugar casi en el mismo paralelo que el río Maule (Chile), del otro lado completamente de los Andes, esto es: las pampas de los puelches o patagones". Para mejor ubicación geográfica menciona que desde allí "se divisa una serie innumerable de montes que se extienden del austro al septentrión, y entre ellos el altísimo Cerro Nevado". Continúa el cronista dando nombres de los lugares que recorre en su itinerario, ofreciéndonos, en su relato, referencias valiosísimas como son la de puntualizar que en cada lugar habitado, del actual Departamento Malargüe, estaba poblado por puelches: "En los Chacayes, cinco leguas, habitan los puelches". "El Chadileuvu, con otro nombre, Río de los Sauces o los Chacaicos, nueve leguas: los puelches". Este Chadileuvu que nombra es el actual Río Salado, ubicado al Norte del Departamento, a pocos kilómetros del Atuel, límite con el Departamento San Rafael. Vale decir que según los datos de Havestadt, en la época de su viaje toda la población del Departamento, de Norte a Sur, era puelche.

Para no dejar duda acerca del origen de los pobladores de la región en esa fecha, apunta que: "En Malalhue había tres caciques puelches: Marivuta, Huelecalquin y Chueyu, hijo del cacique Pantucero, ..." (ibid.). Glosando la información del cronista, Casamiquela (1963, p. 126) manifiesta: "Marivuta y Huelecalquin llevan nombres claramente araucanos, pero Chueyu es tehuelche con toda probabilidad". En cuanto a estos nombres araucanos puntualizados por Casamiquela, en el presente trabajo damos las razones de la absorbencia de la lengua araucana por los aborígenes de ese lado de la cordillera.

Los pehuenches del Neuquén, quizá antes de la llegada de los españoles a esta parte de América, ya habían llegado hasta el mismo

centro del hoy Departamento Malargüe, habitat de los Puelches con quienes se confundieron racial y lingüísticamente. El hecho de que la mayoría de los topónimos aborígenes que aún se conservan en la región sean araucanos, no es un testimonio valedero para sospechar de una antigua influencia de ese origen, por cuanto los pehuenches al llegar a esta área geográfica de la provincia ya estaban araucanizados. Sabido es que a mediados del siglo XVII los araucanos, ante la presión de los españoles de Chile, invadieron la parte oriental de la cordillera a la altura de los "pinales". Para esta fecha ya se encontraban unidos con los pehuenches por fuertes vínculos comerciales y de sangre, como bien lo apunta Vignati (1953, p. 16): "que desde la conquista y tal vez antes, se acostumbraban a maloquear los indios chilenos y robarle sus mujeres e hijos, los cuales se criaban en los hogares pehuenches y al crecer se incorporaban en las tribus de ellos... y como los niños aprenden la lengua de las madres y la mayoría de estas eran de estirpe chilena, es natural que tanto la lengua como el tipo físico se modificara".

La inmigración de los aborígenes de Chile a Malargüe fue reciente, en el siglo pasado, época en la cual, como ya lo hemos apuntado, ya se conocía en la región su lengua y existían la mayoría de los topónimos actuales. Nos lo demuestra lo que afirmamos el hecho de que, en el año 1814, el Gral. José de San Martín, Gobernador Intendente de Cuyo, convocó a los indios pehuenches del sur del Río Diamante a un parlamento en el fuerte de San Carlos, sin mencionar la presencia de araucanos; vale decir que el Gran Capitán "ignoraba" que en esa época existieran los araucanos en ese ámbito geográfico; si los había, tendrían que haber sido en un número muy reducido para no tenerlos en cuenta.

Si bien los llamados territorios al sur del Diamante estaban teóricamente incorporados, con dudosos límites, a la provincia de Mendoza, recién en el año 1847 el Capitán José Antonio Rodríguez funda la Villa del Milagro, por ser un "milagro" su mantenimiento, predecesora ésta de la actual Villa de Malargüe fundada en 1886. En el informe de su fundación el Capitán Rodríguez dá el número de indios de la nueva población, sin mencionar el origen étnico de éstos.

Nos hemos detenido en puntualizar el hecho de que los araucanos fueran un pueblo de inmigración reciente, por cuanto varios historiadores y hasta algunos especialistas han pretendido cubrir de una ola araucanizante, verdadero torbellino, a gran parte de la provincia de Mendoza; por el contrario, la influencia araucana además de ser reciente, fue débil; otro testimonio de lo que afirmamos nos lo otorga el hecho

de que las supervivencias aborígenes más arraigadas en la región, son propias de los primitivos pobladores de la Pampa y la Patagonia: uso del calzado (Agüero B., 1961), métodos de caza, preparación de alimentos, etc.

Ante la carencia de datos históricos-etnográficos en los que se haga referencia de que los pehuenches o los araucanos utilizaran el tembetá en la época en que, respectivamente, penetraron en el departamento de Malargüe, y encontrándose con frecuencia dicho aditamento labial en los yacimientos arqueológicos de la región, nos queda la certeza de que quién utilizó preferentemente dicho objeto fue el grupo étnico que con anterioridad a los nombrados habitó el área provincial, ubicada al sur del Río Diamante.

II

REFERENCIAS CRONOLÓGICAS

Haciendo alusión a la antigüedad del tembetá el Dr. Menghin (1950), supone que: "La temprana formación de variantes habla en favor de la suposición que se trata de una forma muy antigua dentro del neolítico; es decir que correspondería al por desgracia poco conocido protoneolítico". Opinando a continuación, que es "probable que los actuales centros de la ocurrencia del bezote, a saber el africano y el americano, están relacionados, esto es que el bezote pasó de Asia a América". A continuación advierte que para justificar su tesis, "requeriría como condición previa una completa revisión de los hallazgos del Asia Oriental".

Otro investigador que ha realizado exhaustivos estudios arqueológicos en la región de Cuyo y en la límite de Neuquén, el Dr. J. Schobinger (1957-, p. 140) refiriéndose a la probable antigüedad del tembetá, dice: "Podemos, sin demasiadas posibilidades de error, considerar al tembetá como llegado en tiempos relativamente antiguos a Cuyo... ", agregando: "Tal vez sus diversos tipos representan influencias diferentes en el tiempo".

El Dr. A. R. González (1960, p. 140), a la vez, agrega: "Si nuestras inducciones son exactas, el uso de adornos, labiales o auriculares,

correspondió en sus orígenes a una cultura prealfarera, como la excavada en Ongamira”.

En resumen, los arqueólogos de más sólido prestigio que actúan en nuestro medio coinciden en que el uso del tembetá, en esta parte de América, es muy antiguo, remontándose quizá a varios milenios.

III

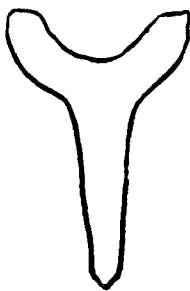
USO DEL TEMBETÁ

Diversos cronistas e investigadores han descrito el uso del tembetá en distintas latitudes, mencionando algunos que tal aditamento labial era privilegio de uno o de otro sexo; otros no lo han atribuido a un simple adorno, sino a una distinción de mando, jerarquía o rango social, etc.

Para el área comprendida por el Departamento Malargüe, no disponemos, como lo hemos señalado, de ninguna referencia histórica al respecto, solamente poseemos el auxilio de los hallazgos arqueológicos. Por tal motivo no podemos, tampoco, precisar con exactitud si estos primitivos habitantes del sur mendocino usaban un solo tembetá debajo del labio inferior, o uno en éste y otro en el superior o uno de cada lado de la boca, en la comisura de los labios. Nos inclinamos a creer que su uso era el primero que hemos mencionado. En nuestras excavaciones hemos encontrado un solo ejemplar junto a la mandíbula de los restos esqueléticos, y cuando en un mismo paradero se han hallado dos cerca uno de otro, ha sido en cementerios ya removidos por los “buscadores de tesoros”.

Para incrustarse el tembetá en el labio, suponemos que previamente perforaban el mismo con un objeto punzante, como los perforadores líticos que es frecuente encontrar en los paraderos existentes en el Departamento. Mientras se cumplía la cicatrización colocarían, dentro de esta horadación, un determinado trozo de madera para después introducir el tembetá propiamente dicho, de manera que la base de este objeto quedara entre la cavidad formada por el labio y la encía, pasando el resto de la pieza hacia afuera. (Los pobladores actuales, en la perforación que efectúan en las orejas para la colocación de aros, introducen un palito de orégano o una espina de molle calentada al rescol-

do). Dembo e Imbelloni (1938, p. 150), glosando a Labaudet, hacen notar que: "La dilatación consecutiva de éstos (los labios) es provocada por la introducción de objetos cada vez más grandes. Igual procedimiento emplean todos los pueblos que mutilan sus labios". Esto justifica, a nuestro entender, el hallazgo de distintos tamaños de tembetás.



Perforador lítico (tam. nat.)

A simple título de hipótesis apuntamos que el uso del tembetá por los primitivos habitantes de Malargüe, pudo haber sido uno de los hechos que contribuyó, también, para que no llegara hasta nuestros días el idioma hablado por estos pueblos. Dembo e Imbelloni (1938, p. 156-157), mencionan los nombres de algunos investigadores que "han hecho notar que las mutilaciones labiales tienden a modificar los denominados sonidos labiales". La lengua regional, pronunciada defectuosamente debido a la mutilación labial (al menos por sectores influyentes de la población), quedó desplazada por el idioma de los pehuenches araucanizados, quienes para la época de su penetración no utilizaban el tembetá.

IV

FABRICACION DEL TEMBETÁ Y AREA DE DISPERSION

Distintos pueblos han fabricado el tembetá de madera, cerámica, hueso, concha de moluscos, etc. La fineza de pulido, perfección de la forma y calidad del material con el cual fue ejecutado dependía, quizá, de la autoridad o jerarquía de quien la lucía.

Los tupi-guaraní, que habitan a varios miles de kilómetros de Malargüe y que aún usan este objeto, para nosotros prehistórico, prestan

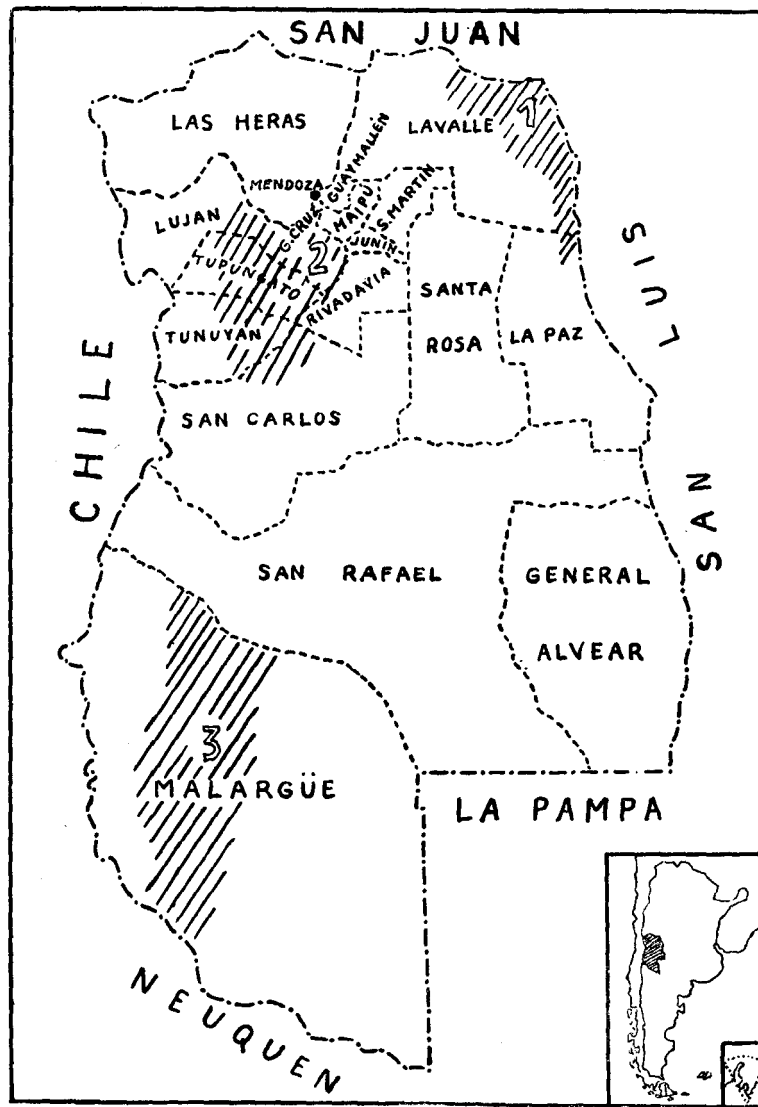


Fig. 1

Croquis de la Provincia de Mendoza, señalando las áreas de dispersión del tembetá.
 1 Nor-Este — 2 Centro — 3 Sur-Oeste

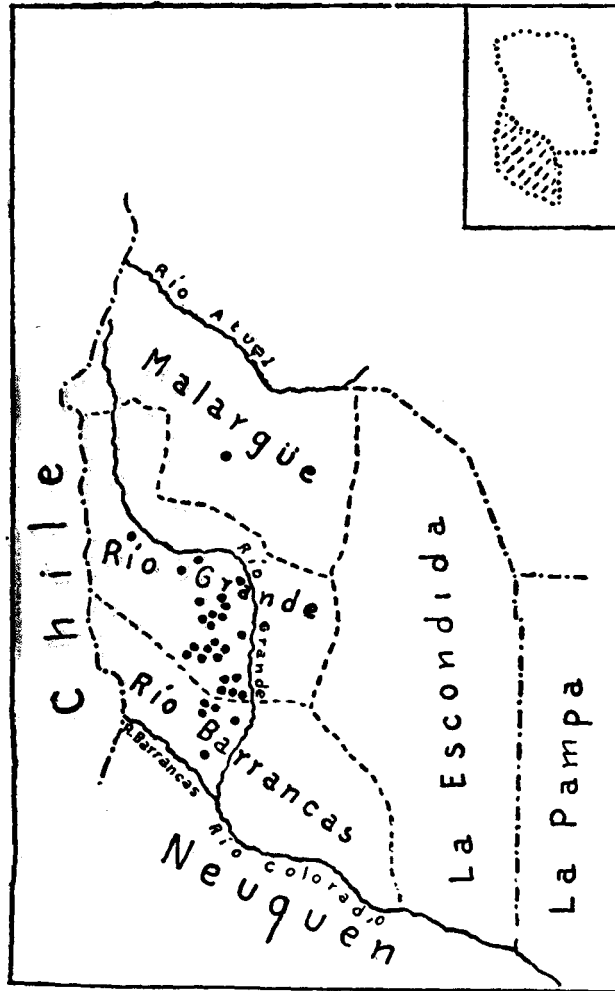


Fig. 2

Croquis de la Provincia de Mendoza, indicando sitios de hallazgos de tembetás.

igual atención en su construcción que la que le prestaron los integrantes del grupo étnico que pobló el territorio que hoy es el Departamento Malargüe. Angyone Costa (1938, p. 237), lo señala: "Seus artefatos e mais objetos eran trabalhados e polidos com pericia, na pedra mais dura. Eram feitos de quartzo, de agata, de esmeraldas e outras pedras finas, os varios adornos, como os tembetás, que traziam pendentos do beico inferior, os brincos, pulseiras, contas de colar, executados com perfeição". En Malargüe también han sido hallados tembetás ejecutados con perfección y en piedras duras como el ónix; un ejemplo de lo expuesto es el ejemplar N° 347 del Museo del Instituto de Arqueología y Etnología, cuyo asombroso pulido y perfección de forma nos ofrece una muestra de una evolucionada artesanía. (Ver Fig. 3).

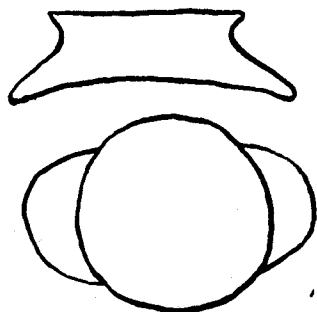


Fig. 3

Ejemplar N° 347 (M.A.U.N.C.)



En la provincia de Mendoza se encuentran tres áreas, bien definidas, de dispersión del tembetá, como se ilustra en el mapa de fig. 1: Nor-Este, Centro y Sur-Oeste, esta última motivo del presente trabajo. En las dos primeras se han encontrado fabricados en piedra o en cerámica; en cambio, en la última, se han hallado solamente en piedra y en hueso. En mis múltiples exploraciones de campo efectuadas en el Departamento Malargüe, únicamente los he hallado construídos en dichos materiales, no teniendo noticias de que otro los haya encontrado ejecutados de distinta manera; vale decir que el barro cocido no lo emplearon las tribus malargüinas en la fabricación del tembetá. Erróneamente Iribarren Charlín (1950, p. 3), informa: "La arcilla moldeada y cocida se menciona en un tembetá de la región austral de Mendoza". Ignoramos la fuente de información del investigador chileno; como

se podrá apreciar en el mapa de la provincia, toda la parte austral está ocupada por el Departamento Malargüe, de donde, repetimos, no hay noticias del hallazgo de algún tembetá de "arcilla moldeada y cocida". (Posiblemente se trate de la zona de Tupungato, donde son muy frecuentes, integrando la "cultura de Agrelo").

Clasificación de ejemplares

Para efectuar la clasificación de tipos de tembetás y ubicar su área de dispersión en el extenso y árido Departamento (2), hemos contado con la colaboración del Museo del Instituto de Arqueología y Etnología de la Universidad Nacional de Cuyo y del Museo Provincial "Juan C. Moyano", así como con las colecciones particulares del Dr. Hugo E. Sanfurgo y del R. P. Rubén Alá que, unidas a la del autor, reúnen en conjunto todos los ejemplares que, con lugar cierto de hallazgo, son conocidos, hasta la fecha, en la región austral de la provincia de Mendoza.

DISTRIBUCION POR COLECCIONES

Museo del Instituto de Arqueología	2
Museo "Juan C. Moyano"	2
Colección Dr. Sanfurgo	1
Colección R. P. Alá	1
Colección Agüero Blanch	25
Total de ejemplares	31

TAXONOMIA

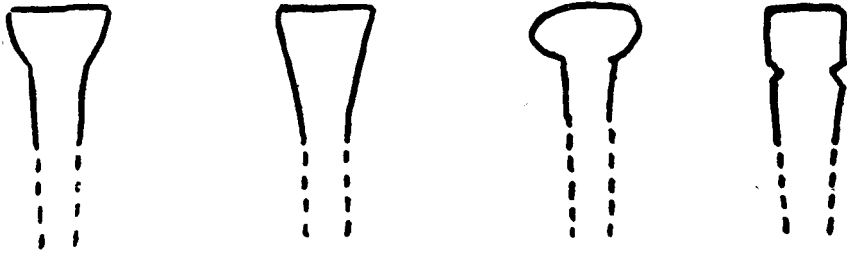
He clasificado a este material arqueológico en cuatro Tipos y un Sub-Tipo. Pequeñas variantes morfológicas no han sido consideradas

(2) El Departamento Malargüe con más de 45.000 kilómetros cuadrados de extensión, ocupa la cuarta parte de la provincia y toda la región austral de la misma.

para la subdivisión tipológica, por cuanto entendemos que tales diferenciaciones las pudo haber efectuado el artesano ejecutor, dando rienda suelta a sus ímpetus creativos y no sometién dose a determinado simbolismo o estilo.

Tipo I

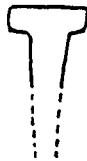
Conocido como "forma clavija". Es cilíndrico alargado; en algunos ejemplares su diámetro es de escasos milímetros, terminado en punta ligeramente redondeada. La base o parte más ancha que va oculta entre el labio y la encía es aplanada o globular, en algunos una pequeña incisión o canaleta separa el cuerpo propiamente dicho de la base.



Distintas variantes del Tipo I

Tipo II

Clavija en forma de T; la base como el resto del cuerpo son aplanados. Termina en punta redondeada.



Tipo II

Sub-Tipo II "A"

Clavija-tarugo en forma de T, con pequeñas aletas basales. Es corto; termina en platillo.



Sub-Tipo II "A"

Tipo III

Disco con base ovoidal, cóncava; posee una cintura de transición que remata en un disco circular, por lo general cóncavo.



Tipo III

Tipo IV

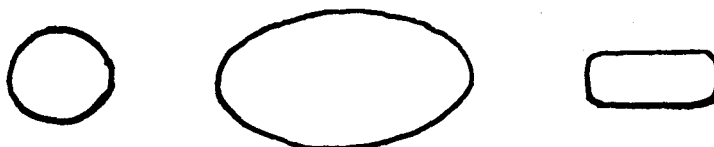
Tarugo con aletas. Las aletas que van entre el labio y la encía son ovoidales de base generalmente cóncava. El cuerpo del tarugo es grueso, siendo su transición entre el mismo y las aletas ligeramente oblicuas; termina en un platillo circular plano o ligeramente cóncavo o convexo.



Tipo IV

VARIANTES DE BASE

En los distintos Tipos de tembetás se pueden observar las siguientes variantes, respecto a la base: circular, ovoide y rectangular.



Variantes de bases

VI

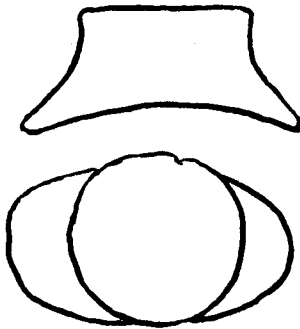
DESCRIPCION GENERAL

ABREVIATURAS EMPLEADAS

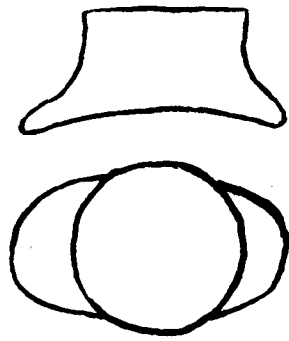
MA.U.N.C.	Museo del Instituto de Arqueología y Etnología U. N. C.
M.J.C.M.	Museo "Juan Cornelio Moyano"
C.S.	Colección Sanfurgo
C.A.	Colección Alá
C.A.B.	Colección Agüero Blanch



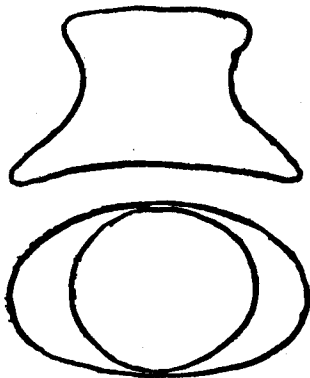
Nº 348



Nº 558



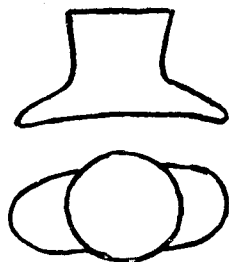
Nº 7



Nº 3079



Nº 3651



Nº 10



Nº 1



Nº 858



Nº 861



Nº 882



Nº 883



Nº 874



Nº 870



Nº 866



Nº 867



Nº 862



Nº 863



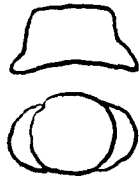
Nº 864



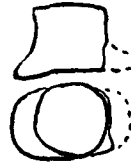
Nº 865



Nº 854



Nº 869



Nº 856



Nº 857



Nº 859



Nº 860



Nº 871



Nº 9



Nº 4



Nº 8



Nº 6

DISTRITO RIO GRANDE

Nº 862.— Tipo I.— (C. A. B.). Cilíndrico alargado, de fino pulido. De base ligeramente aplanada y ovoídea. Largo total del cilindro 38 mm.; diámetro medio del cilindro 8 mm.; diámetro mayor de la base 13 mm. Fabricado en ónix con vetas marrones. Lugar de hallazgo: La Quila.

Nº 863.— Tipo I.— (C. A. B.). Cilíndrico alargado, fragmentado. Base ligeramente insinuada. Largo total 33 mm.; diámetro medio 4 mm.; diámetro mayor de la base 5 mm. También se encuentra fragmentado longitudinalmente. Construido en calcáreo marmóreo. Lugar de hallazgo: El Manzano.

Nº 864.— Tipo I.— (C. A. B.). Cilíndrico alargado, con base forma de rodete, convexa. Largo total 28 mm.; diámetro medio del cilindro 5 mm. Punta fragmentada. Fabricado en calcáreo marmóreo. Lugar de hallazgo: Puntilla del Huincan.

Nº 865.— Tipo I.— (C. A. B.). Cilíndrico con base aplanada, de fino pulido. Largo total 36 mm.; diámetro medio 6 mm. Fabricado en ónix con vetas marrones. Lugar de hallazgo: Malal Vaca.

Nº 854.— Tipo III.— (C. A. B.). Discoidal con base rectangular. Largo máximo de aletas 16 mm.; alto 9 mm.; diámetro menor de cintura 3 mm.; superficie del platillo 6 mm. X 4 mm., plano. Fabricado en hueso. Lugar de hallazgo: Vuta Relvun.

Nº 856.— Tipo IV.— (C. A. B.). Con aletas basales ovoídeas, fragmentadas, el tarugo termina en un disco plano. Largo máximo entre las aletas basales 14 mm.; alto 13 mm.; diámetro medio del disco que corona el tarugo 12 mm. Construido en hueso. Lugar de hallazgo: La Quila.

Nº 855.— Tipo IV.— (C. A. B.). De base ovoídea, cóncava; el tarugo termina en disco plano, con pequeñas escoriaciones en su borde. Largo máximo entre aletas 37 mm.; alto 14; diámetro medio del disco 24 mm. Fabricado en piedra silícea de coloración ocre claro. Su pulimento es muy fino. Lugar de hallazgo: Malal Vaca.

Nº 874.— Tipo I.— (C. A. B.). Fragmento cilíndrico. Largo total 18 mm.; diámetro medio 9 mm.; construido en calcáreo marmóreo. Lugar de hallazgo: Chaquiro Co.

Nº 870.— Tipo I.— (C. A. B.). Fragmento cilíndrico. Largo total 24 mm.; diámetro medio 5 mm. Fabricado en caliza blanquecina. Lugar de hallazgo: Coigo Melehue.

Nº 866.— Tipo I.— (C. A. B.). Fragmento cilíndrico, de perfecto pulido. Largo total 29 mm.; diámetro medio 4 mm. Fabricado en ónix claro. Lugar de hallazgo: Lurulen.

Nº 867.— Tipo I.— (C. A. B.). Cilíndrico alargado de base pequeña, globular, con escoriaciones. Termina en punta redondeada. Largo total 36 mm. diámetro medio del cilindro 3 mm. Construido en roca de color verdosa. Lugar de hallazgo: Llano Blanco.

Nº 858.— Tipo I.— (C. A. B.). Cilíndrico, aplanado, fragmentado, de base convexa. Una canaleta separa la base del cilindro. Largo total 19 mm. diámetro medio 5. Trabajado en roca de cuarzo. Lugar de hallazgo: El Manzano.

Nº 882.— Sub-Tipo II "A".— (C. A. B.). Clavija-tarugo en forma de T, fraccionado transversalmente, de perfecto pulido. Base rectangular, ligeramente cóncava. Es corto, terminando en un platillo circular, cóncavo. Cuando estaba intacto debió medir entre aletas 15 mm.; actualmente el fragmento en dicho extremo mide 8 mm. X 4 mm.; largo total 11 mm. Fabricado en piedra silícea de coloración ocre claro. Lugar de hallazgo: El Alambrado.

Nº 871.— Tipo I.— (C. A. B.). Cilíndrico, de base circular convexa, con una canaleta que separa ésta del resto del cuerpo. Largo máximo 15 mm. diámetro en la canaleta 6 mm.; diámetro del cilindro 8 mm. Construido en roca calcárea dura, de coloración blanca con vetas negras. Lugar de hallazgo: Chalahuen.

Nº 9.— Tipo I.— (C. A. B.). Cilíndrico, de base circular plana Largo máximo 28 mm.; diámetro medio de la base 12; diámetro medio del cuerpo del cilindro 5. Fabricado en calcáreo marmóreo. Lugar de hallazgo: El Alambrado.

Nº 4.— Tipo I.— (C. A. B.). Cilíndrico, ligeramente cónico, de punta roma. Base circular, plana. Largo total 31 mm.; diámetro medio de la base 13 mm.; diámetro medio

del cilindro al iniciar la base 7mm.; diámetro en la punta del cilindro 4 mm. Fabricado en ónix con vetas marrones. Lugar de hallazgo: Coihueco.

Nº 6.— Tipo I.— (C. A. B.). Cilíndrico, fragmentado en la punta. Base oblonga, convexa. El casquete de la base se destaca del resto de la pieza, en forma de rodete. Largo máximo 26 mm.; diámetro de la base 11 mm. x 7 mm.; diámetro medio del cilindro 5 mm. Construido en calcáreo marmóreo. Lugar de hallazgo: El Choique.

Nº 8.— Tipo I.— (C. A. B.). Cilíndrico, fragmentado. Largo total 22 mm.; diámetro medio 5 mm. Fabricado en calcáreo marmóreo. Lugar de hallazgo: Coihueco.

Nº 7.— Tipo IV.— (C. A. B.). Base cóncava con aletas ovoidales. Las aletas en plano inclinado forman un tarugo que termina en un platillo circular, plano. El pulido es de gran perfección. Largo máximo entre extremo de las aletas 34 mm; alto 14 mm.; diámetro medio del platillo 22. Construido en piedra silícea de coloración ocre claro. Este ejemplar en su forma y ejecución es muy parecido al Nº 855, encontrado en Malal Vaca. Lugar de hallazgo: El Choique.

Nº 347.— Tipo III.— (M. A. U. N. C.). De base cóncava con aletas ovoidales; termina en un platillo circular ligeramente cóncavo, con una cintura de transición entre la misma y la base; por la amplitud del platillo dicha cintura es más destacable en los costados contrarios a las aletas. Largo máximo entre aletas 38 mm.; alto 8 mm.; diámetro del disco 25 mm.; diámetro en la cintura 22 mm. Construido en ónix de color verde uniforme. Es éste, por la artesanía puesta en su ejecución, el ejemplar más perfecto encontrado en Malargüe y de cuantos se conocen en la provincia. Lo encontró el autor en 1958, cuando cumplía una misión encomendada por el doctor J. Schobinger, Director del Instituto de Arqueología y Etnología. Lugar de hallazgo: Cerro Mechenquíl.

Nº 348.— Tipo IV.— (M. A. U. N. C.). De base plana, con aletas basales de forma de rectángulo irregular. El tarugo, fragmentado, termina en un platillo circular, plano. Largo máximo entre aletas 19 mm.; alto 11 mm. diámetro del tarugo en la parte superior 11 mm. Fabricado en hueso. Lugar de hallazgo: Cerro Quechuil.

Nº 10.— Tipo IV.— (C. S.) De base ovoidal, cóncava. El tarugo termina en un platillo circular, cóncavo, más ancho que la base del mismo. Por sus detalles de construcción este ejemplar es una verdadera joya en su género. Fue encontrado, hace más de veinte años, por su actual poseedor el distinguido facultativo doctor Hugo E. Sanfurogo, en el mismo cementerio aborigen donde fuera encontrado el ejemplar Nº 347 (M. A. U. N. C.). Largo máximo entre extremos de aletas 28 mm.; ancho mínimo de la base 10 mm.; diámetro del platillo 14 mm.; diámetro de la base del tarugo 11 mm.; alto 14 mm. Fabricado en piedra silícea de coloración ocre claro. Lugar de hallazgo: Cerro Mechenquíl.

Nº 1.— Tipo IV.— (C. A.). Fragmentado en las aletas y en el platillo del tarugo. Bien pulimentado. Debió ser de base ovoidal plana. Medida del fragmento, en la base 13 mm.; alto 13 mm.; platillo plano, siendo su diámetro 12 mm. Construido en roca blanca con una mancha negra. Lugar de hallazgo: El Alabrado.

Nº 3651.— Tipo IV.— (M. J. C. M.). Tarugo circular, cóncavo; aletas basales simétricas. Largo entre aletas 17 mm.; alto 9 mm.; perímetro del platillo 8 mm. Fabricado en roca arcillosa de color ocre claro. Lugar de hallazgo: Minacar.

DISTRITO RIO BARRANCAS

Nº 869.— Tipo IV.— (C. A. B.). De base cóncava; con aletas basales pequeñas. El tarugo termina en un disco circular, plano. Largo máximo entre las aletas 23 mm.; alto 11 mm.; diámetro medio del disco 14 mm. Construido en roca arcillosa de coloración grisácea. Lugar de hallazgo: Calmuco.

Nº 861.— Tipo I.— (C. A. B.). Cilíndrico aplanado, fragmentado transversalmente. Base plana, separada del cilindro propiamente dicho por una pequeña canaleta. Largo total 23 mm.; ancho del cilindro 6 mm. x 4 mm.; medidas de la base 8 mm. x 4 mm. Fabricado en roca arcillosa de coloración ocre con franjas. Lugar de hallazgo: Calmuco.

Nº 857.— Tipo I.— (C. A. B.). Cilíndrico, fragmentado, falta la base. Termina en punta redondeada. Largo total 43 mm.; diámetro medio 4 mm. Fabricado en calcáreo marmóreo. Lugar de hallazgo: El Zampal.

Nº 859.— Tipo I.— (C. A. B.). Cilíndrico, fragmentado, de base cóncava. Largo total 26 mm.; diámetro medio 4 mm. Fabricado en roca calcárea, dura, de color blanco veteado. Lugar de hallazgo: Calmuco.

Nº 860.— Tipo I.— (C. A. B.). Cilíndrico, fragmento, de fino pulido, con una muesca en uno de sus costados; termina en punta, ligeramente redondeado. Construido en roca calcárea dura, de color blanco. Lugar de hallazgo: Ranquil Norte.

DISTRITO MALARGÜE

Nº 883.— Tipo II.— (C. A. B.). Clavija aplanado en forma de T. Desde las pequeñas aletas basales, el cuerpo va ligeramente de mayor a menor para terminar en punta roma, manteniendo siempre la forma aplanada. De base rectangular. Largo total 34 mm.; medidas de la base 8 mm. X 3½. La parte media de la clavija mide 5 mm. X 3½. Fabricado en roca gris verdosa. Lugar de hallazgo: Costa del Río Salado, a dos kilómetros de la Ruta Nº 40.

Nº 3079.— Tipo III.— (M. J. C. M.). Discoidal con base ovoidea. Largo entre aletas 43 mm.; alto 29 mm.; medidas del platillo 27 mm. X 24 mm.; diámetro en la cintura 24 mm. Construido en roca arcillosa, bien pulimentada, de color ocre claro. Lugar de hallazgo: Malargüe.

RESUMEN TIPOLOGICO

Tipo I	18 Ejemplares
Tipo II	1 "
Sub-Tipo II "A"	1 "
Tipo III	3 "
Tipo IV	8 "

CLASIFICACION SEGUN EL MATERIAL

Piedra	28 Ejemplares
Hueso	3 "
(Proporción: piedra 90 %, hueso 10 %)	

AREA DE DISPERSION

Distrito	Nº de Ejemplares
Río Grande	24
Río Barrancas	5
Malargüe	2

VI

CONCLUSIONES

Efectuada la clasificación de los tembetás conocidos hasta el presente, del Departamento Malargüe (Provincia de Mendoza), hemos llegado a las siguientes conclusiones:

- 1º) Malargüe es la única región de Mendoza donde se han encontrado tembetás fabricados en hueso. La mayoría ha sido construida en piedra, con un fino pulimento, lo que nos prueba que los primitivos habitantes de la región tuvieron un alto grado de perfeccionamiento en la industria lítica. En cambio, no han sido hallados trabajados en cerámica, ni tampoco de grandes dimensiones, como en las otras áreas de dispersión de este objeto en la provincia.
- 2º) El uso del tembetá en el Departamento Malargüe fue anterior a la llegada de los Pehuenches a la región, siendo, por lo tanto, el grupo étnico conocido como Puelche el que practicó esta mutilación labial.
- 3º) La mayor dispersión del tembetá está comprendida dentro del ángulo formado por los ríos Grande y Barrancas, epicentro éste, también, de difusión del "sobador". Excavaciones sistemáticas futuras nos podrán dar más luz acerca de su correlación.

NOTA: Los ejemplares números 3651 y 3079 no fueron observados personalmente por el autor; datos proporcionados por Rusconi.

BIBLIOGRAFIA

- AGÜERO BLANCH, VICENTE ORLANDO. — *Los Sobadores. Tipos y área de dispersión en el Departamento Malargüe.* Anales de Arqueología y Etnología. Tomo XIV-XV. Mendoza, 1958-1959.
- AGÜERO BLANCH, VICENTE ORLANDO. — *Supervivencia Aborigen en el Uso del Calzado, en el Departamento Malargüe.* Dirección Provincial de Cultura. Mendoza, 1961.
- ALVARADO, LISANDRO. — *Datos Etnográficos de Venezuela.* Edición Ministerio de Educación Nacional. Caracas, 1945.
- AMEGHINO, FLORENTINO. — *La Antigüedad del Hombre en el Plata.* Tomo I. Editorial Intermundo. Buenos Aires, 1947.
- ANGYONE, COSTA. — *Introdução á Arqueologia Brasileira.* Biblioteca Pedagógica Brasileira. Volumen XXXIV. Sao Paulo, 1938.
- ARTE RAMA. — (Enciclopedia de las Artes). Nº 99. Editorial Codex S. A. Buenos Aires, 1964.
- BERNATZIK, HUGO A. — *Razas y Pueblos del Mundo.* Volumen III. Ediciones Ave. Barcelona, España, 1958.
- BRINTON, DANIEL G. — *La Raza Americana.* Editorial Nova. Buenos Aires, 1946.
- CARRERA PABLO. — *Los Aborígenes del País de Cuyo.* Universidad de Córdoba. Córdoba, 1922.
- CALMON, PEDRO. — *Historia de la Civilización Brasileña.* Biblioteca de Autores Brasileños traducidos al Castellano. Buenos Aires, 1937.
- CANALS FRAU, SALVADOR. — *Etnología Histórica de la Provincia de Mendoza.* Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, I. Buenos Aires, 1937.

- CANALS FRAU, SALVADOR.** — Etnología de los Huarpes. Anales del Instituto de Etnología Americana, tomo VII. Mendoza, 1946.
- CANALS FRAU, SALVADOR.** — Exploración Arqueológica en el Antiguo Valle de Uco. Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore Dr. Pablo Cabrera. Publicación XXII. Córdoba, 1950.
- CANALS FRAU, SALVADOR.** — Poblaciones Indígenas de la Argentina. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1953.
- CANALS FRAU, SALVADOR.** — Prehistoria de América. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1959, (2ª ed.).
- CANALS FRAU, SALVADOR y SEMPER, JUAN.** — La Cultura de Agrelo. RUNA, Vol. VII. Buenos Aires, 1956.
- CASAMIQUELA, RODOLFO M.** — El Contacto Araucano-Günuna Këna. Jornadas Internacionales de Arqueología y Etnografía. Volumen I. Buenos Aires, 1962.
- CASAMIQUELA, RODOLFO M.** — Algunos Topónimos de Origen Patagón en el Neuquén. Primer Congreso del Area Araucana Argentina. Buenos Aires, 1963.
- COLBACCHINI ANTONIO e ALBISETTI CESAR.** — Os Boróros Orientais. Editora Nacional. Sao Paulo. Brasil, 1942.
- CORNELY, F. L.** Cultura Diaguita Chilena y Cultura de El Molle. Editorial Pacífico. Santiago, Chile, 1956.
- CHACA, PIONISIO.** — Breve Historia de Mendoza. Edición del autor. Buenos Aires, 1961.
- DEMBO, A. e IMBELLONI, J.** — Deformaciones Intencionales del Cuerpo Humano de origen étnico. Colección Humanior. Buenos Aires, 1938.
- D'ORBIGNY, A.** — El Hombre Americano. Editorial Futuro. Buenos Aires, 1944.
- FURLONG, GUILLERMO S. J.** — Entre los Abipones del Chaco. Talleres Gráficos San Pablo. Buenos Aires, 1933.
- FURLONG, GUILLERMO S. J.** Entre los Tehuelches de la Patagonia. Talleres Gráficos San Pablo. Buenos Aires, 1943.
- GONZALEZ, ALBERTO REX.** — La Estratigrafía de la Gruta de Instihuasi (Provincia de San Luis). Revista del Instituto de Antropología. Tomo I. Córdoba, 1960 (1962).
- HAVESTADT, BERNARDO.** — "Diario". Su traducción en Neuquén de Félix San Martín. Biblioteca del Suboficial. Buenos Aires, 1930.
- HANKE, WANDA.** — Los Indios Botocudos de Santa Catarina, Brasil. Arquivos do Museu Paranaense. Volumen VI. Curitiba, 1947.
- HARRINGTON, TOMAS.** — Estudio del Indio Günuna Kijne. Revista del Museo de La Plata, Sección Antropología. La Plata, 1946.
- IRIBARREN CHARLIN, JORGE.** — Notas Preliminares sobre la Dispersión Continental de un Adorno del Labio, etc. Ovalle (Chile), 1950.
- IRIBARREN CHARLIN, JORGE.** — Nuevos Hallazgos Arqueológicos de la Cultura de El Molle. Revista de la Universidad Católica. Año XXXVII, Nº 1. Santiago, 1952.
- KRICKEBERG, WALTER.** — Etnología de América. Fondo de Cultura Económica. México, 1946.
- LEHMANN NITSCHÉ, R.** — Piedras Labradas para el Labio y el Lóbulo. Comunicaciones del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires. Tomo II, Nº 13, 1924.
- LOZANO, PEDRO.** — Descripción Corográfica del Gran Chaco Gualamba. Universidad Nacional de Tucumán, 1941.
- LOWIE, ROBERT H.** — Antropología Cultural. Fondo de Cultura Económica. México, 1947
- MARCO DEL PONT, RAUL.** — Historia del Sud Mendocino. Edición del autor. Mendoza, 1948.
- MEDINA, JOSE TORIBIO.** — Los Aborígenes de Chile. Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina. Santiago, 1952.
- MENGHIN, OSVALDO F. A.** — Arqueología del Bezote en el Viejo Mundo. En: Iribarren, 1950.

- MENGHIN, OSVALDO F. A. — Estudios de Prehistoria Araucana. Acta Praestórica. Volumen III/IV. Buenos Aires, 1959-1960.
- MENGHIN, OSVALDO F. A. — Observaciones sobre la Arqueología Guaraní de Argentina y Paraguay. Jornadas Internacionales de Arqueología y Etnografía, I. Buenos Aires, 1957.
- MENGHIN, OSVALDO F. A. y GONZALEZ, ALBERTO REX. — Excavaciones Arqueológicas en el Yacimiento de Ongamira. Notas del Museo de La Plata. Volumen XVII, 1954.
- METRAUX, ALFREDO. — Contribution ó l'Ethnographie et á l'Archéologie de la Province de Mendoza (R. A.). Revista del Instituto de Etnología de la Universidad de Tucumán. Tomo I, 1929.
- METRAUX, ALFREDO. — Observaciones sobre Psicología de los Indios Chiriguano. Solar (Organo de divulgación del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de F. y Letras). Buenos Aires, 1931.
- MOSTNY, GRETA. — Culturas Precolombinas de Chile. Editorial del Pacífico. Santiago, 1954.
- MORALES GUIÑAZU, FERNANDO. — Los Primitivos Habitantes de Mendoza. Segunda Edición. Mendoza, 1938.
- PALAVECINO, ENRIQUE. — Areas y capas culturales en el territorio argentino. GAEA. Volumen VIII. Buenos Aires, 1948.
- PINTO, ESTEVÃO. — Os indígenas do Nordeste. Biblioteca Pedagógica Brasileira. Sao Paulo, 1938.
- RUSCONI, CARLOS. — Poblaciones Pre y Posthispánicas de Mendoza. Tomo I. Edición Gobierno de Mendoza, 1961.
- SABELLA, PEDRO F. — Tratado de Geografía General de la Provincia de Mendoza. Imprenta Oficial. Mendoza, 1936.
- SANCHEZ LABRADOR, JOSE. — El Paraguay Católico. Tomo III. Homenaje de la Universidad Nacional de La Plata, 1917.
- SAN MARTIN, FELIX. — Neuquén. Biblioteca del Suboficial. Buenos Aires, 1930.
- SCHOBINGER, JUAN. — Arqueología de la Provincia del Neuquén. Anales de Arqueología y Etnología. Tomo XIII. Mendoza, 1957.
- SCHMIDT, MAX. — Los Chiriguano e Izoós. Revista de la Sociedad Científica del Paraguay. Volumen IV, Nº 3. Asunción, 1938.
- SERRANO, ANTONIO. — Los Primitivos Habitantes del Territorio Argentino. Editorial La Facultad. Buenos Aires, 1930.
- TABBUSH, BERTHA J. L. DE. — Los Adornos Labiales y su Difusión en América. Revista Geográfica Americana. Año IX. Volumen XVII. Nº 105. Buenos Aires, 1942.
- TISCHNER, HERBERT. — Etnografía. Compañía Fabril Editora. Buenos Aires, 1964.
- TORRES, LUIS MARIA. — Exploración Arqueológica al Sur de San Carlos (Provincia de Mendoza). Revista del Museo de La Plata. Volumen XXVII, 1923.
- TORRES, LUIS MARIA. — Los Tiempos Prehistóricos y Protohistóricos en la República Argentina. Editorial Kapelusz. Buenos Aires, 1918.
- VERDAGUER, JOSE ANIBAL. — Lecciones de Historia de Mendoza. Mendoza, 1920.
- VIGNATI, MILCIADES ALEJO. — Datos de Etnografía Pehuenche del Libertador José de San Martín. Notas del Museo de La Plata, 1953.
- VIGNATI, MILCIADES ALEJO. — El Uso de Nariguera por los Aborígenes de la Patagonia. Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, IV. Buenos Aires, 1944.
- VIGNATI, MILCIADES ALEJO. — Los Aborígenes de Cuyo. Notas del Museo de La Plata, 1940.
- VIGNATI, MILCIADES ALEJO. — Los Indios Poyas. En Notas del Museo de La Plata, 1939.
- VIGNATI, MILCIADES ALEJO. — Un Adorno Labial Proveniente de la Provincia de San Luis. Notas del Museo de La Plata, 1931.
- VON DEN STEINEN KARL. — O Brasil Central. Companhia Editora Nacional. Sao Paulo, 1942.

LA ETNOBOTANICA:

ESTADO ACTUAL DE SU ESTUDIO EN LA REPUBLICA ARGENTINA

POR JORGE FERNANDEZ

Introducción

Impelido por necesidades vitales, escapando a las rigurosidades climáticas, esperando en el hallazgo de tierras mejores o, simplemente, acicateado por ese afán de descubrir que ha sido la característica mayor de su espíritu, el Hombre ha cruzado los mares y las altas cordilleras del planeta que habita desde milenios atrás. Y, si todo peregrinaje ha de implicar, casi necesariamente, la adquisición de nuevos y variados conocimientos, puede inferirse con certeza que el núcleo inicial de su sabiduría ha radicado en su originaria trashumancia; en sus contactos con otros pueblos ha de haber enseñado y aprendido, podría decirse por aposición, el arte y la industria primordiales. La técnica relativa al trabajo en piedra, su pulimento, las más primitivas formas de cestería y tejido, han debido desplazarse de esta manera, hacia regiones muy distantes de su centro de origen.

Son dignas de estudio las causas que han regido en el pasado remoto las mudanzas territoriales del Hombre. A la indiferencia por el abandono de lo que hasta cierto momento constituye su mundo, se opone su apego a los elementos constituyentes de su ergología; tiende así a llevar consigo sus posesiones, tanto materiales como espirituales. En especial, tratará de que su alimentación siga siendo tan similar como sea posible a la que está habituado; de ahí que, cuando emigra, lo haga siempre acompañado de aquellas plantas que alivian sus males, aminoran su fatiga o, lo que es más, calman su hambre.

El estudio de las relaciones del Hombre con las plantas que lo rodean, y su domesticación posterior, es muy importante, no sólo porque marcan etapas de su evolución, sino porque además existe una relación directa entre la agricultura y el grado de civilización. La agricultura, a igual que la cerámica, no puede prosperar, tal vez ni llega a originarse, en el seno de un pueblo nómada, y aún para determinar el grado de cultura agrícola alcanzado por determinado núcleo humano, es preciso discriminar la clase de agricultura practicada, si se trata de plantación de tubérculos, sencilla y vecina a lo accidental, o de sembradores de cereales, mucho más complicada y evolucionada.

Etnológicamente, se considera a los pueblos cazadores como a los representantes más cercanos a la cultura primordial, y aún dentro de esta estructura, hay que distinguir entre cazadores superiores e inferiores, caracterizados ambos entre otros por la mayor o menor perfección de sus armas. La recolección es el paso previo, condición *sine qua non*, para la evolución a culturas superiores de plantadores o sembradores. Muchos pueblos han compartido el carácter de cazadores con el de recolectores, dándose el caso, en algunas comunidades, de que el hombre haya sido guerrero-cazador-recolector, ocupándose la mujer de las plantaciones incipientes, como veremos más adelante.

Esta imbricación de las culturas obliga a una clasificación más o menos complicada, cuya aplicación práctica exige del etnólogo tino y observación, obligándole a descartar los aspectos puramente secundarios de aquellos realmente significativos y objetivos. Efectivamente, es preciso distinguir primeramente, al frente de las culturas plantadoras, a los cazadores-plantadores o plantadores inferiores, ampliamente representados en América. En el ciclo más avanzado de los plantadores, aparecen los plantadores superiores (o plantadores de tubérculos), cuyo centro de irradiación parece haber sido el Asia sudoriental, y finalmente, siguiendo a Menghín, citaremos a los cultivadores de cereales, diferenciándose éstos según la forma de cultivo (cultivadores a temporal y a terraza).

Pero, como no podemos aceptar la existencia de fenómenos aislados dentro de la evolución cultural del Hombre, cuya concepción nos llevaría a enfrentar una visión distorsionada de lo que pudo haber sido realidad, es necesario entrar a considerar, tanto como lo relativo a domesticación de plantas, lo atinente a domesticación de animales, especialmente el perro y el cerdo. Algunos investigadores quieren ver en el Asia sudoriental, coincidentemente con el centro de plantadores

de tubérculos, el centro de domesticación del cerdo y del perro, suposición con la que ha disentido Menghín, quien atribuye al cánido citado un origen subártico. Quede en pie lo importante, y es que, al dominar el Hombre el cultivo de las plantas, abocóse a la domesticación de animales que habrían de originar ganadería, produciéndose variaciones zonales respecto al tipo de crianza efectuado: así, serían criadores de cerdos los plantadores de tubérculos, plantadores superiores); y ganaderos de corníferos, los sembradores de cereales (trigo, cebada, avena, etcétera).

A excepción del maíz, las gramíneas cultivadas necesitan, por razón del fotoperiodismo, de días con más de catorce horas de luz, que son los propios de la zona templada; y, en efecto, *Triticum*, *Hordeum*, *Secale* y *Avena*, son géneros propios del genocentro euroasiático que bordea los grandes macizos montañosos de ese continente. La domesticación y dispersión de los cultivos de estas gramíneas, se efectuó en Asia y Europa de manera que aquí no es posible reseñar, siquiera sea someramente. Baste decir que una agricultura temprana organizada no ha podido existir en Europa Central en razón de los relictos de englazamiento existentes en los Alpes y otras montañas elevadas, aunque muy diferente ha de haber sido la situación imperante en las costas mediterráneas, en el valle del Nilo y en algunas regiones del Asia, en las que se han efectuado hallazgos arqueológicos que demuestran de manera fehaciente que el trigo se cultivaba en 7.000 a. C. o poco después.

Praderas y estepas con coberturas de gramíneas crean condiciones que hacen posible la ganadería, y la existencia de animales domesticables (oveja, cabra), concretan tal posibilidad. El pastoreo de los animales, a su vez ha de haber dado lugar a diferenciaciones de nomadismo o sedentarismo —en una palabra, al avance o al retroceso cultural—, según que dicho pastoreo fuera de veranada e invernada, o bien que fuera pastoreo de un solo período en la misma región, compatible por tanto con la agricultura, y estructurador de las iniciales actividades agrícola-ganaderas del Hombre.

Esta agricultura compartida con ganadería (vacunos), echa las bases de una agricultura cada vez más evolucionada y extensiva. Podría decirse de que se trata del momento culminante de las tareas agrícolas, en que el hombre limita un tanto la intensidad de su esfuerzo, endeerezando su cintura de sobre la tierra. Es la disponibilidad de la bestia de tiro la creadora de tales condiciones óptimas; el palo aguzado de los primitivos sembradores es reemplazado, más tarde o más temprano,

por el arado. Esta progresión produce un vuelco en las estructuras sociales; al hacerse cargo por completo, el hombre, de los trabajos agrícolas y del cuidado de las bestias de tiro, y la mujer de las tareas atinentes al hogar —entre las que es preciso consignar la cerámica y el tejido—, al cimentarse cada vez con mayor firmeza el concepto de propiedad y familia, las condiciones para que se produzca una alta civilización están sólidamente estructuradas.

Ciñéndonos al área de nuestro mayor interés, Sudamérica, el problema de la evolución del cultivo de los vegetales se circunscribe a la domesticación de una gramínea fundamental, el maíz, y a la de los tubérculos, especialmente los pertenecientes al género *Solanum*, junto con otras plantas de menor importancia relativa, como el poroto, el maní, etc.

Circula una tendencia, especialmente durante las últimas décadas, que niega carácter autóctono a la agricultura tan florecientemente desarrollada en tierra americana. Cuesta creer, en efecto que hayan sido capaces de evolucionar de tal modo las culturas mesolíticas pobremente reflejadas en la arqueología.

Los braquioides protomalayos, constituyentes de la “tercera corriente inmigratoria” neolítica propuesta para América por Canals Frau, eran plantadores de tubérculos y criadores de perros. Así, pues, esta ingresión de origen paleomongólico puede coincidir con el nacimiento de los cultivos en América, sobre todo teniendo en cuenta que los invasores, muy posiblemente hayan tomado contacto con el continente no muy lejos de Centroamérica, genocentro de plantas tan importantes como el maíz, y que arribaron trayendo conocimientos bastantes evolucionados referentes al cultivo y a la domesticación de plantas.*

En mayor o menor grado, todos nuestros pueblos ándidos han sido domesticadores de plantas y agricultores. Con una capacidad de observación que maravilla, el hombre del neolítico americano ha sabido seleccionar las especies susceptibles de brindarle alimento de manera periódica. Con el transcurso del tiempo llegó a ser poseedor de un cúmulo de conocimientos acerca de los vegetales útiles. Más, la aplicación de tal conocimiento fue exigiendo una dedicación cada vez mayor de los incipientes agricultores, quienes debieron ir abandonando los placeres y emociones brindados por la caza, frente a la mayor seguridad que ofrecían los cultivos. Y serían los iniciales cultivos de plantas útiles,

* Recientes investigaciones en México hacen remontar el cultivo del maíz al 59 milenio a. C., surgido en el seno de grupos seminómades epipaleolíticos. (N. del D.).

los que habrían de modificar para siempre la estructura de sus vidas, puesto que la cultura de plantas es en sí misma la negación del nomadismo. Toda plantación exige atenciones cada vez más absorbentes, según se pasa de cultivos de tanteo, a formas más evolucionadas de agricultura, de las cuales puede depender el bienestar de una comunidad entera. No hay ahora, ni la hubo antes, gente tan apegada a sus tradiciones y costumbres como el cazador nato. Incluso puede decirse que los cuatreros y cazadores furtivos que aparecieron mucho más tarde, no son sino manifestaciones de supervivencias atávicas, puestas en evidencia en el seno de organizaciones incomparablemente más evolucionadas. Innegablemente, en un principio los cultivos han de haber estado al cuidado de las mujeres y niños; los hombres pueden haber seguido ocupándose de la recolección y de la caza. Esta apreciación, aparentemente subjetiva, se ve confirmada por el actualismo; son en efecto, numerosas las tribus que practican este principio, sobre todo por aquellas que conservan un alto grado de independencia frente a la civilización moderna. En ellas, las tareas concernientes a hombre y mujer están claramente divididas. El hombre es esencialmente guerrero, cazador y recolector, vale decir, quedan a su cargo la defensa común y la recolección, ya sea de piezas de caza o de elementos vegetales que crecen dispersos en la selva (leche del árbol-vaca, cacao, resinas del copal para antorchas, nueces del anacardo, palmeras especiales como la *Mauritia Flexuosa*, que para algunos indígenas constituye el pan, el vino, a más de vigas y cuerdas). La mujer, en cambio, atiende la vivienda, quedando a su cuidado las tareas relativas a lo que podría llamarse la huerta comunal. Algunos viajeros modernos han comparado la condición social de estas mujeres con la de verdaderas esclavas. No obstante, quien observe con imparcialidad la situación imperante, pronto comprobará que es distinta, porque la mujer goza de grandes prerrogativas entre los pueblos agricultores, o entre aquellos que de alguna manera participan de esta categoría, y máxime donde ella es la parte ejecutora de la misma. En muchas comunidades, el hombre colabora en la preparación de los campos para la siembra, en su roturación y desbrozado, quedando el resto a cargo de la mujer; teniendo en cuenta nuestro conocimiento acerca de algunos pueblos, algunos bastante evolucionados, podemos decir que la agricultura ha de haber nacido como genuina obra de mujer.

Hemos dado un panorama relativo a los núcleos humanos de la selva y del bosque, amplios repositorios ambos de bienes materiales

generosamente brindados por la Naturaleza, a los que solamente es preciso recolectar. Pero muy distintas han de haber sido las circunstancias atravesadas por las poblaciones de áreas montañosas, con bosques escasos, y cuyos ríos carecen de pesca. En ellas, la tendencia a formar agriculturas incipientes ha de haber sido mayor, y los lapsos de evolución mucho más breves. Mientras en la selva el hombre sigue siendo cazador y la mujer sembradora, en el ambiente montañoso la evolución de cazador-recolector a agricultor ha sido casi de un corte neta y definitivo. Coincidiendo con esto, las plantas habitantes del área montañosa (maíz, papa), como también los animales (llama, alpaca), han sido más susceptibles de domesticar que los de la sabana y los de la selva. Así pues, el hombre de las zonas montañosas, con menor cantidad de recursos ofrecidos por la Naturaleza, reemplazó con ingenio lo que ésta le negaba, y con una tenacidad que asombra, se concentró en sus cultivos. Para dar amplitud a éstos desecó los pantanos y construyó acueductos y embalses, largos y difíciles canales de riego. La recolección de las cosechas ha de haberle planteado una serie de problemas, y no sería extraño que el incremento de la cerámica, cestería y tejeduría, estén relacionados de alguna manera a esos problemas. La época de siembra le planteó otros de diferente índole, relacionados al tiempo y destiempo para cada siembra; la observación de la marcha de los astros, la confección de calendarios, han de estar en conexión al cultivo de estas plantas. El exceso de lo cosechado, lo sobrante imposible de consumir o guardar, tiene que haber originado el trueque, y más tarde, en comunidades desarrolladas, como la de los quéchuas, la formación de estructuras sociales adelantadísimas, como la incaica.

Hemos dicho ya que la agricultura americana, que en un principio se afirmó rotundamente que era autóctona, más recientemente hay tendencia a negarle tal carácter. Es decir, habrían sido pueblos procedentes del sudeste de Asia, braquioides, poseedores de una agricultura superior, navegantes en canoas a las que luego adaptaron flotadores laterales, quienes, derivando a través del Pacífico y deteniéndose en la Oceanía, arribarían finalmente a costas americanas, los que introdujeran en Sud y Centroamérica técnicas de cultivo más avanzadas que las de los cazadores-plantadores. De esta manera, según Canals Frau, quedarían explicadas la introducción en América de una *Arácea*, el Taro, (*Colocasia Antiquorum*, Schott) y las *Dioscoreas* (ñames). Especialmente esta última, salvo ligeras modificaciones, mantiene identi-

dad de nombre entre todos los pueblos que corren desde el sureste de Asia hasta la región colombiana- centroamericana.

No queremos significar con esto que el mayor aporte de los protomalayos se haya limitado a la introducción del taro y del ñame en la agricultura americana. Lo que realmente queremos consignar y destacar es la familiaridad que esta ingresión cultural tenía con las formas de cultivo y con la domesticación de plantas, y su arribo a una región que, como la centroamericana, era un extraordinario centro de plantas domesticables, como el maíz.

Esta gramínea ha constituido un verdadero misterio, y etnólogos y botánicos no pudieron ponerse de acuerdo durante mucho tiempo. Considerada originaria de América durante mucho tiempo, más tarde se la supuso originaria de Asia, mas a fines del siglo pasado, posteriormente a las investigaciones de De Candolle (1883), botánicos y etnólogos acordaron que, efectivamente, el maíz era planta procedente de América. Siendo tal la situación, aparece el maíz ceroso de la China y Collins decide que, aunque sin poderse negar al maíz su carácter americano, lo cierto es que él se cultivaba en Asia mucho antes que el viaje de Colón. Vale decir que, poniendo al maíz como testigo, la comunicación entre ambos hemisferios en época prehispánica era posible; esto venía a coincidir con ciertas costumbres de algunos indios americanos: cabezas-trofeo, flotadores en las piraguas, etc. Pero la inexistencia de rastros de maíz en la Polinesia con anterioridad al viaje de Colón significó la rotura de muchos eslabones, y esta teoría no prosperó.

Paúl Weatherwax, en un magnífico trabajo de síntesis sobre el origen del maíz (Weatherwax, 1951), considera las diversas teorías realizadas en torno a su patria. El género *Zea* se conoce tan solo en estado de cultivo. Así, pues, tan importante como conocer la patria del maíz, es conocer su filogenia. El teosinto, planta de Méjico y Centroamérica se asemeja tanto al maíz salvaje, que parece ser su antecesor; pero no presta ningún servicio al hombre, de modo que no se comprende qué motivos tendría el indio para mejorarlo mediante cultivo, ni como forraje, ya que no tenía animales herbívoros domésticos que mantener. Según otra teoría, se supuso al maíz híbrido de teosinte y otra planta. Finalmente, hubo quien lo consideró originado del maíz tunicado, especie monstruosa que se caracteriza por tener cada grano envuelto en una chala similar a la de la mazorca. Esto es importante, porque entonces la patria del maíz dejaría de ser Méjico

o Centroamérica para ser Paraguay o Bolivia, que es la patria del maíz variedad *tunicata*.

Por último, el maíz podría haberse originado en una evolución divergente, siendo entonces el teosinte, el *tripsacum* (género que junto con *Zea* y *Euchlaena* forman la tribu de gramíneas *Maydeae*) y el maíz descendientes de un antecesor común, de una planta hipotética, en una de cuyas divergencias apareció una planta pro-maíz, cuyos órganos no la capacitaban para subsistir sin la ayuda del hombre.

No se sabe por qué, los indios protegieron esta planta, la cultivaron, mientras destruían al teosinte, que les era menos útil, pues comprendieron su valor y la extendieron sobre áreas cada vez mayores. De ser así su patria sería Méjico y Centroamérica, donde *Tripsacum* y teosinte crecen hoy silvestres.

Recaemos aquí en la premisa de que, para la existencia del cultivo, deben existir preliminarmente hombres capaces de comprender el valor intrínseco de las especies vegetales, y ser capaces de iniciar su domesticación. Si la tesis del origen divergente del maíz fuera exacta, ella vendría a ser la demostración palpable de lo dicho. Ya no se acepta, ya no se puede aceptar, la suposición de que el hombre, como un resultado natural de su capacidad de observación, de por sí, librado a sus exclusivos medios, comprenda, o por lo menos presienta, la complejidad de un fenómeno de tal magnitud. En todo caso, el hombre doli-coide de la ingresión mesolítica (proveniente de Behring), no estaba preparado para ello. El cazador siguió siendo cazador, y el recolector de las costas prosiguió mirando al mar como fuente de recursos. Cuesta creer que estos hombres, durante tiempo inmemorial aferrados a sus costumbres, marineros por excelencia, modifiquen de improviso sus tendencias y, abandonando la canoa, roturen la tierra para sembrarla. Los hallazgos de Byrd en Huaca Prieta, utilizados documentalmente para demostrar una supuesta Agricultura Incipiente precerámica desarrollada en el norte del Perú, cuyos elementos aparecían de improviso, sin transición alguna sobre estratos culturales mesolíticos, indudablemente constituyen un caso singular e interesantísimo, pero generalizar en base a ellos, conduciría a la concreción de una imagen del pasado que, al menos por ahora, no concebimos como real.

Así, pues, no se reconoce carácter autóctono a la agricultura americana; ella, o fue introducida y desarrollada en este ambiente propicio por la tercera oleada (protomalaya), o por la cuarta, de origen "protopolinésico", portadora de las primeras civilizaciones andinas, o por am-

bas a la vez, en distintas épocas y bajo condiciones diferentes. Los conchales americanos, de amplia difusión en las costas de ambos océanos, con elocuente uniformidad sustentan esta tesis.

Quedan en pie grandes interrogantes relativos a la evolución de las culturas agricultoras americanas, a saber: si su desarrollo tuvo como origen la América Central, y desde allí se dispersó hacia el norte y el sur, o si ella, desde una región que coincide con el Perú, irradió en todas direcciones, inclusive hacia Oceanía; la suposición final queda planteada por la existencia de elementos de juicio antropológicos y arqueológicos (tokis, kalasayas, similitudes idiomáticas, etc), y a más, por una interesante cuestión etnobotánica no dilucidada todavía: la existencia, a la vez en América y en Oceanía, desde épocas precolombinas, bajo idéntica denominación, de una planta importantísima en la vida de ambos hemisferios: la batata.

LA ETNOBOTÁNICA

Esta delimitación de las culturas, para ser verdaderamente útil, ha de ser tan exacta como sea posible. La aparición de determinada especie vegetal en un estrato u horizonte cultural —no como dato exclusivo, sino relacionándolo al resto de la información arqueológica obtenida—, debe considerarse como uno de los elementos más valiosos con que pueda contar el arqueólogo para alcanzar tal exactitud, máxime en nuestros días en que, con el auxilio del isótopo Carbono 14, pueden lograrse dataciones lo suficientemente aproximadas como para establecer una cronología capaz de relacionar entre sí a nuestras culturas primitivas. Más, no solamente la acción del arqueólogo ha de primar en esto: la intervención del botánico es de vital importancia. Así como la colaboración estrecha entre geología y botánica ha fructificado en tan notables como nobles resultados para la geografía científica *, así la colaboración entre arqueología y botánica puede llegar a brindar, y ya los ha brindado en parte, notables adelantos a la etnología.

Por supuesto que, cuando tales estudios estén en manos de un botánico, los resultados parciales estarán más próximos a los fines de la botánica que a los de la arqueología; empero, aún así, el etnólogo

(*) Nos referimos especialmente al estudio de los bosques y estepas de Patagonia y T. del Fuego y a las variaciones del clima postglacial mediante el recuento del polen de las turberas, magistralmente desarrollados en el país por Vaino Auer.

podrá extraer siempre de allí, un alto porcentaje de utilidad. En los primeros tiempos de nuestra arqueología, más de una vez habrán aparecido restos vegetales en las urnas; el impaciente arqueólogo, excavando tal vez bajo una torrencial lluvia de verano, habrá anotado el dato en su memoria y arrojado aquellos molestos vestigios sin atribuirles mayor importancia. Hoy habrá que tener cuidado con esas papillas, con esas materias casi pulvulentas y semidescompuestas, depositadas en el fondo de los vasos y pucos ofrendatorios.

En especial, la etnobotánica estudia aquellas plantas cultivadas por el hombre en algún momento, más ello no quiere decir que aquellas aprovechadas sólo esporádicamente deban quedar de lado. La yerba mate, algunas Lagenarias, la coca o el pehuén fueron plantas no cultivadas, o cultivadas sólo durante los últimos siglos, pero sus relaciones con el hombre han sido importantísimas. En tumbas de la costa de Atacama, por ejemplo, se han hallado hojas de coca procedentes de los valles húmedos y calientes de Bolivia, lo que únicamente se explica como resultado de un comercio desarrollado sobre una ruta difícilísima, que los conquistadores españoles repitieron siglos después a costa de ingentes sacrificios.

Así como las valvas de *Pecten* extraídas de las ruinas de La Paya sirvieron a Ambrosetti para fundamentar su teoría relativa a la influencia de los atacamas y diaguitas chilenos sobre la cultura diaguita argentina, más bien que a la influencia incásica —teoría digna de rever algún día, pues no todo en ella es negativo—, así puede la etnobotánica trabajar sobre ciertos restos arqueológicos de origen vegetal.

Ciertas relaciones entre el hombre y las plantas que lo rodean, caen igualmente dentro del ámbito de la etnobotánica. Así, Eric Boman, el arqueólogo sueco de grande memoria entre nosotros que actuara en la Puna con las expediciones de Nordenskjöld y Créqui-Monfort, atribuye el aislamiento en que viven los indígenas actuales de la Puna de Jujuy, jamás visitados por nadie, no sólo a la escasez de forraje, aridez y frío de la región, sino también al hecho de vivir rodeados por especies de vizcacheras (*Stipa Bomani*, *S. Leptostachya*), gramíneas que en ciertas épocas son altamente tóxicas para el ganado. Considero exagerada esta afirmación de Boman, aunque las condiciones existentes a comienzos de este siglo, cuando él viajó, pueden haber sido, teniendo en cuenta la escasez de otros pastos, realmente dificultosas; pero su afirmación de que no son visitados "ni même par les Indiens d'autres regions" por la causa anotada, ni aún entonces pudo ser exacta, en razón de que

todos los indios de la Puna viajaron entonces, y viajan ahora, siempre a pie, utilizando como cargueras a la llama, animal éste largamente experimentado en la elección de las hierbas con que se alimenta.

Hay tres ejemplos que considero clásicos en lo que respecta a la interpretación que la etnobotánica puede dar a los hallazgos de restos vegetales en determinados estratos culturales, o a la significación que pueda atribuir a las relaciones entre el hombre y sus plantas de cultivo.

El activísimo Bird, en sus excavaciones en el conchal de Huaca Prieta, en el norte del Perú, descubrió a continuación de capas culturales netamente mesolíticas, restos de plantas aparentemente cultivadas. Algunas de ellas, como el algodón, indudablemente lo eran, pero las otras plantas, como el *Capsicum* (ají), *Lagenaria* (mate) y zapallo, aun hoy se encuentran en estado silvestre en el Perú. De todo esto, hubo quien dedujera una cultura precerámica, en un ciclo de "Agricultura Incipiente", sin maíz ni tejidos.

Vale decir, el poblador de los conchales sería recolector de los bienes del mar (pescador y cazador de mamíferos marinos), y recolector y agricultor en tierra. Fue Canals Frau (Canals Frau, 1956) quien llamó a reflexión respecto a esta "agricultura incipiente", ya que una clase tal de evolución, tan compleja, no puede aceptarse. En efecto, habiendo otra explicación científica más simple, no había por qué aceptar semejante complejidad; pudiendo haber existido un trueque más o menos regular entre los recolectores del conchal con otro pueblo realmente agricultor, no hay por qué aceptar la existencia de una cultura mesolítica que, sin transición alguna, pasa directamente al estado agricultor incipiente, por más que él sea precerámico y sin maíz.

La investigación del origen de los cultivos, de la agricultura primitiva y de la domesticación de plantas y animales, puede llegar a enfrentarnos con situaciones inesperadas y hasta, al parecer, desvinculadas con esta clase de estudios: nuestro segundo ejemplo se refiere a la embajada de los de Tucma ante el Inca.

La dominación incaica en el noroeste argentino, negada por alguno, afirmada por muchos, fue durante largo tiempo discutida. El P. Lozano la negó ya en época remota, y Ambrossetti, en parte con argumentos arqueológicos, llegó a calificarla de "fábula sentimental del Inca Garcilaso". Destacados investigadores, como Max Uhle y Boman, entre muchísimos otros, consideran indiscutible dicha dominación. Luego están los intermedios, quienes afirman que aunque no sean los incas los fundadores de las culturas prehispánicas argentinas, son sus mejoradores.

Hemos aprendido, igualmente, que las naciones omaguaca y diagüitas fueron agricultoras, y que, precisamente, fue bajo la dominación incaica que los cultivos de maíz y de papa se introdujeron en nuestro territorio.

Empero, veamos lo que dice Garcilaso respecto a la embajada tucumana: que "estando el Inca (Huiracocha) en la provincia de Charcas, vinieron embajadores del reino llamado Tucma, que los españoles llaman Tucumán", y ante él, en señal de sumisión, "descubrieron mucha ropa de algodón, mucha miel muy buena, sara maíz y otras mieses y legumbres de aquella tierra...".

Vale decir que, mucho antes de la entrada de los incas al Tucumán, ya estaban los diagüitas en condiciones de ofrecer sara maíz a sus dominadores incaicos, a quienes generalmente estamos acostumbrados a considerar como introductores de esta clase de cultivos en el Tucumán prehistórico.

El ejemplo final está relacionado al "imperio teocrático de las llanuras", a la llamada civilización Chaco-santiagoña, a la que sus descubridores, los hermanos Wagner, pero sobre todo Duncan, atribuían una antigüedad tan grande como la del Viejo Mundo. Arqueológicamente, contaron con el apoyo de Greslebín y A. Castellanos, y con la negación acérrima y decidida de Serrano. La gran antigüedad de esta cultura se fundamentó con el hallazgo de restos óseos de algunos mamíferos extinguidos, sobre todo el atlas de un paleolama. Paleontólogos de la talla de Rusconi y Kraglievich, empero, se mostraron reacios a dar la palabra final respecto a si la presencia de los restos osteológicos fósiles eran accidentales o contemporáneos a los túmulos. Más, si por un lado aparecían en éstos restos fósiles, en aparente concordancia, por otro se hallaban cuentas de vidrio y otros objetos que indicaban contemporaneidad con la conquista. Aquí interviene un destacado geólogo, Juan Olsacher, quien afirma que los hallazgos de cuentas de vidrio no fueron hechos en los túmulos, sino en un lugar donde, efectivamente, habían vivido los indios pertenecientes a una misión religiosa.

La controversia continuaba con mil argumentos, aparentemente sin prometer el arribo de un mediano acuerdo. Fue un botánico quien, en esa ocasión, planteó uno de los interrogantes más lógicos en torno a la cuestión: "Hace apenas dos semanas, desde esta misma tribuna, el señor Duncan Wagner, con argumentos basados en algunas piezas de arcilla prehispanicas halladas en excavaciones practicadas en Santiago del Estero, establecía vínculos culturales entre Hissarlik (Troya) y la civilización santiagoña prehistórica. Tales hechos por sí solos no bastan

para establecer relaciones de parentesco entre dos culturas tan separadas; los antropólogos que defienden este principio deben probar por qué razón, si aquellos precursores trajeron o llevaron el método de elaborar y pintar sus cerámicas, no transportaron también las semillas de las plantas útiles, que debían alimentarlos en la nueva localidad ocupada" (Parodi, 1938).

La crónica antigua y las plantas aborígenes

Las obras escritas por los cronistas del Descubrimiento y Conquista americanas, dan una serie de datos utilísimos relacionados a las plantas que eran cultivadas por los indios; es el mismo Descubridor quien nos brinda las primeras informaciones. Un caso excepcional, por la caudalosa información que brinda, es la obra de Garcilaso, y que por tal causa merece ser tratada aparte.

En cambio, no hay un solo cronista conocido que nos haya dejado una lista completa y merecedora de fe de las plantas cultivadas o aprovechadas por el Indio en el momento de la entrada de los españoles en territorio argentino. La rala información que se obtiene, útil, indudablemente, pero no por ello menos deficiente, es del tipo que, para mejor ilustración, transcribimos a continuación:

El algodón... "es la planta de esta tierra" (Juan R. de Velazco).

El maíz... "En Chicoana... cogen mucho mahiz... ovo más de dos mill hanegas de mahiz, puesto que se compraron muy caras con la sangre de los españoles, e por señalada ventura escapó el adelantado" (Fernández de Oviedo).

Las papas... "son como turmas de tierra, que se siembran" (Narváez).

Más escasas aún son las referencias a los métodos de cultivo que los indios tenían; en este sentido, es grande el aporte que han hecho los arqueólogos modernos, cuyos trabajos en los andenes de siembra ha permitido reconstruir a grandes rasgos la forma de siembra, de roturación de la tierra, construcción de andenes, silos, instrumentos de labranza, etc.

El Inca Garcilaso y las plantas cultivadas en el Perú

Como se sabe, emigró del Perú muy joven, y su obra mayor, los Comentarios Reales, la escribió tras cuarenta años de ausencia de la

tierra natal. Muchas veces le fueron enrostrados algunos aspectos de su obra, tendenciosos a demostrar la superioridad de sus antepasados incas frente a las viejas culturas peruanas (Chimú, Nazca, Recuay, etc.), o lo que es más, a atribuir algunos de los rasgos sobresalientes de estas culturas a los incas.

Indudablemente, ha sido el Perú un extraordinario centro de domesticación de plantas; mas de esto no se puede inferir que hayan sido exclusivamente los incas los que realizaron la totalidad de semejante obra. En este punto no caben dudas: han sido culturas preincaicas las que fundamentaron el uso de la coca y el cultivo del maíz. Otra cosa innegable, es que bajo el imperio de los incas, esta clase de cultivos tuvieron un desarrollo inigualable, llegando a constituirse en base de la economía del país y origen de su gobierno comunista.

La obra de Garcilaso es fundamental para el conocimiento de las plantas que los indios peruanos cultivaban al llegar los españoles; y el motivo de que lo citemos tan extensamente, es que la totalidad de las plantas alimenticias que él cita, se cultivan en la actualidad en el Noroeste argentino, así en sus quebradas más remotas como en los valles que ya han entrado en franco contacto con la civilización.

La información a que hacemos referencia es importante no sólo del punto de vista de la botánica, sino también del de la etnología, y no se limita a las plantas cultivadas, sino que también incluye las silvestres, medicinales o tintóreas, o a aquellas que dan fruto comestible.

Aquí solamente transcribiremos la lista de las plantas que según Garcilaso eran utilizadas por los incas en su alimentación:

Añu: "Otra hay semejante a ésta (a la oca), parecida en el talle, menos en el gusto, antes contraría, porque toca en amargo y no se puede comer sino cocida, llamada "Añus".

Hace referencia a una Tropaeolácea (*Tropaeolum Tuberosum*) según Parodi, que se consume aún en Bolivia.

Apichu: "Las que los españoles llaman batatas y los indios del Perú, Apichu, las hay de cuatro o cinco colores, que unas son coloradas, otras blancas, otras amarillas, y otras moradas; pero en el gusto, difieren poco unas de otras".

Inchis: "Hay una fruta que crece debajo de la tierra, que los indios llaman inchic y los españoles maní; semeja mucho en la médula y en el gusto a las almendras; si se come crudo ofende a la cabeza, y si tostado es sabroso y provechoso; con miel hacen de él buen turrón; también sacan del inchis muy lindo aceite para muchas enfermedades".

Garcilaso ya señala aquí la importancia futura que, como oleaginoso, habría de tener esta Leguminosa (*Arachis hypogaea*, L.).

Oca: "Hay otra (papa) que llaman oca, es de mucho regalo, es larga y gruesa como el dedo mayor de la mano, cómenla cruda, porque es dulce, y cocida en sus guisados, y la pasan al sol, para conservarla, y sin echarle miel y azúcar, parece conserva, porque tiene mucho de dulce, y entonces se llama cavi".

Se refiere a una Oxalidácea (*Oxalis Tuberosa*) de amplio consumo actual.

Papa: "Tienen en primer lugar la que llaman papa. Es redonda y muy húmeda y por su mucha humedad presta a corromperse. Les sirve de pan; cómenla cocida y asada y también le echan en los guisados, pasada al hielo para que se conserve, se llama chuñu".

Solanum Andigenum. Para la localidad de Paucartambo, en el Perú, famosa por sus papas, se han citado 62 variedades en cultivo (Vargas, 1936).

Purutu: "Tienen los indios del Perú tres o cuatro maneras de frisoles, del talle de las habas, aunque menores; son de comer, en sus guisados usan de ellos, llámanles purutu". Poroto (*Phaseolus*). Según Burkart (Burkart, 1952), las especies cultivadas tienen dos orígenes, Sudamérica y el Asia oriental.

Quínua: "La que llaman quínua y el español muju o arroz pequeño, porque en el grano y en el color se asemeja algo. La planta en que se cría se asemeja mucho al bledo, así en el tallo como en la hoja y en la flor, que es donde se cría la quínua; las hojas tiernas comen los indios y los españoles en sus guisados, porque son sabrosas y muy sanas. También comen el grano en sus potajes, hechos de muchas maneras. De la quínua hacen los indios brebaje para beber, pero en las tierras donde hay falta de maíz".

Quínoa, quínua (*Chenopodium Quinoa*), de amplísima difusión.

Sapallu: "También hay las calabazas o melones, que en España llaman "calabazas romanas", y en el Perú Capallo; críanse como los melones, cómense cocidas o guisadas, crudas no se pueden comer".

Sara: "El grano que los mejicanos y los barloventanos llaman Maíz y los del Perú Sara, es de dos maneras: el uno es duro que llaman muruchu, y el otro tierno y de mucho regalo que llaman capia. Cómenlo en lugar de pan, tostado o cocido en agua simple; de cuando en cuando, por vía de regalo, hacían el pan que llaman huminta y las gachas que llaman api. De la harina y agua simple hacen el brebaje

que beben, y del brebaje acedándolo, como los indios lo saben hacer, se hace muy lindo vinagre; de las cañas antes que madure el grano, se hace muy linda miel, porque las cañas son dulces, las cañas secas y sus hojas son de mucho mantenimiento y muy agradable para las bestias”.

Maíz, (*Zea mays*). De origen mejicano, según Vavilov (criterio botánico), o de origen colombiano, según Birket-Smith (criterio etnográfico).

Rocoto: “Es el pimiento de tres o cuatro maneras. El común es grueso, algo prolongado y sin punta, llámanlo rocuto-uchu, que quiere decir pimiento grueso; cómenlo sazonado o verde, antes que tome su color perfecto que es colorado. Otros hay amarillos y otros morados”.

Ají sumamente picante, de amplio consumo, que en cierto modo constituye el condimento esencial de las comidas regionales en Perú, Bolivia y Norte argentino. Es una solanácea de gran dispersión.

Cuca: “La yerba que los indios llaman cuca y los españoles coca, es, según el P. Valera, un cierto arbolillo del altor y grosor de la vid: tiene pocos ramos y en ellos muchas hojas delicadas, del ancho del dedo pulgar, y el largo de la mitad del mismo dedo, y de buen olor, pero poco suave. De cuanta utilidad y fuerza sea la cuca para los trabajadores, se colige de que los indios que la comen, se muestran más dispuestos para el trabajo y muchas veces contentos con ella trabajan todo el día sin comer”.

Mati: “Calabazas de que hacen vasos”.

Garcilaso da en su obra, además, una descripción de una serie de plantas medicinales y tintóreas, algunas otras —como el ágave—, de aplicación industrial, que no transcribimos a causa de que ellas, salvo excepciones, no son comunes al territorio argentino. Vale la pena consignar, entre estas plantas, al chili, originario de Chile, y que “llegó al Cosco el año de 1544”. Su fruta, escribe Garcilaso, “en forma de corazón, es de muy buen gusto y mucho regalo”. La citamos porque nuestros indios del Neuquén, sobre todo los primitivos pehuenches, hicieron gran uso de las frutillas silvestres, sobre todo de la especie de cordillera denominada “mutilla”.

Lorenzo R. Parodi y los estudios etnobotánicos en la Argentina

Sin duda alguna, debe reputarse a Parodi como al iniciador y propulsor de esta clase de estudios en la Argentina, ya que al nombre de este trabajador infatigable se halla relacionado, en mayor o menor

grado, cuanto se ha hecho en este campo. Es fácil advertir, a través de la bibliografía, cuán vasta ha sido su labor en este descuidado sector de la botánica, que tan alto interés reviste para la etnología.

"Nadie puede discutir la influencia que el Indio ha tenido en la agricultura; él es el descubridor y domesticador genuino de las plantas alimenticias, conquista maravillosa sobre la que se funda la agricultura actual. Por lo que se refiere al maíz, alcanzaron un grado tal de mejoramiento que con gran dificultad podrá ser sobrepasado por el agrónomo moderno". (Parodi, 1935).

Si, como quería Croce antes de reconocer mérito a la labor del pre-historiador, es necesario que el investigador sepa compenetrarse del espíritu que animaba al hombre prehistórico, tal compenetración ha sido vastamente lograda y desarrollada por el sabio incomparable cuyo nombre encabeza esta página. *

La Etnobotánica en la Argentina

Ya Gaspar Suarez, el primer botánico argentino, trae referencias en sus Osservazioni Fitologiche (1789-1792), de varias plantas americanas de nuestro especial interés, entre ellas *Chenopodium multifidum* Linn (Parodi, 1964). Igualmente, las obras de nuestros viajeros clásicos son repositorio de mucha información, aunque lamentablemente muy dispersa. Así, Darwin ha tratado de las papas chilenas; D'Orbigny, quien lo hizo acerca de algunas plantas de las montañas y de los llanos de Bolivia, emparentadas con las nuestras; Paolo Mantegazza, que nos dejó sus observaciones sobre cultivos indígenas de Salta y Jujuy; Romualdo Philippi, que en su obra "Viaje al Desierto" (Halle, 1860), nos ha descrito las plantas cultivadas por los descendientes de los indios atacamas; Martín de Moussy (1860), que nos diera una primera visión de nuestra agricultura; y, finalmente, todos nuestros exploradores posteriores a la década de 1870 (Lista, Moyano, Moreno, Page, Pelleschi, etc.).

* En el momento de corregir estas páginas, llega a nuestro conocimiento la lamentable noticia del fallecimiento del Ingeniero Agrónomo Lorenzo Rodolfo Parodi (21.IV.1966, a los 72 años de edad). Los frutos obtenidos a lo largo de medio siglo de su existencia, casi exclusivamente dedicado a la investigación y a la enseñanza de la Botánica, harán que el nombre de este sabio reverbera largamente en los anales de la Ciencia, y que su ejemplo se perpetúe en el recuerdo de las juventudes argentinas, para las que fue un incansable explorador de nuevos horizontes y un verdadero Maestro. Puedan servir estas páginas de tan humilde como sentido homenaje a su memoria.

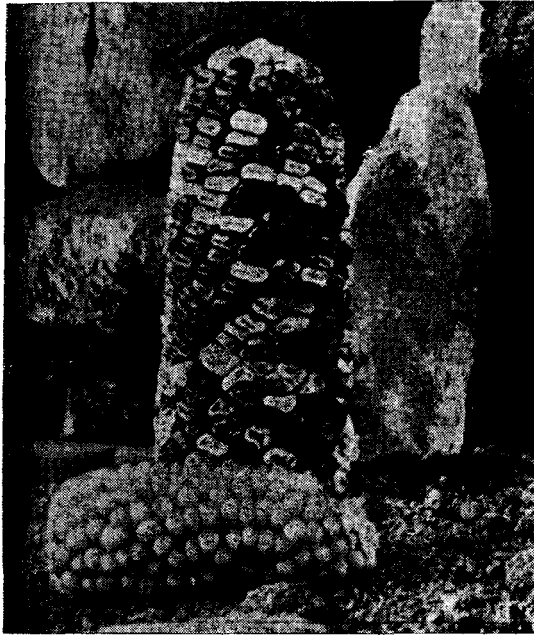


Fig. 1. - Espigas de maíz de algunas de las variedades en cultivo en diversas localidades de la Quebrada de Humahuaca (Jujuy). (Id. Figs. 2 y 3)

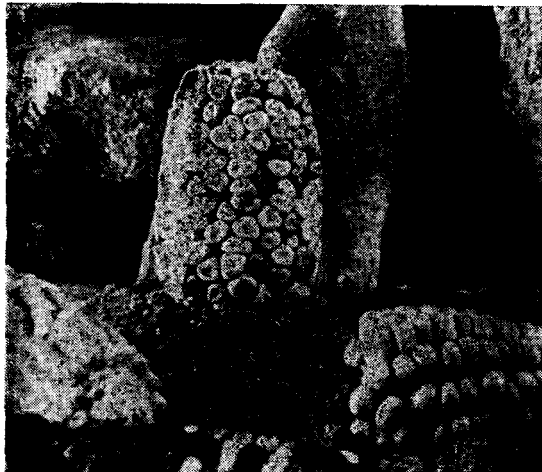


Fig. 2

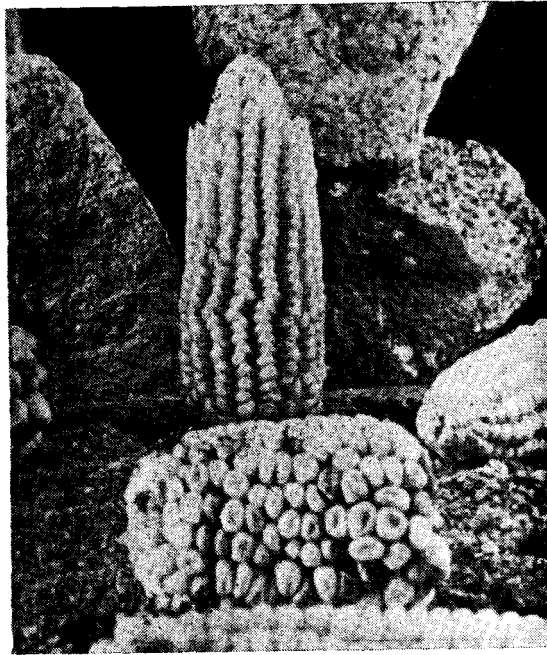


Fig. 3

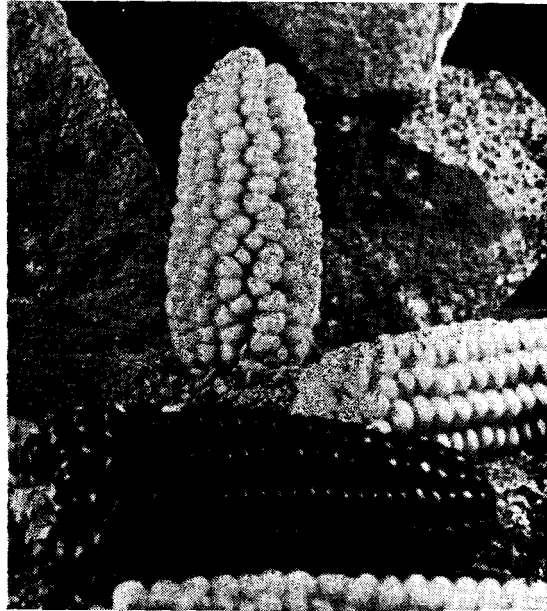


Fig. 4. - Espigas de los valles de Iruya, Salta, entre ellas las del maíz negro o culli.

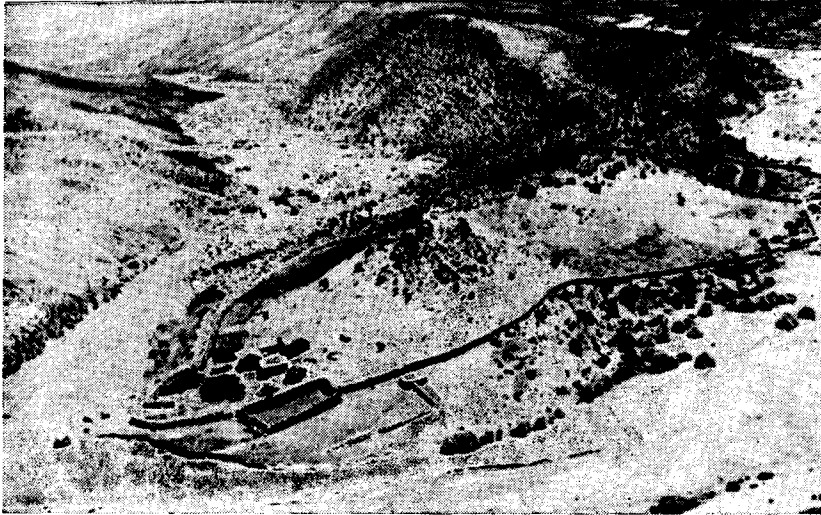


Fig. 5. Cultivos en la Puna, a 4000 m.s.m. Puede observarse cómo han sido captadas las aguas de un arroyo, a fin de proporcionar riego a la parte fértil de un espalón.

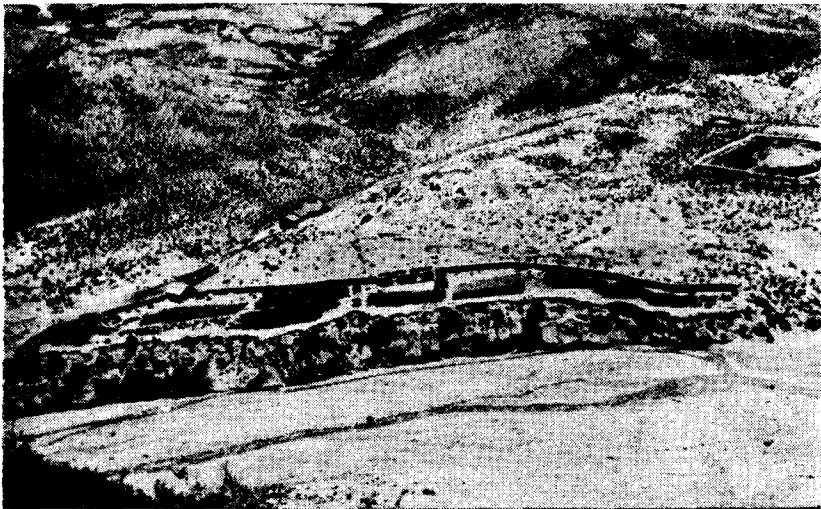


Fig. 6. - Labor erosiva de las aguas sobre los terrenos de cultivo.



Fig. 7. - Cultivos básicos de los indígenas actuales de la Puna: habas y trigo.

Aproximadamente en 1900 se inician las publicaciones del Instituto de Farmacología de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires. Su director, el Dr. J. A. Domínguez, incansable investigador de la medicina aborígen, también se aplicó al estudio de algunas plantas especiales, como la coca, resinas vegetales halladas en las tumbas y colorantes animales (ver Bibliog., Domínguez).

Los primeros datos sobre nuestra agricultura aborígen se deben a los creadores de nuestra arqueología, los Maestros Juan Ambrosetti y Salvador Debenedetti. Sus hallazgos en las ciudades prehispánicas de La Paya, Tilcara y Alfarcito, pusieron en evidencia la intensidad con que nuestros indios del noroeste habíanse aplicado a la agricultura. En cambio, el primer balance de nuestras plantas aborígenes comestibles, cultivadas en la misma zona, fue hecho por Parodi. Este mismo autor, dos años más tarde, realizó investigaciones sobre las relaciones entre la agricultura prehispánica y nuestra agricultura actual (Parodi, 1933 y 1935).

Oswaldo Menghín y Salvador Canals Frau han hecho singulares aportes a la historia del hombre y las plantas. Especialmente el último

de los nombrados, ha publicado dos monografías, sobre el ñame y el taro, que deben ser consideradas como ejemplares (Canals Frau, 1956, 1957 y 1956 bis).

Un destacado investigador de nuestro pasado, Carlos Rusconi, ha hecho un singular aporte a la materia que nos ocupa, al efectuar la descripción del hallazgo de diversos maíces en tumbas prehispánicas de Mendoza (Rusconi, 1948).

En 1948, vuelve Parodi a ocuparse de los maíces indígenas de nuestro país, estableciendo dos regiones especiales: la región guaraníca y la región andina, las que aún conservan maíces en cultivo con características especiales (Parodi, 1948).

Arturo Burkart y Heinz Brücher han localizado en el Noroeste una forma silvestre del poroto (*Phaseolus Aborigineus*) (Brücher, 1964). Este último ha continuado luego con investigaciones referentes a las papas silvestres que crecen en la misma región.

A. T. Hunziker ha investigado varias de las plantas que nos ocupan, especialmente *Chenopodium*, *Cápsicum* y *Amaranthus*. (Dato tomado de Parodi, 1961).

A. Krapovickas ha explorado una vasta zona del continente Sudamericano para determinar el origen del maní, (ídem).

Milcíades Vignati hizo también una especial contribución a nuestra etnobotánica, resultado de sus trabajos sobre los indios patagones, (Vignati, 1941).

Arturo Ragonese y Martínez Crovetto han estudiado las plantas indígenas argentinas con frutos o semillas comestibles. (Ragonese, 1947).

Martínez Crovetto también ha publicado una revisión de las noticias etnobotánicas del viajero Guinnard (Martínez Crovetto, 1963).

Ada I. Pastore ha estudiado el valor alimenticio de los piñones de la araucaria del Neuquén (Pastore, en *Darwiniana*).

Lorenzo R. Parodi y Julián Cámara Hernández han publicado una interesantísima monografía sobre un cereal bastante misterioso, el mango de los araucanos, del cual extraían una harina panificable (Parodi y Hernández, 1964).

Finalmente, Parodi tiene en curso de publicación una obra sobre la agricultura aborígen en la República Argentina.

Esto es cuanto sabemos o hemos podido averiguar respecto a trabajos de investigación sobre nuestra etnobotánica. Cualquier omisión,

quede dispensada por lo magro de nuestra biblioteca y la remota posición del lugar en que escribimos. *

Nuestras regiones agrícolas prehispánicas

Agua, suelo y clima son determinantes, en condiciones favorables, de próspera agricultura. Cinco centurias, o algo más, quizá, parecen haber sido suficientes para modificar en parte las posibilidades agrícolas de nuestro Noroeste. Observando las regiones en que la agricultura aborígen ha tenido mayor desarrollo en la antigüedad, vemos que ello ha sido en las dos grandes quebradas de acceso a la Puna (Humahuaca y del Toro), en las quebradas convergentes a ellas, y en las quebradas de las montañas marginales del Chaco occidental (Santa Victoria y Zenta), en núcleos aislados de la Puna (oasis como Antofagasta de la Sierra), y en los Valles Calchaquíes de Salta y Catamarca. Vale decir que la agricultura ha florecido otrora en un ambiente casi exclusivo, que es el de terrazas aluvionales modernas o bien en el faldeo de montañas, constituyendo andenes irrigables. En ambos casos, ha gobernado la posibilidad de irrigar, y esta irrigación se hacía según se contara con cursos de agua de transporte hídrico más o menos regular o discontinuo, según que el río se alimentara durante cierta época del año mediante la fusión nival, con manantiales existentes en sus cabeceras, o que solamente contase con la precipitación pluvial. Estas condiciones del río irrigador son importantísimas, porque en caso de depender de un río de tormenta para el riego de los sembrados, las cosechas pueden perderse por completo en caso de no producirse lluvias a tiempo. El río Grande de Jujuy (Q. de Humahuaca) ofrece el aspecto típico de un río de tormentas tropicales; tan solo uno de sus afluentes, el río León, tiene sus cabeceras colectando aguas de fusión bajo el Nevado Chañi. También tiene un régimen de tormentas tropicales el río Calchaquí, aunque algunos de sus afluentes provienen de las nieves de las Sierras de Cachi y Pastos Grandes.

Un núcleo agrícola aislado en la Puna es el de la región de Antofagasta de la Sierra, en Catamarca, otrora importantísimo asiento de poblaciones indígenas poco estudiadas todavía, ubicadas en un punto equidistante de la influencia de los indios de Chile y de Bolivia. En este lugar las aguas de precipitación pluvial son escasas, pero permanecen mucho tiempo circulando subterráneamente por las fisuras

* Mina Aguilar (Prov. Jujuy. - (N. de D.)

de las porosas rocas volcánicas que afloran en la región, alumbrando finalmente en las vegas.

Solamente el río Abaucán, que riega los valles de Tinogasta y Fiambalá tiene régimen independiente de las lluvias, pues sus fuentes están en plena cordillera de los Andes.

Con tales condiciones, es lógico que nuestros agricultores aborígenes fueran sembradores de temporal y de andenes, al mismo tiempo, según fueran los ríos y su régimen. Clemente Onelli, aquél italiano que con tanta agudeza observó las cosas argentinas, afirmó una vez que, un campesino quíchua, con su pala de madera, era capaz de hacer milagros de nivelación: se refería a la capacidad que tienen nuestros paisanos de Catamarca y Salta para atajar los ríos e introducir sus aguas dentro de sus sembrados de quínoa y maíz. Y este concepto de Onelli es doblemente elogioso, porque proviene de un hombre que, con una docena de tehuelches, hizo derivar hacia el Atlántico las aguas de un río, el Fénix, que hasta entonces desaguaba en el Pacífico.

Si bravíos e impetuosos eran los ríos con cuyas aguas regaba sus sembrados, la tierra en que arrojaba sus semillas estaba siempre presta a dispersarse. Una doble e inacabable lucha debió mantener el aborígen agricultor: contra el río devorador y con las tierras inquietas. Tanto en la actualidad, como en el pasado y en épocas prehistóricas, el poblador de esta regiones ha debido construir obras de defensa para evitar el catastrófico efecto de las lluvias intensas ("tormentas"), que nadie que no las haya visto puede imaginar. Pero, en contraposición a las francas desventajas provenientes de la estructura de las tierras cultivables y de su comportamiento físico-mecánico, encontramos que ella es extraordinariamente feraz; pequeñas deficiencias en su composición, son fácilmente corregidas, ahora como en el pasado, mediante la inteligente aplicación de abonos.

Estas consideraciones las aplicamos a los pueblos agricultores del Noroeste, los más adelantados. Pero, sobre todo en el período de expansión incaico, la agricultura penetró esta parte del Continente bifurcándose en dos corrientes: la una penetró directamente por las quebradas del Norte argentino; la otra, a través de los atacamas, diaguitas y mollenses, llegó a los mapuches de Chile (que ya eran agricultores) y éstos parecen haberla introducido en algunas partes del Neuquén y Mendoza, esto último en el período de araucanización de las pampas.

De manera que debemos distinguir por lo menos dos áreas de cultura agrícola para el actual territorio argentino: una potentísima agricultura en el norte, la cual, mediante pueblos intermediarios, parece haber ingresado débilmente en el centro-oeste; y la otra, radicada en el litoral de los grandes ríos (región guaraní), acerca de la cual muy poco podemos decir, por haber sido escasamente investigada bajo este aspecto.

Plantas cultivadas por los indígenas del Noroeste

Los vegetales cultivados por los diaguitas, humahuacas y, en menor proporción, por los apatamas, denotan su clara procedencia del centro de domesticación de plantas peruano-boliviano. Esto no quita la posibilidad de que, contando ya nuestros aborígenes con avanzados conocimientos relativos al cultivo de las plantas útiles, se hayan abocado posteriormente a la domesticación de algunas plantas de carácter autóctono, especialmente tuberíferas.

Una gran dificultad radica en determinar qué plantas han ingresado al país en época prehispánica y cuáles otras entraron ya en período colonial; finalmente, cuáles deben considerarse genuinamente autóctonas, esto es, domesticadas por nuestro Indio. Sobre estos puntos habrá de proyectar su luz la futura labor de nuestros botánicos y arqueólogos, al ir descubriendo especies silvestres de domesticación posible, por una parte, y por otra, restos vegetales cuya antigüedad pueda determinarse aproximadamente.

Todas estas plantas se cultivan aún de manera que poco se diferencia de la empleada por los antepasados del paisano actual; únicamente los cultivos en terraza parecen haber sido definitivamente abandonados.

Uno de los trabajos de Lorenzo R. Parodi está especialmente dedicado a reseñar las plantas de origen americano cultivadas en la actualidad en la provincia de Jujuy (Parodi, 1932). Este trabajo es de carácter fundamental, porque desde entonces la lista de plantas no ha aumentado. Siguiendo al autor citado, pasamos a enumerar estas plantas, haciendo la consideración de que, salvo diferenciaciones regionales, ellas son las mismas para toda la región que tratamos. Mientras algunas de estas plantas penetran muy hondo en la región diaguita, como

el maíz, otras en cambio apenas si pasan más allá de las provincias de Jujuy y Salta.

CEREALES

Maíz: Espigas y granos de esta gramínea son abundantes en los enterratorios, desde la Puna a la provincia de Mendoza (Rusconi). En la actualidad se cultivan más de 160 variedades autóctonas en los valles de Jujuy y Salta; esta riqueza varietal disminuye hacia el sud, pero todavía abundan maíces de este tipo en los valles Calchaquíes, desde Salta a Catamarca. Ciertas clases, como el denominado "bola", son sumamente resistentes al frío, lo que les permite completar su ciclo vegetativo hasta en alturas vecinas a los 4.000 metros sobre el mar; este constituye un caso extremo, pero ilustra hasta qué punto puede adaptarse esta gramínea a las condiciones más dispares.

Hasta el momento, la región más rica en variedades de maíz que hemos conocido, se halla comprendida entre el río Pilcomayo, al este, y la Sierra de Santa Victoria, al oeste, sobre todo en los valles húmedos de Santa Victoria e Iruya (Salta). Se trata de maíces de espiga generalmente pequeña, a veces un tanto cónica, de colores variadísimos: azules, negros, morados, blancos, amarillos, violáceos, rojos, etc., pertenecientes a otras tantas razas (panti, jaimiña, chili, aisumaj, barro, blanco, jasqui, chumpi o chulpi, capia, amarillo, pisankalla, etc.). Continúa siendo el alimento esencial, el preferido, de los pobladores de los valles Calchaquíes, de los puneños y de los vallistos, integrando infinidad de comidas típicas.

Parodi (1948), ha clasificado a los maíces de nuestra región andina en seis grupos, que sólo en la Q. de Humahuaca comprenden unas 150 razas autóctonas.

Grupo Amylacea: Comprende los maíces capia, de colores variados (rojo púrpura, azulado, a veces casi negros, etc.). Se trata de los más importantes, utilizándose para mote, humitas y harinas.

Grupo Indentata: Son los "diente de caballo", de color igualmente variado.

Grupo Indurata: Estos maíces, que se usan para locro, son los llamados "maíces duros" o "muruchu".

Grupo Microsperma: Maíces aperlados.

Grupo Oryzaea: Maíz pisankalla, usado para freír (pororó).

Grupo Amyleasaccharata: Chulpi o Chumpi; maíces muy dulces.

Las enfermedades del maíz en la prehistoria.

El cuidado de sus preciosos cultivos de maíz tiene que haber sido para el aborígen motivo de ilimitados desvelos y preocupaciones; una peste, a más de destruir el fruto de su trabajo, significaba hambre y pérdida de la semilla para el año venidero. Esta preocupación por mantener siempre a salvo los maizales, ha de haberse manifestado de modos diversos; arqueólogos hubo que atribuyeron a la Puerta del Sol de Tihuanaco, un significado relacionado con la biología de la mariposa del maíz. Un agrónomo argentino (Sánchez Oviedo, 1937) relaciona uno de los petroglifos reproducido por Adán Quiroga en uno de sus libros, con el mismo asunto. Se trata de algunos dibujos rupestres del Cerro Negro, en Catamarca; en ellos, según Oviedo, pueden observarse plantas de maíz, varios gusanos, y lo que aparentemente sería un halcón (*polyborynae*), enemigo natural de las alimañas del campo. Aunque no es tal la interpretación que Quiroga da a estos dibujos, Oviedo supone que ellos tenían "el objeto de pedir la protección divina contra las plagas de la agricultura. Y como si estas sugerencias no fueran suficientes para afirmar la existencia del gusano del maíz en la época precolombina, aún queda en los labios de algunos ancianos la primera estrofa de la oración que los indios elevaban a su dios: "Tintillalli; Corollalli; Llantullai": A a langosta y al gusano, despo- blados. Sublimes palabras que significan la desesperación de los primeros agricultores del noroeste argentino" (Sánchez Oviedo, 1937).

La siembra del maíz aún se practica en esta región rodeada de innumerables ritos, así paganos como cristianos, receptora de los cuales es la Pacha Mama, la Madre Tierra todopoderosa. A ella se brinda coca y chicha, solicitándole buena cosecha; en otras partes, para no errar la cosecha, se mezclan las semillas con el "maíz del Carmen", raza casi negra a la que atribuyen gran poder.

Una inconcebible cantidad de ceremonias precede a la siembra; muchas de ellas han de constituir una supervivencia de viejos ritos paganos, mas llegar a su total conocimiento es casi imposible, a causa del hermetismo que el paisano opone a las preguntas del curioso.

Quínua o quinoa:

Esta quenopodiacea prospera allí donde el maíz no se da, o prospera escasamente. Su cultivo llega a extenderse a la Puna de Jujuy, por ser pocas sus necesidades de agua. Se la llega a encontrar en cul-

tivo en remotos poblados puneños, como Susques y Coranzuli, donde es casi el único cultivo posible. Su poder alimenticio es muy grande; no sólo se aprovecha su semilla como alimento, sino que también se consumen sus hojas crudas, que recuerdan a la espinaca. Su dispersión en la Argentina es muy grande, habiéndose hallado especies silvestres. Posiblemente haya entrado a nuestro país mucho antes de la entrada incaica, constituyendo uno de los cultivos más antiguos. La existencia de conanas parece estar en relación con la quínoa, a la que antes de consumir es necesario someter a un tratamiento especial para quitarle algunas saponinas que le comunican sabor desagradable. Su harina se puede panificar, constituyendo el pan de quínoa, que los aymaras llaman "Hupha Tautta". Existen variedades blancas y rosadas de quínoa.

Ataco:

Este grano es parecido a la quínoa, y a veces se le confunde con ella. Su nombre botánico es *Amaranthus caudatus*, L., o *Amaranthus edulis*, Spegazzini. Posiblemente no sea sudamericana, aunque su cultivo es muy antiguo. Se le llama también "trigo inca", y su cultivo es mucho más restringido que el de la quínoa verdadera, tal vez a causa de ser más delicada.

TUBERCULOS Y RAICES

Añu o Esañu:

Ya hemos visto que Garcilaso cita a esta planta del Perú con el nombre de "añu". A pedido del Ing. Lorenzo Parodi, hemos buscado con toda intensidad esta planta en el norte salto-jujeño, sin resultado alguno hasta hace poco, en que la hemos hallado bajo la denominación de "essañu", aunque, por no ser época de cosecha, estaba completamente disecada. Es muy parecida a la oca, pero de sabor amargo. Parece tener aplicaciones medicinales. Aseguran que hay pequeños cultivos al este de Yavi, atravesando Santa Victoria, pero este dato no ofrece mayor seguridad. Su nombre botánico es *Tropaeolum tuberosum*.

Batata:

Ipomea Batatas, Lam. Varias clases de esta importantísima planta se cultivan en el Noroeste argentino. Su cultivo parece ser de antigua data.

Papa:

Es una de las plantas de antiguo cultivo en el Noroeste; la cantidad de razas cultivadas en la actualidad es muy grande, algunas muy poco conocidas. Es posible que algunos tipos hayan sido introducidos en tiempos relativamente próximos. Brücher (1964) considera que algunos otros sean autóctonos de esta región. Son numerosos los testimonios que en este sentido podríamos aportar. Las papas silvestres abundan, y algunas de ellas, como la llamada "papa corralera", "apuruna o aparoma", dan un tubérculo comestible bastante grande. Ya Boman, en su obra fundamental sobre la Puna, expresó: "Los indios me han hablado de papas silvestres que ellos recojen y comen, más yo no pude encontrarlas... Puede tratarse de *Solanum tuberosum* en estado espontáneo...".

La importancia de este tubérculo radica en la posibilidad de su conservación; ya Garcilaso de la Vega nos advierte de que las papas "por su mucha humedad se corrompen presto", pero los indios han hallado la manera de evitar este inconveniente. Sobre todo aquellas de tipo amiláceo, pueden conservarse mucho tiempo en forma de chuño (papa sin corteza, helada y desecada). El indio aymara boliviano y el puneño argentino necesitan, para sus largas marchas a pie, tres cosas: chuño, coca y harina de maíz.

Ajipa:

Pachyrhizus ahipa (Parodi), es una gran raíz carnosa de algún consumo en Jujuy y partes de Salta. Se cultiva en los valles cálidos, pero se la vende en los mercados de la fría región sudoeste de Bolivia.

O c a

Oxalis tuberosa (Molina). Se trata de un tubérculo muy difundido, a causa de ser la planta bastante resistente al frío. Desecada mediante congelamiento y posterior exposición al sol, se consume como pan.

Yacon (Aricoma)

Esta planta se cultiva en Salta y Jujuy, en lugares que no son aptos para la batata. Produce raíces carnosas, no muy gustosas.

Ullucu:

Ullucus tuberosus (Lozano). Se trata de la "papa lisa", que da pequeños tubérculos de color rosado o verde. Cultivo de gran antigüedad en el Noroeste.

Achera:

Canna edulis, citada por Parodi (1933) para los valles cálidos de Salta y Jujuy.

OTRAS PLANTAS

Mate:

Lagenaria vulgaris (Seringer). Dada la gran utilidad que estas calabazas prestaban a los indios, se encuentran con profusión en sus enterritorios aún en aquellos lugares alejados de las áreas en que se da (Desierto de Atacama, Puna de Jujuy). Su origen no es claro, habiéndose comprobado que se conocía al mismo tiempo en Asia, Africa y América.

Entre otras plantas útiles de origen americano de gran cultivo en la actualidad, con abundancia de razas aborígenes, y cuya dispersión permite suponer que también se cultivaran en épocas remotas por nuestros indios del Noroeste, Parodi cita al tomate, al poroto y al ají. Con respecto al maní, nada nos induce a pensar que fuera cultivado, pero Burkart (1952) cita en su obra sobre las Leguminosas argentinas, a *Arachis pusilla*, denominada "sacha-mani" en Salta, la cual "da semillitas, que los niños buscan".

La agricultura entre los pueblos del centro-oeste

El estudio de la evolución cultural de los pueblos que habitaban esta región es importante, ya que hasta allí, bien que por diferentes caminos, llega la cultura andina en sus manifestaciones póstumas. Mientras los huarpes sufren una aculturación de este tipo, que los hace evolucionar de simples recolectores a sembradores de maíz y de quínoa, los viejos pehuenches, recolectores de piñones y de algarroba, experimentan la influencia araucana.

La evolución de la cultura araucana, por lo menos en sus fases finales, es una de las más fáciles de seguir, ya que parte de ella ha tenido lugar en tiempos históricos; nos referimos a la ingesión araucana al este de los Andes y su poder de asimilación ejercido sobre los pehuenches. Pero, antes de entrar a considerar tan interesante fenómeno humano, resultará conveniente echar una mirada sobre el cuadro cultural ofrecido por el territorio chileno ubicado inmediatamente al sud del Perú. Las excavaciones han demostrado que existieron en aquel territorio dos estratos culturales pertenecientes ambos a pueblos pescadores sin agricultura. Posteriormente aparece una cultura muy superior, agricultora y ceramista. Estos pueblos agricultores se asentaron en la región invadida. Comprenden los atacameños, diaguitas, mollenses y pueblos genéricamente denominados de Chile Central. Al menos los atacameños, parecen originarios de los Andes Centrales, y por tanto conocedores del cultivo de plantas, algunas de las cuales introdujeron en la región en que se radicaron (valle del Loa hasta Copiapó). La escasez de lluvias, los obligó a la construcción de andenes irrigables. Eran, además, crianceros de llamas y alpacas, con cuyo auxilio viajaron por los desiertos del este, en busca de sal y coca.

Los pueblos pre-mapuches de Chile Central también eran agricultores y conocían la cerámica; fueron invadidos por un pueblo bárbaro, que Latcham considera proveniente del este, y que adoptó sus costumbres. Dado su carácter de guerreros, la agricultura quedó en manos de las mujeres. Lluvias abundantes y terrenos llanos, les permitieron cultivar sus tierras sin necesidad de terrazas ni canales de riego. Aun no se ha determinado si el maíz que cultivaban lo tomaron de los pueblos vecinos del norte, pero dos cosas son innegables: que mantuvieron bajo cultivo especies vegetales indiscutiblemente autóctonas, incluso algunas gramíneas panificables, como el mango, la teca, el huequén, y que a igual

que en la Argentina, la invasión incaica introdujo también algunas plantas, tal vez la quínoa, la oca, el maní, el ají, etc.

Posiblemente, los intentos de penetración hispana en territorio mapuche, hicieron que éstos se replegaran hacia el sur y el este; de antiguo los mapuches habían tenido relación con los pehuenches, verdaderos habitantes del sud mendocino y actual Neuquén, sobre todo en época de recolección de los frutos del pehuén. De todas maneras, estas relaciones se hicieron más intensas ante el peligro que significaba la invasión hispana, siendo también probable que estas relaciones se hayan extendido a los indios pampas. Sea como fuere, los mapuches entraron en relación con las caballadas y vacadas cimarronas, se hicieron jinetes, modificaron muchos de sus hábitos. Mientras los mapuches de Chile siguieron siendo pueblos agricultores y alfareros, los araucanos identificados con el nuevo medio geográfico experimentaron un vuelco retrocedente en su cultura: se hicieron pastores de veranada e invernada, por lo tanto nómades, y afectos al robo.

Empero, no abandonaron la agricultura, cuyas formas más primordiales continuaron aplicando. De ninguna manera mejor que detallando las plantas que cultivaron, podremos objetivar este aserto.

Plantas cultivadas por los araucanos argentinos

Es notable la cantidad de vocablos que el idioma araucano tiene no sólo para la denominación de plantas, sino también para las tareas atinentes a su cultivo.

Maíz: Existen numerosos testimonios de que esta gramínea fue cultivada por los araucanos argentinos, quienes poseyeron varias clases en sus sembrados. Bernardo Havestadt nos ha dejado algunos de los nombres aplicados por los indios a las diferentes clases de maíz: *cúsum*, *prhua* (maíz negro); *quellu hua* (maíz amarillo); *callquintu* (maíz blanquinegro); de manera genérica, al maíz lo llamaron *hua* o bien *uwa*. El *curahua* parece haber sido el maíz perla (Parodi, 1948).

Lanco: *Bromus unioloides*; daba una harina panificable (Moesbach).

Papa: Cultivada: *ponú*; silvestre: *alhué ponú*, *lahu*, *malla* (Havestadt).

Quinoa: En araucano: *dahué*. Esta planta fue cultivada por los araucanos argentinos, pese a que por cuestiones botánicas (fotoperiodismo) su existencia a tal latitud sería dudosa. En el Neuquén tenemos un río, el Dahueve (Nahueve) que literalmente se traduce como "lugar donde hay quínoa". Groeber se ha ocupado de esta interesante cuestión toponímica.

Mango (magu) Parodi y Cámara Hernández (1964) se han ocupado de esta interesante gramínea, con la cual se preparaba el pan llamado *covque*.

Huequén: "Cebadilla comida por los antiguos" (Febrés).

Rümü: *Oxalis lobata*.

"El mantenimiento de esta gente casi de ordinario es piñones sacados de una piña de diferentes hechuras y calidad, así ellas como sus árboles. Y es tan grande el número de estos árboles en todos aquellos sotos y bosques, que bastan a dar suficiente provisión a toda aquella gente que es innumerable, tanto, que de ellos hacen el pan, el vino y los guisados. Y por ser la principal cosecha a cierto tiempo del año, tienen grandes silos hechos debajo de la tierra donde guardan los piñones".

Indudablemente, el contacto de los araucanos con una planta de este tipo, ha de haberlos inclinado a abandonar el cultivo de ciertas plantas, sobre todo el de las gramíneas panificables (mango, huequén). En cambio, parecen haberse mantenido fieles a algunas otras, verdaderamente irremplazables, como el maíz y la papa. Una necesidad que los araucanos han mantenido a través del tiempo, es la de agregar sustancias farináceas a los líquidos que beben. Esta costumbre la mantienen aún hoy, agregando "ñaco" (harina de trigo tostado) al agua y al vino ("chupilca", entre los paisanos) que suponen un fortificante. Es posible que los mapuches, al hallarse en tierra argentina, deseando mantener esta costumbre, hayan cultivado el mango y otras gramíneas parecidas, para reemplazarlas más tarde por la harina de pehuén y de algarroba.

Plantas cultivadas por las parcialidades guaraníes

La discontinua distribución de estos indígenas en territorio argentino, no permite una generalización respecto a sus plantas cultivadas, ya que las que utilizaban las tribus del este de Salta no pueden ser las mismas que cultivaban las del Litoral, desde el Delta hasta el Paraguay. Pero, en líneas generales puede decirse que cultivaron el maíz, la mandioca, la batata y el zapallo y, por los datos de algunos cronistas, posiblemente el poroto. Los maíces provenientes de esta región, en la que también se encuentran las especies tunicadas que tan relacionadas estuvieron en un tiempo a la problemática filogenia del maíz, fueron estudiadas por Parodi (1948).

Interrelaciones etnobotánicas

Las conclusiones finales a que podemos arribar teniendo en cuenta lo que conocemos respecto a la primitiva agricultura practicada por nuestros aborígenes, son las siguientes: botánicamente nos resultan conocidas la casi totalidad de las plantas cultivadas por ellos. La filogenia de algunas de estas plantas no está científicamente explicada aún; esto es, no se sabe bien a partir de qué especie silvestre se inició la domesticación. La determinación de tal especie, es trabajo atinente al botánico fitogenetista, quien también puede llegar a determinar el genocentro de la misma. Una vez determinado este, puede el etnólogo conciliar esta información con la que brinda la investigación arqueológica; la dispersión de las plantas útiles coincide casi siempre con las rutas de la civilización.

Toda planta cultivada en el pasado remoto, continúa siéndolo también en la actualidad; quizá queden exceptuados de esta consideración los granos araucanos (mango, teca), pero no los tubérculos, aun los menos útiles, como el esañu y las papas mucilaginosas del Noroeste.

Resta esperar que, multiplicándose las observaciones sobre el cultivo de las plantas útiles, así en el pasado como en el presente, puedan la etnología y la botánica, aunque con finalidades divergentes, llegar a establecer una cronología aplicable a nuestras culturas agrícolas. En buena hora sean las plantas, maravillosa simbiosis de luz solar y de los elementos de la Naturaleza, quienes nos ayuden a iluminar las tinieblas del Tiempo.

B I B L I O G R A F I A

- Bertrand, Alejandro** (1885): Memoria sobre las cordilleras del Desierto de Atacama. Santiago de Chile.
- Boman, Eric** (1908): Antiquités de la région andine de la République Argentine et du dessert D'Atacama-París.
- Brücher, Enrique** (1955): Origen y filogenia de los cereales. Buenos Aires, Acmé.
- Brücher, Heinz** (1964): El origen de la papa (*Solanum tuberosum*). Nuevas consideraciones sobre un antiguo problema. Physis, XXIV, 68, pp. 439-452.
- Burkart, Arturo** (1952): Las Leguminosas argentinas: Buenos Aires, Acmé, II Ed.
- Canals Frau, Salvador** (1953): Las poblaciones indígenas de la Argentina. Buenos Aires, Edit. Sudamericana.
- Canals Frau, Salvador** (1956): Sobre el período de la "Agricultura Incipiente" de la costa norte del Perú. Runa, VII 1, Buenos Aires.
- Canals Frau, Salvador** (1956-57): Las dioscoreas cultivadas (Ñames), y su introducción al Nuevo Mundo. Runa, VIII, 1, Buenos Aires.
- Canals Frau, Salvador** (1956 bis): El Taro (*Colocasia antiquorum*) y su introducción en América. Runa, VIII, 2, Buenos Aires.
- Candolle, A. de** (1883): L'Origine des plantes cultivées. París.
- Domínguez, Juan A.**: Nota sobre una resina encontrada en tumbas indígenas de La Paya. Publ. Mus. Inst. Bot. Farm., 37.
- Domínguez, Juan A.**: La Coca. Id., Núm. 47.
- Fernández Cornejo** (1791): Descubrimiento de un nuevo camino desde el valle de Zenta hasta la Villa de Tarija. En: P. de Angelis, Col. de Ob. y Doc., VI, 1836.
- Havestadt, Bernardo** (1777): Chilidugu, sive tractatus linguae chilensis (editionem novam immutatam curavit Dr. Julius Platzmann), Lipsiae, 1883.
- Inca Garcilaso de la Vega**: Comentarios Reales.
- Martínez Crovetto, Raúl** (1963): Las Noticias etnobotánicas de Augusto Guinnard. Primer Congr. del Area Araucana.
- Mintzer, Miguel** (1933): Las Quinoas. Su cultivo en Argentina. Boletín del Ministerio de Agricultura, XXXIV, 1.
- Parodi, Lorenzo R.** (1932): Notas preliminares sobre plantas sudamericanas cultivadas en la provincia de Jujuy. Anales Soc. Arg. de Est. Geogr. GAEA, IV, 1.
- Parodi, Lorenzo R.** (1935): Relaciones de la agricultura prehispánica con la agricultura argentina actual. Anales Acad. Nac. Agron. y Vet., 1.
- Parodi, Lorenzo R.** (1938): El proceso biológico en la domesticación vegetal. Rev. Arg. Agron., V, 1.
- Parodi, Lorenzo R.** (1947): Los maíces indígenas de la República Argentina. Anales Acad. Nac. de Cienc. E., F. y N., XII, 9-14.
- Parodi, Lorenzo R.** (1961): Ciento cincuenta años de Botánica en la República Argentina. Boletín Soc. Arg. de Bot., IX, 1.

- Parodi, L. R. y Cámara Hernández, Julián** (1964): El mango, cereal extinguido en cultivo, sobrevive en estado salvaje. *Ciencia e Investigación*, XX, 12, pp. 543-549.
- Parodi, Lorenzo R.** (1964): Gaspar Xuarez, primer botánico argentino. *Darwiniana*, XIII, 2-4, pp. 195-208.
- Pastore, Ada I.**: Las reservas nutritivas de los piñones de las Araucarias argentinas. En: *Darwiniana*.
- Ragonese, Arturo, y Martínez Crovetto, Raúl** (1947): Plantas indígenas de la Argentina con frutos o semillas comestibles. *Revista de Inv. Agric.*, I, pp. 147-216.
- Rusconi, Carlos** (1947): El maíz en las tumbas indígenas de Mendoza. *Darwiniana*, VII, 117.
- Sánchez Oviedo, C.** (1937): Antigüedad del gusano del maíz en el Noroeste argentino. *Almanaque del Minist. Agric.*, XII.
- Schobinger, Juan** (1961): Movimientos étnicos y culturales de Chile, Mendoza y Neuquén. Sus reflejos arqueológicos. En: *Primer Congreso del Area Araucana*, vol. II.
- Serrano, Antonio** (1938): La etnografía antigua de Santiago del Estero y la llamada cultura chaco-santiagueña. Paraná.
- Sorá, Miguel** (1937): El Taro, *Colocasia Esculenta* Schott. *Almanaque del Ministerio de Agricultura*, XII.
- Vargas, César** (1936): El *Solanum Tuberosum* a través del desenvolvimiento de las actividades humanas. 73 pp., Lima.
- Vavilov, Nicolai** (1952): Estudios sobre el origen de las plantas cultivadas. Buenos Aires, Edit. Acmé.
- Vignati, Milcíades Alejo** (1941): Contribución a la etnobotánica indígena: el "pan" de los patagones protohistóricos. *Notas Mus. La Plata, Secc. Antrop.*, pp. 321-336.
- Weatherwax, Paúl** (1951): El origen del Maíz. *Ciencia e Investigación*, VII, 9.

LA VIVIENDA NATURAL EN LA ZONA DE SAN AGUSTIN

(Dpto. Valle Fértil, Prov. San Juan) *

Por KETTY BÖHM DE SAURINA

Introducción:

San Agustín es la capital del Departamento de Valle Fértil (San Juan). Se encuentra situada entre los 30º y 31º de latitud sur y los 68º y 67º de longitud occidental.

La Sierra de Valle Fértil, que forma parte de las Sierras Pampeanas, la limitada por el oeste y "se inicia al Sur de la cuenca de Ischigualasto, cerca de la frontera con La Rioja, al Norte de la quebrada del Peñón, y se dirige con rumbo S.S.E. como un inmenso bloque fallado, de cumbres bastante uniformes, poco recortadas por la erosión. Su pendiente es abrupta hacia el oeste, marcando un frente de falla que desciende con rapidez hacia la travesía del Bermejo, mientras que hacia el oriente el descenso es más suave, en dirección a los barriales de Chucuma" (Ardissone y Grondona, 1953, p. 7). Al llegar a la quebrada de Chavez, cambia el rumbo, aumenta su ancho y toma el nombre de Sierra de la Huerta.

No logran formarse ríos caudalosos. Por medio de quebradas es atravesada por los ríos de Usno, del Valle y de las Tumanas. Las características de estas sierras han impedido la formación de un colector principal que reuniera todas las aguas. Varios cursos descienden por la ladera oriental pero se pierden por infiltración. En la zona de las sierras, algunos son permanentes en verano. En épocas de abun-

1 Texto algo ampliado de una comunicación presentada al Primer Congreso de Folklore Cuyano, San Juan, Noviembre de 1962.

dantes lluvias se producen crecientes, arrastrando en suspensión material salinoso y arcilloso, que luego queda depositado en el terreno y forma los barriales. Las aguas superficiales son las que dan origen, entre otros, a los ríos de Usno, del Valle y de las Tumanas, a cuyas márgenes se hallan las poblaciones de igual nombre. Suelen producirse crecientes que aumentan considerablemente los caudales, "habiéndose medido en San Agustín el 9 de enero de 1939, una altura de aguas de 1,25 metros y un caudal máximo de 200 m³ por segundo" (Grondona, 1951, p. 260).

La gran importancia de estos ríos es que han creado las condiciones necesarias para la vida humana. Sus aguas abastecen la zona. Se ha construido un dique en San Agustín, con cuyas reservas se riega parte de la zona cultivada y provee de agua potable a la mayoría de la población.

El promedio anual de lluvias es de 400 mm., pero son frecuentes las épocas de sequía con los consiguientes inconvenientes que repercuten en la agricultura y la ganadería.

Durante el transcurso de los meses de diciembre, enero y febrero, los más lluviosos, se producen las mayores crecientes, que arrastran arena, limo, piedras, árboles y en ocasiones destruyen viviendas. Al transformar su lecho, los ríos deterioran los medios de comunicación y en especial las rutas que conducen a San Juan y a Patquía, en La Rioja.

Otro de los meteoros que influye en la economía del lugar, es el granizo, que perjudica no solamente los grandes cultivos, sino también la pequeña industria casera. En el año 1962 cayeron dos granizadas que terminaron por completo con las plantas de duraznos y olivos. Las heladas son escasas. En invierno suelen registrarse nevadas.

Las condiciones de aridez de la región se ven reflejadas en la vegetación, no existiendo uniformidad ni continuidad. En los campos la vegetación es xerófila: encontramos chañar, jarilla, tusca, etc. En la vecindad de la sierra se ven los algarrobos, de gran importancia pues dan sombra a la vivienda y a los animales: su tronco y ramas se aprovechan como madera, postes y leña y de sus frutos se fabrica una harina con la cual se hace el patay. En las faldas, predominan los cardones con uno o más brazos. En las riberas de los ríos, la vegetación es hidrófila. Prosperan las plantas parasitarias, entre ellas el clavel del aire y varios tipos de pasto que sirven de alimento al ganado.

Los primitivos pobladores —según Canals Frau— serían los olon-gastas, ya que el área de Valle Fértil formaba parte de su habitat: sur de La Rioja y alrededores. Numerosos nombres aborígenes se mantienen firmes en la toponimia, como por ejemplo: Asilán, Usno, Tumanas, Cuchiyaco, Astica, Chucuma, etc.

Los primeros europeos en llegar a Valle Fértil fueron los padres Mercedarios (Videla, 1962). En 1606 se registra el primer intento de establecer una villa. Vecinos mendocinos se dirigieron hacia Valle Fértil realizando una fundación que se extinguió poco tiempo después. Posteriormente se instalaron los Jesuítas misioneros, siendo sorprendidos en 1658 cuando el alzamiento de indios del Tucumán y expulsados. Antecedente inmediato de los intentos de fundar la Villa de Valle Fértil, será el auto de 1748 del obispo santiaguino don Juan González Melgarejo, dictado en funciones de ministro de la Junta de Poblaciones, aunque reducido al campo eclesiástico. La mencionada resolución dispuso en efecto, erigir en doctrina permanente a la de Valle Fértil y en 1752 pasó a depender del curato de Jáchal. El 18 de abril de 1776, don Agustín de Jáuregui, que después fue virrey del Perú, ordenó la fundación en Valle Fértil de una ciudad que recibió el nombre de San Agustín de Jáuregui en honor a su fundador.

Al crearse el Virreinato del Río de la Plata, Valle Fértil tenía, según el cómputo del padre Clemente Corvalán y Chirino, una población de 865 personas, distribuídas en la siguiente forma:

Blancos: ———
 Mestizos: 177
 Indios: 344
 Negros y Mulatos: 344

En los últimos años, es poco lo que ha progresado; hay una disminución en el número de sus habitantes, como lo permiten comprobar los Censos Generales de la Nación: 5.245 (año 1947), 3.865 (año 1960).

Entre las causas que han motivado la posición rezagada que ocupa hoy, podríamos destacar dos: la preferencia de la población por las concentraciones humanas, la atracción que ejerce la capital San Juan y provincias vecinas, y, por otra parte, las razones de índole económica: las escasas posibilidades de trabajo que ofrece la región, debido principalmente a la escasez de agua. Las mujeres jóvenes emigran y suelen ocuparse especialmente en servicios domésticos, los varones en

la época de la cosecha de uva se dirigen hacia la capital y algunos no vuelven.

El núcleo "urbano" ha sido levantado alrededor de la plaza y calles que la rodean. Hay dispersos varios ranchos y más alejados, los "puestos" dedicados a la cría de animales.

La escuela, iglesia, policía, intendencia, biblioteca y Registro Civil, son los edificios que se destacan, ubicados frente a la plaza. Esta se encuentra protegida por un cerco de un metro de altura, con cuatro hileras de alambre común y alambre tejido desde el suelo hasta más o menos cuarenta centímetros, con puertas en las esquinas y mitad de las cuadras, con el objeto de impedir la entrada de animales y el consiguiente destrozo de plantas y flores.

La vivienda natural en la zona de San Agustín

Existen diferencias entre las viviendas, en su aspecto exterior y en su distribución interna, a similitud de lo que ocurre en otras partes del país, entre ellas Córdoba, en donde "las viviendas constituyen por la multiplicidad de sus formas, un cuadro de singular variedad. Tanto en la disposición y cantidad de sus piezas y dependencias, como en su forma exterior, no existe uniformidad alguna que permita establecer un tipo de casa predominante en la región. Sin embargo, todas estas viviendas presentan rasgos comunes que las señalan como pertenecientes a un mismo núcleo y que permiten reducirlas a una casa tipo, original, aún hoy existente: el pequeño rancho de una sola pieza: Por consiguiente, la gran mayoría de las construcciones, pueden ser consideradas como escalones de una evolución progresiva, regida por el principio de la expansión horizontal, principio mediante el cual es posible explicar su crecimiento y ordenar la diversidad de las formas que presentan en nuestra región" (Dornheim, 1948, p. 20).

Sin embargo, este tipo de vivienda evolucionó; la necesidad de protegerse del sol y el calor originó la ramada y se construyeron dependencias subsidiarias. A medida que las necesidades económicas lo permitieron, agregaron una, dos o más habitaciones.

Las casas, por estas razones, están constituídas por una serie de piezas al frente y en las dos alas; un patio interior, galerías cubiertas, otras con habitaciones contiguas una a la otra, que se abren sobre un patio. El rancho es casi siempre de una habitación que sirve de dormitorio, comedor y hasta de cocina en algunas oportunidades. Carecen

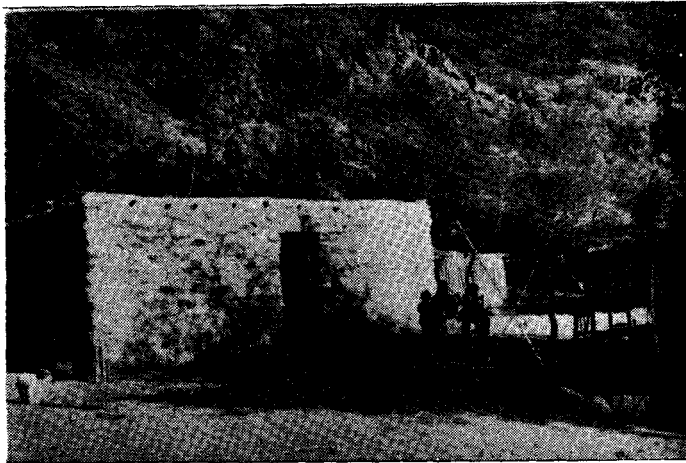


Fig. 1. - Rancho construido con piedras (Astica - Valle Fértil)

de elemento ornamental. Generalmente existen las construcciones subsidiarias: ramadas, hornos, galpones, etc.

El material de construcción utilizado es el que se encuentra en la zona: tierra, piedra, madera y paja. La edificación tiene un carácter regional: vivienda natural, designación que según Francisco de Aparicio, abarca todas "aquellas viviendas en cuya confección sólo se emplean materias primas suministradas por la naturaleza" (Aparicio, 1931, p. 7).

En los ranchos que requieren armadura, ésta se realiza a base de algarrobo o álamo. La facilidad con que puede recurrirse al algarrobo, hace que sea utilizado en forma intensa: es el "árbol". Se construyen varas, horcones, largueros, etc. Más trabajado, se lo utiliza junto con el álamo, para la confección de puertas y ventanas. Para los muros y techos, los materiales terrosos y la caña.

El material empleado para la construcción de muros, es generalmente el adobe, elaborado por el propietario y confeccionado en el mismo lugar de la vivienda. Los frentes de la zona urbana están revocados y blanqueados con cal. El adobe suele ser sustituido por piedras, afirmadas entre sí con mezcla, pero sólo excepcionalmente, (Fig. 1). El ladrillo casi no se fabrica, porque la tierra es mala; por lo



Fig. 2. - Pared de un rancho construida con barro, pasto coirón y palos de algarrobo. En primer plano, una "pirhua" bajada de su soporte. (Usno - Valle Fértil).

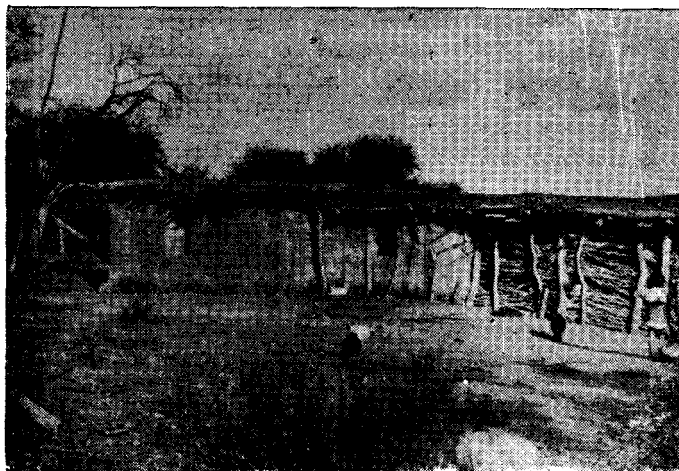


Fig. 3. - Parte posterior del mismo rancho. Techo horizontal de palo y ramas de algarrobo y caña.

general es traído de otros lugares. Además faltan capitales y los lugareños no saben cortar. Existe un solo horno.

Por tratarse de una zona de escasas precipitaciones, la mayor o menor inclinación de los *techos*, no depende de las condiciones climáticas. El material que se utiliza en los ranchos es la caña y el barro, madera de algarrobo y pichana. (Figs. 2 y 3).

Las ventanas son escasas; son pequeñas aberturas por donde penetra en forma insuficiente la luz; su verdadera función sería, como afirma Aparicio, un simple mirador. Las puertas, sencillas aberturas o construídas de algarrobo o álamo. Los pisos son de tierra apisonada; las paredes, revocadas, ocultan en ciertas viviendas a los adobes.

Los enseres de la alcoba son pobres: camas de hierro; en los ranchos suelen dormir en el suelo, sobre el recado. Todo el mobiliario es una silla, cajón para la mercadería, baúles para guardar la ropa.

La vida transcurre fuera de la habitación y en verano no se recurre a ella ni para dormir.

La *galería* es la prolongación del techo de la casa y constituye un reparo; se observa en casi todos los ranchos. Es una construcción muy rudimentaria. Se sostiene sobre horcones de algarrobo y encima suelen colocar piedras para facilitar el deslizamiento del agua de lluvia.

La *ramada* es una construcción muy simple de cuatro, seis, ocho o más palos, con techo plano o a dos aguas, sin paredes y generalmente alejada a cierta distancia del rancho. Se la encuentra también adosada a una pared del rancho, pero no tiene otro resguardo. Su finalidad es dar reparo y sombra al hombre, sirviendo como lugar de reunión o trabajo y depósito de aperos y útiles de labranza.

Otra construcción subsidiaria, es una pequeña habitación independiente, construída con adobe, jarilla, pichana y algarrobo, que sirve también de depósito y además de soporte a la "pirhua", que es el lugar donde guardan la algarroba. Es un recipiente redondo de pichana, con tapa de madera de algarrobo y cubierta de jarilla. (Fig. 4 y 2).

La *cocina* del rancho es una pequeña habitación independiente de la casa, más rústica, construída con una armadura de horcones que sostiene un techo plano, varas de algarrobo y ramas de jarilla y pichana como pared, con pequeñas aberturas a modo de puertas y ventanas. (Fig. 5). El fogón, situado en el centro de la construcción, consiste en un círculo de piedra sobre el suelo de tierra.



Fig. 4. - Pequeña habitación utilizada como depósito y soporte de la "pirhua" (San Agustín Valle Fértil)

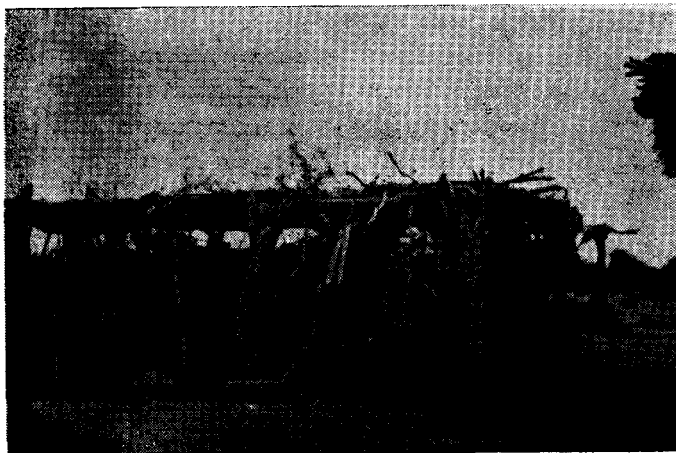


Fig. 5. - Cocina independiente de la vivienda (Usno - Valle Fértil)

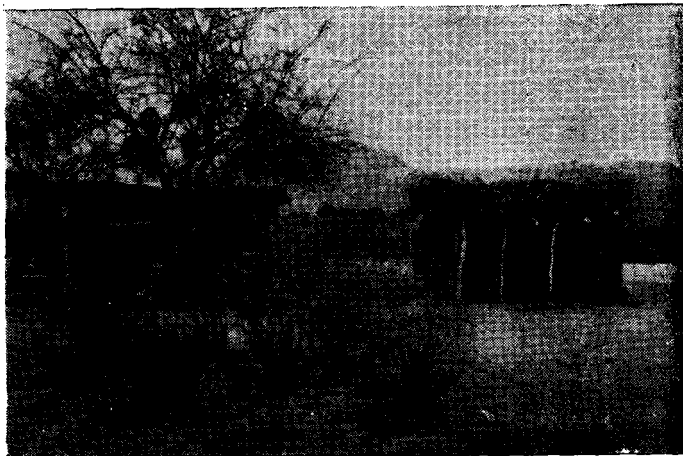


Fig. 6. - Cocina independiente de la vivienda, pared de quincha y techo de ramas (Usno - Valle Fértil)

La cocina de la casa urbana es una habitación construída del mismo material que el resto del edificio, con el fogón sobre una base de unos ochenta centímetros aproximadamente.

Entre los utensilios de la cocina, aún suele verse la olla de hierro de tres patas (fig. 7), la conana para moler, morteros para majar, etc.

La mayoría de las viviendas tienen en su proximidad el *horno*, destinado a cocer el pan y preparar algunos alimentos. Son construídos con adobes y piedras generalmente en forma de cúpula, colmenar o falsa cúpula. (Fig. 8).

Los *pozos de balde* se encuentran en casi todas las casas y ranchos. Están asegurados con piedras, siendo su profundidad de 12 a 15 metros aproximadamente. Para extraer el agua, entierran a cada lado del pozo dos horcones de algarrobo entre los que va un travesaño. Al medio, pende una roldana, a veces de madera de algarrobo con una soga que tiene un gancho para asegurar el recipiente. (Fig. 9). En algunos puestos se observa al lado del puesto, una pileta de piedra y cemento destinada a juntar el agua extraída para el riego de pequeñas chacras.

Los *corrales* varían según su uso y los recursos del propietario. Algunos algo alejados de la casa habitación, por lo general son bastante grandes de forma cuadrada, rectangular o elíptica (Fig. 10). Los cercos se construyen con ramas de tusca, jarilla, algarrobo, etc. Los gallineros son muy escasos, y generalmente las aves andan sueltas.

La totalidad de los ranchos carece de baños, no así las casas, en las que se construyen algo alejados de los dormitorios.

No hay recolección municipal de residuos. Estos son llevados al fondo de las propiedades y raramente son incinerados.

El abastecimiento de agua proviene en muchos casos de pozos perforados de primera napa. Algunas familias lo realizan con agua de acequia y las menos utilizan filtros de piedra. No acostumbran a tomar precauciones sanitarias, ya que no prevén ningún tipo de desinfección. El problema es serio, considerando que los pozos de balde de los que se extrae el agua para beber se ubican muy cerca de los pozos sépticos, y que es frecuente observar animales bebiendo e las acequias.

Las principales enfermedades infecto-contagiosas son las parasitosis, la brucelosis y el sarampión. Los casos de muerte infantil son en su gran mayoría debidos a enfermedades del sistema respiratorio (neumonía y bronconeumonía) y trastornos digestivo-nutritivos.

Las condiciones de higiene que se encuentran en los ranchos son verdaderamente deplorables. El factor humano tiene especial preponderancia. Pocas inquietudes por la casa, por la habitación, por el lugar de estar, por la reunión familiar. El hombre no se preocupa por mejorarlos o por incrementar su nivel de vida. Quizás esa falta de interés lleve a decir que intervienen dos factores importantes: la escasa estabilidad económica y la inercia en que está sumido, como consecuencia del medio en que habita.

Además, como manifiesta Zamorano (1950, p. 97), "las condiciones precarias que ofrece la vivienda construida con los escasos elementos del medio, no los advierte el individuo cuando su visión no va más allá del horizonte siempre igual en que transcurre su vida. El habitante completamente alejado de las ciudades, no percibe las ventajas materiales de ésta, no se deja seducir por su canto de sirena, mientras no la conoce".

En nuestro país la desaparición del rancho no es inminente, sino que pasarán largos años antes de su extinción. Son indispensables urgentes medidas tendientes a inculcar principios en lo que a condi-



Fig. 7. - Olla jabonera de hierro de tres patas (San Agustín - Valle Fértil)

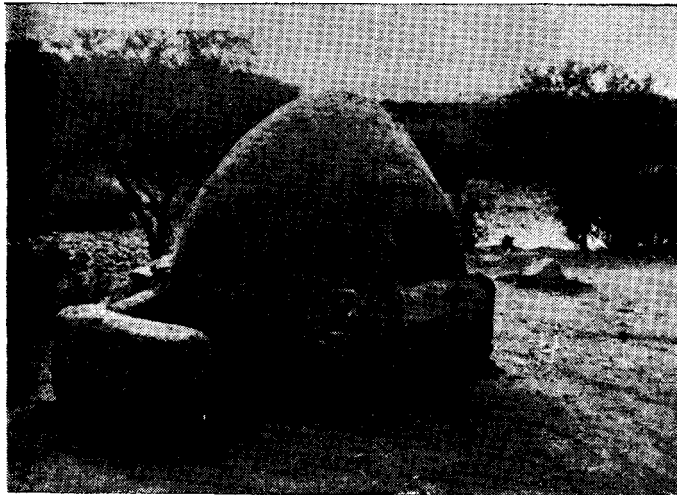


Fig. 8. - Horno de adobe y piedra (Usno - Valle Fértil).



Fig. 9. - Pozo para extraer agua (Usno - Valle Fértil).



Fig. 10. - Corral (Chucuma - Valle Fértil).

ciones sanitarias atañe, proporcionar los elementos para que el trabajo rural depare mayores garantías, y mejorar los sistemas técnicos de enseñanza creando escuelas industriales y agrícolas. Despertando el interés en su propio terruño, se avivarán las inquietudes y progresivamente se irá eliminando el rancho y elevando el nivel de vida en general.

BIBLIOGRAFIA

- ARDISSONE, R.; GRONDONA, MARIO: 1953. *La instalación aborígen en Valle Fértil*. Instituto de Geografía, Fac. Filosofía y Letras, Serie A, Nº 18. Buenos Aires.
- APARICIO, FRANCISCO DE: 1931. *La vivienda natural en la región serrana de Córdoba*. Publ. Museo Antropológico y Etnográfico. Fac. Filosofía y Letras. Serie A, I. Buenos Aires.
- CANALS FRAU, SALVADOR: 1953. *Las poblaciones indígenas de la Argentina*. Buenos Aires.
- DORNHEIM, A.: 1948. *La vivienda rural en el Valle de Nono, Prov. de Córdoba*. En: *Anales de Arqueología y Etnología*, t. IX, pp. 13-96. Mendoza.
- GRONDONA, MARIO: 1951. *Observaciones fitogeográficas en la zona de San Agustín de Valle Fértil*. En: *Actas de la XV Semana de Geografía*, pp. 252-267. Mendoza.
- VIDELA, HORACIO: 1962. *Historia de San Juan*. Tomo I. San Juan. Visitadoras Sociales del Hospital Albarracín de Valle Fértil: *Ensayo Sociológico*. (Apuntes inéditos).
- ZAMORANO, MARIANO: 1950. *Acerca de la vivienda natural en la República Argentina y especialmente en Mendoza*. En: *Anales de Arqueología y Etnología*, Tomo XI, pp. 89-100. Mendoza.

LA "CHARQUIADA" EN MALARGÜE (PCIA. DE MENDOZA)

Por VICENTE ORLANDO AGÜERO BLANCH

Por lo general el poblador rural del Departamento Malargüe, vive de la crianza de cabras. Es trashumante. Al finalizar la primavera se traslada, con su rebaño y su familia, a las partes altas de la cordillera (veranadas), en el límite con Chile, para regresar a mediados de otoño a su "ruca"¹ del bajo (invernada). El motivo de esta trashumancia pastoril es para lograr que el ganado aproveche los pastos de cordillera y dejar, a la vez, descansar del pisoteo y talaje los campos semi-estériles de la "invernada".

De las "veranadas" los animales regresan gordos, pero las nevadas y el largo invierno unido a las escasas pasturas de la "invernada" hacen que, al poco tiempo, enflaquezcan. Este es un motivo por el cual elaboran el "charqui",² para tener siempre a mano su fundamental alimento. Otra razón es la de cuidar el "piño"³ en rodeo, sino en campo abierto, con la consiguiente imposibilidad de conseguir en los días de temporal, por el alejamiento de los animales, un "bicho"⁴ para carne.

En la cordillera, al finalizar la "veranada", se realiza la "charquiada", sacrificando a los animales viejos y enfermos imposibles de venderse en la zona *. Este "charqui" es "negociado" en "el otro lao"⁵, por cebollas, papas, zapallos, porotos, nueces y cochayuyo. En algunos casos cuando no hacen trueque y el producto es vendido, al importe lo invierten comprando algún "lujo"⁶ o corte de género para "su compañia"⁷, y otras prendas destinadas a los demás miembros de la familia.

1 "Ruca", nombre que se le da al rancho del nativo del lugar.

2 "Charqui", del quechua ch'arki: carne salada secada al sol.

3 "Piño", sinónimo de rebaño.

4 "Bicho", designan con este nombre al ganado menor.

* Cuando charquean cabras para su consumo no matan animales que sospechen se encuentren enfermos, pero sí a los de mayor edad.

5 "El otro lao", refiriéndose a Chile, que queda al otro lado de la cordillera.

6 "Lujo", en este caso significa adorno, chuchería.

7 "Su compañia", por su compañera.

Es de destacar que muchos de los productos que adquieren en Chile con el importe de la venta del "charqui", son más caros y de inferior calidad que sus similares que se venden en los "boliches" de la zona; compran, por ejemplo: yerba, azúcar, arroz o harina que, en la mayoría de los casos, son productos argentinos importados por el vecino país. Otros compran zapatos o géneros de la más baja calidad al precio de lo mejor que se produce en el nuestro. No faltando, tampoco, algunos que gastan todo el importe de la venta del "charqui" en "chupi"⁸ y "remoliendas"⁹. En consecuencia, la venta del "charqui" no les reporta ninguna ganancia material; es casi un pretexto para ir una vez al año al vecino país donde, en la mayoría de los casos, están ligados por vínculos afectivos o familiares; de paso satisfacen su vanidad de "cuyano",¹⁰ haciendo alarde ante los "rotos" de su generosidad y de su dinero.

El "charquiado" es trabajo de hombres; las mujeres no tienen "mano" para este fin a causa de ser "débil de sangre" por el "mal del costumbre"¹¹, razón, según dicen, que transmite al producto la propensión al "embichamiento" y, en el mejor de los casos, si el tiempo es favorable y permite un perfecto secamiento de la carne, la misma no podrá guardarse por mucho tiempo porque la mujer al pasarle, con su manipuleo, la "debilidad de la sangre", hace que el "charqui" así elaborado, en corto tiempo, se "apolille" o vaya a "parí güevo la mariposilla", que es lo mismo.

Para matar un animal destinado a la "charquiada", tienen presente que la luna esté en menguante; en caso contrario la carne también puede salir "floja", echándose a perder.

Al degollar el animal cuya carne va a ser "charquiada" se debe prestar especial atención de que se "sangrie" despacio, a fin de que al morirse quede el mínimo posible en sus venas, para evitar el "abombamiento" si llegasen días "malos" que impidan un pronto asoleamiento. Una vez sacrificado el animal, se deja orear la carne al aire libre, dividida en "cuartos", durante varias horas. Para separar los "cuartos" se cortan del espinazo, sin despostar, las paletas, costillares y piernas, vale

8 "Chupi", voz usual en las provincias de Cuyo, por chupandina, borrachera.

9 "Remoliendas", en este caso hacer vida licenciosa.

10 "Cuyano", natural de las provincias de Cuyo.

11 "Mal del costumbre", sinónimo de menstruación.

decir que cada "cuarto" es en realidad una mitad del animal sin la columna vertebral.

Por lo general carnean en la tarde para que, al otro día a la mañana la carne esté a "punto". Después de oreada la carne o según el decir de los pobladores, después que a la carne se le ha ido "el calor e' la vida", se charquean los "cuartos" cortando los músculos en forma longitudinal, de manera que queden de un extremo adheridos al hueso, y el resto, a ambos lados del mismo, cortados a manera de bifés, vale decir que el "cuarto" queda intacto, solamente más extendido y chato a causa de los cortes que se han realizado. Una vez charqueado el "cuarto" se sala de ambos lados con sal que recogen en los pequeños pozos salobres existentes en la cordillera, previamente molida en la "pieira 'e molé" ¹². Ejecutada esta labor del salado se amontonan los "cuartos", uno sobre otro, sobre un cuero "mortecino", generalmente de yeguarizo, del lado sin pelos, a fin de que "suden" durante varias horas; los efectos de la sal hacen que la carne pierda gran parte de su líquido, razón por la cual al cuero que la contiene lo colocan en un lugar inclinado, así el "sudor" corre y no se empapa del mismo "jugo".

Todos los puesteros son muy hábiles en estas tareas de disección. Han aprendido a conocer la anatomía de los animales desde que apenas podían manejar el cuchillo que les daban sus padres para que se divirtieran cuereando "mortecinos". Es tanta la destreza que poseen para este menester que en contados minutos no solamente cortan o salan los "cuartos", sino que cortan, vértebra por vértebra del espinazo y del "tungo" ¹³ de manera que les permita sacarle la médula, que es fácil que se corrompa, y que queden unidas por la parte inferior para que les resulte cómodo colgarlas una vez saladas. Algunos charquean hasta la cabeza y la lengua, pues todo tiene salida para Chile, cuya clase obrera está necesitada, en forma impresionante, de toda clase de alimentos.

Cuando ya la carne ha "sudao" se extiende al sol, sobre ramas o colgada de un alambre o lazo que colocan expreso desde algún palo de la "ruca" a otro. Por la noche la recogen para que no la humedezca el sereno. Para que se vaya secando parejo, mientras está al sol, la dan vuelta una vez, a la hora de la siesta. Al segundo día que la carne ha recibido sol, de uno y otro lado, se procede a "pisarla" sobre

¹² "Pieira 'e molé", designan así al mortero aborígen.

¹³ "Tungo", sinónimo de cogote.

un cuero, confeccionando para ello "chalailas" ¹⁴ para ese único fin o empleando alpargatas sin "pecar", demostrando con este hecho que no son tan nulas sus nociones de higiene. Este procedimiento de "pisar" la carne, es para que se vaya secando por todos lados, por cuanto puede quedar algún plegamiento húmedo en los múltiples cortes que se le han efectuado, agusanándose en esa parte.

La grasitud interna del animal la guardan para después picarla y derretirla. Las "achuras" se las tiran a los perros a excepción de la "guata" ¹⁵ que la lavan y la soplan hasta dejarla bien inflada atándola en el extremo abierto; después la llenan con grasa derretida; esta grasa o sebo de cabra, no comerciable en nuestro país por su baja calidad, la llevan también a Chile para venderla, lo mismo que los chicharrones; estos residuos, en el vecino país, a falta de carne se los echan a los frijoles que es el alimento tradicional de las clases pobres.

El "charqui" de vacuno lo elaboran en muy escasa cantidad. El puestero que posee un reducido número de estos animales no mata a las hembras para que se "multipliquen"; a los novillos y torunos no los sacrifica tampoco por resultarle más ventajoso venderlos. Por esta razón el "charquiado" de esta especie se efectúa en la "invernada", para consumo personal de aquél puestero "bien plantao" ¹⁶ que quiere darse el "embeleco" ¹⁷ de tal magnitud. No venden este producto "pal' otro lao", porque es creencia general que como los chilenos no están habituados al consumo de carne, no saben distinguir las distintas calidades de la misma.

Del vacuno, comúnmente, charquean las partes menos fibrosas de las piernas y paletas. Aunque hay algunos muy hábiles que charquean los costillares, sacando el hueso con una particularidad tal que queda "armado" el costillar pero, como queda expresado, sin ninguna parte ósea. La elaboración del "charqui" de vacuno, fuera de las características apuntadas, es semejante al que hacen de cabríos.

El "charqui", que dejan en su "ruca" para el consumo lo conservan por lo general, en un cuarto independiente de la vivienda, destinado, también, a guardar las demás provisiones, cueros secos y lana. Para que se mantenga aireado cuelgan los "cuartos" de un palo, colo-

14 "Chalailas": mocasín de cuero crudo utilizado en el sur de Mendoza. Ver *Supervivencia Aborigen en el Calzado, en el Departamento Malargüe*, por V. O. Agüero Blanch. Dirección Prov. de Cultura. Mendoza, 1962.

15 "Guata", por panza, estómago.

16 "Bien plantao", persona de capital, rico.

17 "Embeleco", en este caso por capricho.

18 "Giones", maderamen del techo conocido en otras regiones del país como varas.



Charquiada en Malargüe

cado a 30 ó 40 centímetros horizontal al techo, sostenido de los "giones" ¹⁸ por guascas o alambres.

También, en muy raras ocasiones, se realiza el "charqui" de carne de guanaco; no lo hacen por necesidad de alimento, sino para darle más valor a la actividad cinegética que es, para ellos, más bien un de-

19 "Convite", por invitación.

porte que lo practican por "convite" ¹⁹ entre vecinos, donde hacen gala de sus condiciones de boleadores y de la nobleza de sus cabalgaduras.

Al "charqui" lo consumen cocido, entero o molido, con "recaudo" ²⁰ de "chichoca" ²¹, arroz o fideos; asado, con aliños, y también crudo.

Cuando un malargüino de la zona rural sale de viaje o a "rodiar" ²² lleva consigo en las "prevenciones" ²³ como "cocavide" ²⁴; ñaco ²⁵, azúcar, yerba, e infaltablemente un poco de "charqui", entero o molido.

20 "Recaudo", en este caso ingrediente.

21 "Chichoca", harina hecha de maíz semicocido y seco.

22 "Rodiar", que sale a juntar en rodeo al rebaño disperso.

23 "Prevenciones": alforjas, maletas.

24 "Cocavide": avío.

25 "Ñaco", harina de maíz o trigo tostado.

UNA VISITA A LAS RUINAS DE CHAN CHAN (PERU)

POR E. ROSEL ALBERO

Ya desde nuestra primer visita a Perú nos había impresionado la extraordinaria riqueza arqueológica de ese país, que superaba todos los cálculos que nos habíamos hecho a través de lecturas y relatos. En aquella oportunidad visitamos las ruinas de Pachacamac, cerca de Lima, y luego en la zona de Cuzco, las de K'enko, Sacsayhuamán, Tambomachay y las famosas ruinas de Machu Picchu, consideradas con motivo como la octava maravilla del mundo. Además, en breve visita a los museos de la capital peruana, tuvimos una visión de las culturas pre-incaicas. Todo ésto, lejos de aplacar nuestra sed de conocimientos, la agravó y fue entonces que prometimos regresar una y otra vez, en la seguridad de que en cada visita hallaríamos algo nuevo, que nos transportaría a las profundidades de la prehistoria de América del Sur.

Así fue como este año decidimos conocer, en el terreno, aunque sólo fuera una de las cunas de esas civilizaciones que precedieron a los incas y de las que éstos extrajeron y asimilaron las mejores tradiciones y los rasgos más representativos con que enriquecieron su propia cultura. Elegimos entonces Chan Chan, ex capital del Imperio del Gran Chimú, situada en las afueras de la ciudad de Trujillo, 550 km. al norte de Lima.

Más de siete horas en un veloz y modernísimo automóvil a lo largo de la yerma costa del Pacífico habría de conducirnos hasta la primera etapa de nuestra meta, la tradicional y españolísima ciudad de Trujillo.

Tan pronto como dejamos atrás la zona de Lima, envuelta en la niebla matinal, nos encontramos cara a cara con el desierto —y el sol—. Acantilados, cerros blancuzcos de raras formas recordándonos un paisaje selénico, arenales que invadían el camino y se perdían en el mar, todo dentro de una aridez impresionante. De cuando en cuando una

población a ambos lados de la ruta, chata, de monótonas casitas de adobe, cuyos frentes pintados de vivos colores no lograban sin embargo quitar esa sensación de fealdad omnipresente. Plantaciones aisladas de maíz, papas, caña de azúcar, hasta unos pocos viñedos, nos revelaban la fertilidad que se escondía tras esa aparente aridez cuando el terreno era bañado por algún río o vertiente. Pero eran solo manchas verdes perdidas en la inmensidad del desierto. A toda velocidad pasamos la fortaleza de Paramonga, con sus paredes de adobe formando cuadriláteros en torno al cerro sobre la que está enclavada, en el estuario del río Fortaleza, no lejos de Barranca. Hecha la invasión de los Incas en la década de 1470, Paramonga fue la fortaleza más austral del Reino Chimú. Solo alcanzamos a ver cómo pasaba veloz esa reliquia histórica, mostrando en los descoloridos adobes de sus paredes los efectos devastadores del tiempo. Ni siquiera tuvimos tiempo de tomar una fotografía, cuando ya desde el automóvil se divisaba el comienzo del fértil valle del río Fortaleza, que milagrosamente había logrado transformar el erial en vergel. Grandes plantaciones de caña de azúcar se extendían por varios kilómetros y luego nuevamente el desierto, que recién ahora, en la claridad matutina, se nos manifestaba en toda su magnitud. Era sencillamente desoladora la desnudez del paisaje. Cerros y médanos en los que jamás brotó la hierba, dunas de blanca y fina arena que muy bien podrían haber estado en el Sahara, formaciones montañosas blancuzcas o amarillentas o rojizas, desgastadas por los vientos. Pero lo predominante era siempre esa terrible sensación de soledad, de desolación. Después de cinco horas de marcha pasamos por el puerto pesquero de Chimbote, en la desembocadura del Río Santa, y hacia mediodía estábamos en Trujillo.

Luego del almuerzo y de una reparadora siesta nos dirigimos al Comité Pro Restauración de Chan Chan. Nos recibió el administrador, Sr. Antonio Gardés, ex residente en la Argentina. Ahora está en Trujillo, trabajando activamente por la restauración de Chan Chan, hombro a hombro con el arqueólogo jefe, Dr. Francisco Iriarte Brenner y un entusiasta grupo de estudiantes y obreros. Los trabajos comenzaron hace poco más de un año.

La tarea era ardua. Desenterrar primero, restaurar después y posteriormente preservar esa maravilla de barro que data de los siglos XII a XV de nuestra era, pero que fue erigida sobre los restos de construcciones de otra civilización mucho más antigua, la Mochica, cuyo florecimiento se sitúa unos mil años antes.

Chan Chan fue la capital del Imperio del Gran Chimú que se extendiera por casi mil kilómetros a lo largo de la costa del Pacífico, desde el norte de Lima hasta el Ecuador. Actualmente es considerada como la ciudad prehistórica más grande de América y la mayor urbe de barro del mundo, con una superficie de unos 20.000 km. cuadrados. Las casas eran de adobe, con cimientos de piedra, formando 10 grandes barrios aislados por altas y espesas murallas de 9 ó 10 m. de altura. Cada barrio contenía, además de las viviendas de sus pobladores, grandes templos, mercados, talleres, depósitos de granos y textiles, campos de cultivo, reservorios de agua, cementerios, etc. y constituía una verdadera unidad vecinal autónoma. Las calles, que hoy se ven desiertas, se cree que pudieron haber estado bordeadas de árboles que se mantendrían con riego artificial. Pero lo más asombroso de todo eran los frisos de barro formando hileras de decoraciones en bajo relieve. Sus motivos eran animales estilizados, de formas geométricas, que se repetían en hileras horizontales u oblicuas. También habían representaciones del mar, la luna, aves marinas, etc. En cada barrio los motivos eran distintos, lo cual hace pensar en una cuidadosa planificación. Se han hallado vestigios de pinturas en los frisos, pero muy deterioradas por la acción del tiempo. Los Chimús eran además excelentes ceramistas y orfebres de objetos de oro, plata, cobre, etc. También producían tejidos de calidad, que llevaban los mismos motivos de los frisos.



Fig. 1. - Chan-Chan. Vista de un sector restaurado de la "Ciudadela de Tschudi".

En la mañana siguiente llegamos hasta Chan Chan. Visitamos la ciudadela de Tschudi, que es donde se están realizando ahora los trabajos de excavación y reconstrucción. Tuvimos allí la misma sensación de paisaje lunar que experimentáramos la víspera en la carretera. Las ruinas de enormes y gruesas murallas desgastadas en la parte



Fig. 2. - Idem.

superior se levantaban ante nosotros. Únicamente la sequedad del clima, no obstante la presencia del mar a sólo 4 km., pudo conservar esta maravillosa obra de arquitectura. Sin embargo, la región suele sufrir el castigo de una fuerte tormenta de lluvia producida por la cálida corriente marítima "El Niño" que procede del Ecuador y se encuentra con la otra corriente fría de "Humboldt". Cuando El Niño se abre camino hacia el sur, más allá de sus dominios habituales, se produce una violenta tormenta de lluvia y viento que destruye todo lo que halla a su paso. Felizmente para Chan Chan, ésto sólo sucede ocasionalmente. La última se registró hace cuarenta años, en 1925, y causó grandes daños a algunos barrios de la ex capital Chimú.

Nos sirve de guía un joven estudiante de historia de la Universidad de Trujillo, Víctor Diéguez, él mismo descendiente de la raza que habitara estos parajes cientos y miles de años atrás. Primero nos lleva a ver una de las partes ya restauradas, un patio ceremonial cuyas paredes llevan motivos en relieve que representan el mar y un ave marina.

Luego pasamos por diversos laberintos recientemente desenterrados y ya limpios, donde pudimos apreciar en detalle el maravilloso trabajo de los bajorrelieves en barro ejecutados sobre las paredes. Notamos que hay en la zona mucho salitre que destruye lentamente las construcciones y decoraciones.

Y así de un lugar a otro vamos recorriendo la ciudadela. Víctor Diéguez va explicando cada lugar, cada cosa de interés, y nosotros nos imaginamos la ciudad en su época de pleno esplendor, calles arboladas, techados de paja, hombres y mujeres entregados al trabajo y a la creación artística, sembrando, tejiendo, fundiendo y modelando el metal, pacientemente dando forma a los frisos, coloreándolos. Vemos los niños jugando en la arena, las acequias regando sembrados y jardines. Sigue nuestro guía sus interesantes revelaciones y nosotros tratamos de registrar con nuestra cámara todo lo que podemos, temerosos que nuestra memoria nos traicione y no logremos después reproducir en nuestras narraciones la impresión captada por nuestros ojos. Aquí estaba el Templo de la Luna, aquí un reservorio, aquí un cementerio. Una tumba Mochica fue descubierta recientemente en este lugar. Al efectuar las excavaciones hemos hallado cenizas y un cadáver de un niño sentado sobre un perro. En un hueco en una de las paredes de la tumba, se hallaron una momia Tiahuanaco y tres ollas, que en su tiempo contenían alimentos para que el difunto se alimentara en la otra vida. Los trabajos de excavación y limpieza continúan y se tiene la certeza que irán apareciendo nuevas sorpresas que, arqueológicamente estudiadas irán develando más y más secretos de la vida de sus más inmediatos pobladores, los Chimús, y antes que ellos los Tiahuanacos y más atrás aún en el tiempo, los Mochicas.

Casi al terminar el recorrido nos encontramos con el doctor Iriarte Brenner, al que somos presentados por el guía. Es un hombre joven, de unos treinta y cinco años, moreno, de rostro tostado por el ardiente sol del desierto, alto, delgado, de carácter afable, alegre y un tanto irónico a ratos. Ha pasado largas temporadas trabajando con los arqueólogos en México "que conozco mejor que a Perú", según nos dice. Estudió además en Roma y ha visitado otras ciudades Europeas. Nos narra cómo por iniciativa de un grupo de gente de Trujillo, hace poco más de un año, nació el Comité Pro Restauración de Chan Chan. El gobierno les da una subvención, que no es todavía suficiente. Pero gracias al aporte de la población y de lo que dejan los turistas y visitantes, se está manteniendo el trabajo de un centenar de personas. El



Fig. 3. — Idem.

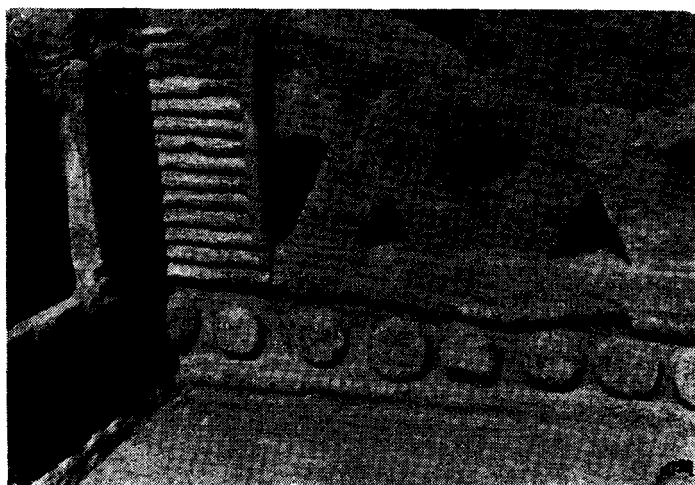


Fig. 4. — Idem.

doctor Iriarte nos habla con entusiasmo de las tareas que se vienen realizando, de las dificultades que han tenido que afrontar, de cómo las van superando. Había quienes opinaban que la ciudad no debía reconstruirse. Que sólo había que desenterrarla, pues de lo contrario perdería autenticidad e importancia histórica. El doctor Iriarte no piensa así.

Hay que restaurar —nos dice—, pero respetando lo que se pueda conservar y siguiendo el estilo de los constructores originales, basándose siempre en evidencias históricas y arqueológicas. Y según el conocido arqueólogo Valcárcel en un artículo recientemente publicado en "La Prensa" de Lima, en Chan Chan se están respetando estos principios fundamentales.

Al restaurar, nos dice el doctor Iriarte, se cumple con el fin educativo de hacer llegar a las generaciones presentes y futuras el mensaje social e histórico que las ruinas encierran. No todos los visitantes —en su mayoría turistas sin ningún conocimiento previo— están capacitados para imaginarse como era la ciudad y la vida en ella originalmente.



Fig. 5. — Idem.

Otro problema serio que hay que resolver es el de la corrosión por el salitre. Sin embargo, se ha recibido una muestra de un producto químico fabricado en Francia que detiene esta acción nociva y protege las construcciones y decoraciones, una vez limpias de salitre. Se espera poder contar pronto con cantidades suficientes de este producto, que aún no se aplica, tal vez por motivos de índole económica.

Siempre por la información del arqueólogo jefe, nos enteramos que debajo de Chan Chan se han hallado evidencias de una anterior ciudad Tiahuanaco y más abajo aún de otra de origen Mochica. Los

hallazgos en la tumba descrita más arriba, confirman estas declaraciones. Y nos confirma lo que ya nos manifestara el joven estudiante Víctor Diéguez: que son incalculables las sorpresas que esperan a los restauradores. Todos estos descubrimientos y su posterior estudio prometen revelar muchos secretos de la vida y costumbres de las civilizaciones pre-incaicas. Nos dice el doctor Iriarte que no son pocas las fantasías que se han tejido con respecto a la prehistoria, especialmente en Perú donde la falta de evidencias escritas dan rienda suelta a la imaginación de fantaseadores de todo tipo. Por eso es que en Chan Chan se ha resuelto desechar todo aquello que se había dicho o escrito en base a suposiciones y comenzar de nuevo, apoyándose exclusivamente en la evidencia arqueológica de los hallazgos. El camino es largo y penoso, pero es el único que logrará aproximarnos a la verdad histórica.

Luego hablamos de los cementerios. Constituyen en muchos casos un verdadero dilema para los arqueólogos. Aquí, igual que en Machu Picchu y otros lugares, sólo se han hallado restos de mujeres y niños.

¿Existían cementerios separados? Evidentemente. Pero, ¿dónde están? Aun continúa siendo un misterio. También nos refiere nuestro interlocutor el vandalismo de los huaqueros (profanadores de tumbas y lugares sagrados, llamados "Huacas") que durante años han estado saqueando las ruinas. Seguramente ellos y los conquistadores españoles antes, se han llevado la mayor parte de los objetos de cerámica, de oro y plata, y restos de tejidos. Pero felizmente desde que comenzaron los trabajos de restauración los huaqueros han desaparecido.

Otra incógnita la constituye el hallazgo de cerámica Chancay, procedente de una zona muy distante en el sur. ¿Cómo llegaron hasta Chan Chan? ¿Existía un intercambio? Este es otro de los puntos que deberán aclarar las investigaciones que se vienen efectuando.

Nuestra visita toca a su fin. Desgraciadamente el escaso tiempo que disponemos no nos permite visitar otros lugares interesantes como la Huaca del Dragón, y la huaca Esmeralda. Prometemos regresar. También prometemos al doctor Iriarte Brenner difundir la magnífica obra que están realizando. Es de gran importancia que los trabajos continúen. Tanto del punto de vista histórico-arqueológico como turístico. Actualmente ya está completamente restaurada la Huaca del Dragón, y bastante avanzada la restauración de la ciudadela de Tschudi,

que es la que visitamos. Otro barrio, Uhle, había sido totalmente desenterrado y reconstruido, pero debió ser cubierto nuevamente con arena para preservarlo de los vándalos que dañaban los frisos escribiendo sus nombres (!). Es que la zona es inmensa y muy difícil de vigilar.

Al dejar Chan Chan experimentamos la sensación de regresar de un viaje a la prehistoria de América, nuestra América, y nos felicitamos de haber efectuado la visita en estos momentos en que los trabajos están en plena ejecución, pues así nos hemos sentido un poco partícipes de esta maravillosa y titánica tarea que vienen realizando el doctor Francisco Iriarte Brenner y sus entusiastas colaboradores.

OBSERVACIONES SOBRE PARAPETOS DE PIEDRAS EN LA PROVINCIA DE NEUQUEN

POR ERNESTO BACHMANN

Me permito expresar una opinión respecto al estudio del señor Humberto Lagiglia. *Observaciones y Correcciones sobre lo que llamáramos Pucará del Atuel*. (Anales de Arq. y Etnol., XVII-XVIII).

He visitado varios de éstos que llamaré “observatorios fortificados” en la zona del río Malleo, departamento Huiliches de la provincia del Neuquén, en las Estancias Tres Picos y Mamuil Malal. Se encuentran distribuidos a distancias de varios kilómetros entre sí sobre el camino que conduce por el Paso Tromen a las ciudades de Pucón y Villa Rica en la República de Chile.

Estoy completamente de acuerdo con el señor Félix San Martín a quien conocí hace unos cuarenta y cinco años atrás en su Estancia Quila Chanquil, y que me hizo conocer estas construcciones parapetadas en esta oportunidad. En mi opinión —y refiriéndome a la provincia del Neuquén— son puntos de observación que dominaban los caminos seguramente muy frecuentados por los habitantes de entonces, en sus excursiones e incursiones. Se encuentran en puntos elevados y fácilmente comunicables por señales entre sí. Además, en sus cercanías inmediatas se encuentran muchos vestigios como puntas de flechas, pedacitos de cerámica, esquirlas diversas, chaquiras, etc., que demuestran que han sido elementos habitacionales. Ello nos indica que no eran destinados para la caza, por la sencilla razón de que los animales a cazar no se hubieran arrimado tan cerca de sitios habitados. Por desgracia todos estos lugares han sido muy saqueados muchos años atrás.

NOTA SOBRE NEOGRAFIA O SEA TRANSCRIPCION DE LENGUAS ANDINAS

POR L. STRUBE ERDMANN S. V. D.

En nuestro folleto *Técnica Etimológica y Etimología Andina* dejamos establecidas 14 reglas fonéticas que nos revelan la falsa pronunciación y transcripción de las voces indígenas. Impreso en la Imprenta de la Universidad Nacional de Córdoba en 1943 y pese a muchas erratas, fue aprobado por varios lingüistas eminentes como Ferrario en Montevideo, Steinki en Santa Fe y Corominas en Mendoza; el Dr. Rey lo usaba como texto en la Facultad rosarina. Hállase agotado y estamos tramitando una reedición aumentada. Nuestros estudios se basaban en parte, en los trabajos del eximio lingüista alemán Dr. Rodolfo Lenz, contratado por la Universidad Nacional de Santiago de Chile, a la entrada de este siglo y fines del pasado. Vemos coronados nuestros empeños por la ratificación total que nos brinda el Dr. Rowe en *Handbook of South American Indians*, II: 185 y 329. Véase también a Mason en *Handb.* VI: 300.

Fonología Indígena: Habiendo desbrozado el étimo adulterado de sus hispanismos y logrado el étimo auténtico, urge la fijación de un alfabeto adecuado a las lenguas aborígenas. Este fue elaborado por lingüistas norteamericanos y perfeccionado últimamente por Swadesh y Rowe. Dicho sea de paso, estriba en el alfabeto creado por nuestro maestro el P. Wilhelm Schmidt (Cf. *Anthropos* de 1907). Este nuevo alfabeto aceptado actualmente por toda la América del Sud, adopta el nombre de Neografía. Las singularidades del Keshua, Aymara y Mapuche requieren signos especiales que consisten en letras modificadas y signos diacríticos. Lo que antes solían representar por duplicación de letras, la Neografía reproduce: p', t', k', q'. Trátase de explosivas sordas, pero enfáticas. La aspiración de estas letras que antes aparecían ph, th, kh, qh se grafican modernamente en forma de p^c, t^c, k^c, q^c, valiéndose de un após-

trofo inverso.* Vemos, pues, que la *ka* nuestra adquiere en las lenguas andinas seis variantes. Cabe llamar la atención sobre una modalidad característica del español: consiste en la tendencia de sonorizar estas cuatro letras sordas, mudando: p en b, t en d, k y q en *gue*, dando pie a multitud de hispanismos, fuente de gran confusión en Etimología. Por lo que atañe a nuestra *ch* que coincide con la inglesa recibe el signo de c y es susceptible, asimismo, de explosión y aspiración. Tocante a la s, distinguimos la s dental sonora que adopta el símbolo z y la s dental sorda que coincide con la misma española y conserva el signo s (la c con cedilla o sea z española no existe en los Andes); la prepalatal sorda fricativa, equivalente a la *sh* inglesa y *ch* francesa, toma el símbolo de s internacional, la prepalatal sonora fricativa lleva el signo Z (es la j francesa: jour, jardín) y la prepalatal sonora fricada se representa por DZ (viene a ser la j inglesa: job, joy). En cuanto a la ll castellana, se sustituye por lambda o en defecto tipográfico por l' (reclama singular atención a causa del yeísmo americano). La ñ española se grafica ny, ya que ñ en Neografía denota *ng* nasal. La W pide capítulo especial en la Gramática Histórica del Castellano y se la representa aún por medio de gua, güe, güi o hua, hue, hui, amén de ba, be, bi o va, ve, vi con harta frecuencia. Las vocales no ofrecen novedad, pero cabe señalar la poca oposición entre o-u, i-e, característica andina. (Cf. *American Anthropologist*, 1934: 629-631; Cf. Farfán, José: *Clave alfabética Kechua y Aymara* donde declara: "Este alfabeto es usado por el autor desde 1946 hasta la fecha". Véase también *Revista del Museo Nacional de Lima*, 1963, que nos brinda trabajos de última hora).

* Por carecer de este signo la imprenta, se utilizó el más parecido posible. (N. del D.)

LAS PRIMERAS JORNADAS ARQUEOLOGICAS CUYANAS

Durante el mes de abril de 1965 tuvieron lugar estas Jornadas, auspiciadas por la Universidad Provincial "Domingo Faustino Sarmiento" de San Juan y por la Universidad Nacional de Cuyo. La ocasión para su realización fue, por un lado, la celebración del XXV aniversario de la fundación del Instituto de Arqueología y Etnología (anteriormente Instituto de Etnología Americana) de la U. N. C., y la inauguración del Museo Arqueológico de la Facultad de Humanidades de la Universidad Sanjuanina..

Se cumplieron con éxito las dos finalidades principales, que fueron la difusión de conocimientos arqueológicos, en especial de los resultados de las investigaciones realizadas entre 1962 y 1965 por el Instituto de Arqueología y Etnología dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras de la U. N. C. en el norte de Mendoza y en San Juan y el S. O. de La Rioja, y presentación más detallada de estos resultados a los especialistas invitados con miras a una confrontación crítica y al establecimiento de correlaciones. Hubo así dos tipos de reuniones: conferencias con diapositivos, y mesas redondas que también se hallaban abiertas al público.

Al mismo tiempo, un grupo de personas vinculadas a los respectivos Institutos procedió a la constitución de la Asociación Cuyana de Antropología, integrada por dos filiales autónomas (Mendoza y San Juan).

La Universidad de San Juan invitó a los principales arqueólogos de la Argentina y también de la vecina República de Chile. Por diversas causas varios de aquéllos no pudieron concurrir; entre los que lo hicieron podemos mencionar a los profesores Guillermo Madrazo (Buenos Aires), Myriam Tarragó de Font, Ana María Lorandí de Gieco y María Teresa Carrara (Rosario), Víctor Núñez Regueiro, Nicolás de la Fuente y R. P. Rubén Alá (Córdoba), asistiendo también representantes del Museo Arqueológico "Inca Huasi" de La Rioja y de la Universidad Católica de Santa Fe, así como la prof. Celia Priegue de la Universidad Nacional del Sur. La arqueología chilena estuvo muy bien representada por los profesores Bernardo Berdichewsky y Mario Orellana (Universidad de Chile, Santiago), Jorge Iribarren y Julio Montané (Museo Arqueológico de La Serena). También se contó con la presencia de un grupo de alumnas de la Universidad Católica de Córdoba, que se agregaron a los alumnos y ayudantes de las universidades locales. La organización de las Jornadas corrió bajo la dirección del Dr. Juan Schobinger (de la Universidad Nacional de Cuyo), con la colaboración del prof. Pablo Sacchero (de la U. N. C. y de la Universidad de San Juan), interviniendo también el Sr. Rogelio Díaz Costa, secretario del Museo Arqueológico de San Juan. Debe mencionarse al Dr. Juan

Adolfo Vázquez, decano-organizador de la Facultad de Humanidades de San Juan, y al Rector de la Universidad Provincial Ing. Carlos Cámpora, por su entusiasta apoyo a la realización de estas Jornadas.

He aquí el detalle de los actos realizados:

En Mendoza: 7 de abril. Inauguración de la muestra "Arqueología de Cuyo y zonas vecinas" (con materiales del Instituto de Arqueología y Etnología y préstamos), en la Facultad de Filosofía y Letras, con presencia del Rector Dr. Carlos Saccone. Palabras del Decano, Dr. Pedro Santos Martínez.

Día 8: Seminario "Los Incas en Cuyo" (primera reunión). Presentación de documentación y materiales de las expediciones cordilleranas del Instituto de Arqueología y Etnología, y comparación con datos aportados por los colegas chilenos.

"Investigaciones arqueológicas en la provincia de Mendoza", y "Panorama de la arqueología de San Juan", disertaciones a cargo del P. Rubén Alá y de Juan Schobinger, respectivamente.

Día 9: Seminario "Los Incas en Cuyo" (segunda reunión).

"Panorama de la arqueología de La Rioja", conferencia por el prof. Nicolás de la Fuente.

Día 10: Seminario "Los Incas en Cuyo" (reunión complementaria final).

Acto en el Instituto de Arqueología y Etnología, en su XXV aniversario: homenaje a su fundador, el extinto profesor Salvador Canals Frau, e inauguración de la sección de la Biblioteca integrada con obras que le pertenecieron; asisten el Decano de la Facultad y la señora Margarita V. de Canals Frau. "Reseña histórica del Instituto de Arqueología y Etnología", palabras a cargo del actual director, Dr. J. Schobinger.

Reunión constitutiva de la Asociación Cuyana de Antropología, y elección de sus primeras autoridades.

"La expedición de febrero de 1965 a la Cordillera del norte de San Juan", conferencia por el Dr. J. Schobinger con la colaboración del Sr. Erico Groch y el prof. Pablo Sacchero.

Por la noche se realiza una reunión social en la que participan todos los visitantes y los participantes en las expediciones de 1965.

El día 11 es libre; algunos de los especialistas visitantes realizan por la tarde una excursión de visita al yacimiento de Agrelo.

En San Juan: El día 12 por la mañana se realiza el traslado en tren de Mendoza a San Juan, e instalación en el Hotel de Turismo "Sussex". Por la tarde se realizan dos actos: inauguración del Museo Arqueológico dependiente de la Universidad "Domingo Faustino Sarmiento", a la que asiste el Sr. Gobernador de la Provincia Dr. Leopoldo Bravo, con palabras del Decano de la Facultad de Humanidades Dr. Juan Adolfo Vázquez; y conferencia "Investigaciones arqueológicas en zonas cordilleranas del norte de San Juan. La campaña de febrero de 1965", por el Dr. J. Schobinger.

Día 13: Mesa Redonda sobre "Arqueología del occidente argentino". (Resultados, problemas, comparación con otras áreas, plan futuro de investigacio-

nes; preservación de yacimientos). (Primera reunión). Se pasa revista en estas reuniones, en la que tienen voz todos los arqueólogos invitados, al estado actual de los conocimientos referentes en especial a los períodos “Temprano” y “Medio” agro-alfarero, tomándose las principales zonas investigadas a ambos lados de la Cordillera. Se comienza con Chile, con exposiciones de Orellana (zona atacameña), provincia de Coquimbo (Iribarren) y zona central (Berdichewsky).

“Panorama actual de la arqueología del Noroeste argentino, con especial referencia al yacimiento de El Alamito (prov. de Catamarca)”, conferencia a cargo de los profesores Myriam Tarragó de Font y Nicolás de la Fuente, quienes accedieron gentilmente a improvisarla (con excelentes resultados) ante la ausencia de la persona a cuyo cargo había estado programada.

Día 14: Mesa Redonda “Arqueología del occidente argentino”. (Segunda reunión). Después de terminar con Chile se trata el Noroeste argentino.

Por iniciativa del P. R. Alá, se realiza un intercambio de ideas sobre el problema de la preservación del material y los yacimientos arqueológicos. Se aprueba una declaración de expresión de deseos, en el sentido de que toda legislación al respecto busque el mayor equilibrio posible entre los derechos de la Nación, las provincias y los municipios, y los de la investigación especializada, que debe “tener prioridad sobre la publicidad, uso didáctico y exposición de los hallazgos”. También en este aspecto debe “favorecerse el federalismo”, pero al mismo tiempo deben “evitarse las fronteras y aduanas interiores”, e incluso contemplarse “los derechos internacionales de estudio, comparación, acceso y retenciones legales de material en vista a futuros acuerdos e integraciones transnacionales”.

Conferencia: “Panorama de la arqueología de la provincia de Coquimbo”, por el prof. Jorge Iribarren Charlin.

Día 15: Mesa Redonda “Arqueología del occidente argentino”. (Tercera y última reunión). Se trata en especial el área cuyana.

Disertaciones dedicadas al arte rupestre: “Aplicación del método estadístico a la determinación de los estilos y cronología de los petroglifos del Noroeste argentino”, por la prof. Ana María Lorandi de Gieco, y “Petroglifos de la provincia de San Juan”, por J. Schobinger.

Se procede a la clausura oficial de las Jornadas con una cena con participación de profesores y autoridades de la Universidad Provincial de San Juan y del Gobernador Dr. Bravo. La misma se realiza, así como las reuniones y conferencias, en el Club Sirio-Libanés.

Como complemento que resultó de especial interés para los arqueólogos visitantes —que en su mayoría participaron en la misma— se realizó entre los días 16 y 18 una excursión de visita a lugares arqueológicos de la provincia de San Juan, bajo la guía de los profs. Schobinger y Sacchero. El itinerario fue el siguiente: día 16: zona de Calingasta (ruinas de Barrealito, petroglifo de La Angostura, yacimiento de las “Ancuviñas” en Sorocayense); 17: departamento Iglesias: ruinas del Km 44 y de Tocota, yacimiento de Angualasto y Punta del Barro. Uno de los visitantes (el prof. Orellana) realiza bajo la guía de los especialistas locales una visita a la profunda “Cueva de los Indios” de La Ca-

ñada (zona de Rodeo). Día 18: en las cercanías de Jáchal, visita del gran barreal de Pachimoco. Durante el transcurso de la gira se echan rápidos vistazos a las colecciones Sarracina (Angualasto) y Luján (Jáchal). Esta excursión fue asimismo posibilitada por el generoso apoyo de las autoridades sanjuaninas, y su organización técnica estuvo a cargo del prof. Mariano Gambier.

En síntesis, podemos considerar a las Primeras Jornadas Arqueológicas Cuyanas como exitosas y de resultados positivos. Si bien se resintieron por la ausencia de los principales especialistas de Buenos Aires y La Plata (debe mencionarse que el Dr. Osvaldo Menghin mandó a modo de valiosa adhesión el texto de su conferencia, sobre el tema "La periodización de la Historia Universal, desde el punto de vista de la Ciencia Prehistórica"), en cambio se contó con la presencia inquieta y cordial de la "plana mayor" de la arqueología chilena (faltando únicamente la Dra. Greta Mostny, retenida a último momento en Santiago), verdaderos animadores de las Jornadas, que tuvieron oportunidad de conocer y aprender algo, y de quienes aprendimos mucho. Como comentario final, nada mejor que transcribir, haciéndolos nuestros, los resultados principales que según el informe del profesor Orellana publicado en el N° 56 del "Boletín de la Universidad de Chile" tuvieron estas Jornadas:

1º) Se fortalecieron los vínculos científicos entre los especialistas argentinos y chilenos.

2º) Se consideró posible realizar en el futuro trabajos conjuntos entre especialistas argentinos y chilenos dentro de un plano de mutuo respeto científico nacional y personal.

3º) Gracias al intercambio de datos científicos, discusiones en mesas redondas y en salidas al terreno, se mostró que los contactos precolombinos de las culturas agro-alfareras de nuestros dos países eran frecuentes.

4º) En San Juan y Mendoza, además del período Tardío y del Horizonte Incaico [de importancia en las zonas cordilleranas, agregamos nosotros], se observa cada vez con mayores posibilidades científicas la existencia de algunos períodos más antiguos: Período Medio y Temprano agro-alfarero (en especial en el yacimiento de Pachimoco). También gracias a las recolecciones de Schobinger y Sacchero y de algunos ejemplares que existen en colecciones particulares se puede plantear la hipótesis de trabajo de la existencia de artefactos a-cerámicos (y posiblemente pre-cerámicos) pertenecientes a cazadores y recolectores".

(Informe redactado por J. Schobinger)

LA PRIMERA CONVENCION NACIONAL DE ANTROPOLOGIA

(Villa Carlos Paz, 24-29. V. 1964)

El Instituto de Arqueología y Etnología de la U. N. C. recibió, como los restantes del país, una invitación de la "Comisión Organizadora de la Primera Convención Nacional de Antropología", con la finalidad de reunir a la totalidad de los antropólogos residentes en la Argentina, para que con su aporte constructivo en las discusiones logaran, mediante el esfuerzo mancomunado, resolver los urgentes problemas metodológicos y terminológicos que obstaculizan el desarrollo de las Ciencias Antropológicas en nuestro país.

En realidad una de las grandes necesidades y de las más urgentes era la unificación de la terminología empleada en los trabajos de investigación arqueológica, para que con una validez universal los investigadores llegaron a una real comprensión del panorama arqueológico argentino.

A los efectos de facilitar la tarea la Comisión Organizadora redactó un anteproyecto y un proyecto con el objeto de unificar los criterios para la discusión de la terminología de los restos arqueológicos cerámicos y líticos. Además confeccionó el siguiente temario:

Unificación de la terminología cerámica (Tecnología, Morfología, Función).

Unificación de la terminología lítica (Tecnología, Morfología, Función).

Unificación de la terminología en textiles.

Reglas para la nomenclatura de tipos (Criterios de denominación, Reglas de prioridad).

Normas Descriptivas.

Ley 9080 (Protección a los yacimientos arqueológicos).

Temario y Sede de la "2ª Convención Nacional de Antropología.

La convención sesionaría entre los días 24 y 29 de mayo en el Gran Castell Hotel de Villa Carlos Paz, Córdoba, con los auspicios de la Universidad Nacional de Córdoba.

El día 24 de mayo se inauguró oficialmente la 1ª Convención Nacional de Antropología con la asistencia de la mayoría de los antropólogos del país y alumnos pertenecientes a las Universidades de Córdoba, Litoral y La Plata. Como representantes de la Universidad Nacional de Cuyo concurrió el Director del Instituto de Arqueología y Etnología dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras, Dr. Juan Schobinger, y los ayudantes del citado Instituto, Prof. Pablo Sacchero y el Sr. Julio Ferrari.

Los días 25, 26 y 28 se dedicaron a la reunión de comisiones, realizándose la Sesión Plenaria el día 29. En el transcurso del día 27 se realizó una excursión al Cerro Colorado con la finalidad de observar las numerosas pictografías del lugar.

Las sesiones se realizaron en un clima que posibilitó un real acercamiento entre los antropólogos argentinos y que conjuntamente con el sano espíritu que los alentó determinó, en consecuencia, una unidad de criterio en la solución de los problemas discutidos.

Por lo tanto: 1º) Se aprobó la terminología del material cerámico propuesto por el anteproyecto titulado "Normas para la descripción de tipos cerámicos"; 2º) se hace una

recomendación sobre la adopción de la terminología propuesta en el anteproyecto titulado "Normas para la descripción del material lítico; 39) elevar un petitorio a las autoridades Nacionales solicitando la necesidad de que la Ley Nº 9080 de 1911 (Ley de Protección a los Yacimientos Arqueológicos y Paleontológicos) sea derogada, y reemplazada por otra que contemple la situación real del problema en la actualidad; 49) designar como lugar de sesiones de lo que se llamó 2ª parte de la 1ª Convención Nacional de Antropología la ciudad de Resistencia, aceptándose una invitación de la Universidad Nacional del Nordeste, previéndose como fecha el mes de mayo de 1965. El temario girará sobre problemas de Antropología, Etnografía, Antropología Social, Etnología, Folklore y Arqueología; 59) como tópico especial y a propuesta de la delegación cuyana se recomendó un mayor acercamiento entre los Institutos especializados del país en materia de coordinación de actividades e intercambio de informaciones. También se acordó solicitar a las autoridades Nacionales que patrocinen la realización en la Argentina del 37º Congreso Internacional de Americanistas en 1966.

PRIMERA CONVENCION NACIONAL DE ANTROPOLOGIA

(2ª Parte)

Del 23 al 28 de mayo de 1965 se realizó en Resistencia (Chaco), con los auspicios de la Universidad Nacional del Nordeste, la "segunda parte" de la Primera Convención Nacional de Antropología. Concurrieron delegados de las Universidades, Museos y Centros Antropológicos, y estudiantes universitarios.

La citada reunión organizada para nuclear a los estudiosos de las Ciencias Antropológicas y lograr que se unificaran criterios y métodos de trabajo, contó con tres comisiones de trabajo que se abocaron a los siguientes temas: "Concepto de Cultura en Prehistoria. Periodización en la Arqueología Argentina"; "Verificación y funcionalidad práctica de las nomenclaturas sobre lítico, cerámico y textiles. Normas para la descripción de yacimientos arqueológicos", y "Modalidades culturales de la Sociedad Folk, con especial referencia a sus formas económicas. Determinación de normas modernas y científicamente elaboradas que permitan canalizar ordenadamente el proceso de aculturación de los núcleos etnográficos del Nordeste".

En cada una de las comisiones mencionadas se presentaron importantes contribuciones que fueron exhaustivamente tratadas en las reuniones realizadas.

Las ponencias finales formuladas demostraron el interés puesto por los convencionales para la solución de los problemas analizados en el seno de las comisiones. Los despachos presentados por los relatores en la Sesión Plenaria fueron aprobados y se sentaron bases para el trabajo antropológico futuro.

Se realizaron Mesas Redondas informativas sobre el 37º Congreso de Americanistas y sobre la creación de una Confederación Argentina de Antropología. Se rindieron homenajes a Juan B. Ambrosetti en el centenario de su nacimiento, y a José Imbelloni que este año celebra su 80º aniversario. Se fijó a Río Hondo y Rosario como sede de la Segunda Convención de Antropología.

A la sesión de clausura asistió el Ministro del Interior, en representación del Poder Ejecutivo Nacional, quien leyó el Decreto Nº 3998 sobre el Censo Indígena Nacional a realizarse en el país.

El interés por el quehacer antropológico se notó en esta reunión y se establecieron las bases para que el espíritu de amistad y colaboración den su fruto en favor de la labor a realizar.

La Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste en un encomiable esfuerzo ha confeccionado un informe final sobre las Actividades de esta Convención que a los muchos méritos logrados se le suma el haber contribuido al conocimiento personal de muchos antropólogos argentinos.

ACTIVIDADES DEL INSTITUTO DE ARQUEOLOGIA Y ETNOLOGIA EN 1964

A) Trabajos de campo.

Expedición al norte de San Juan (zona de Malimán y Cerro El Toro).

En la segunda mitad de febrero se realizaron los primeros trabajos arqueológicos intensivos en el extremo Norte de San Juan. Una parte del personal del Instituto secundados por algunos alumnos bajo la dirección del Prof. Pablo Sacchero efectuó exploraciones y relevamientos en los alrededores de Malimán (sobre el río Jáchal, al Norte de Angualasto), siendo los principales sitios: Punta del Barro, Punta del Médano, Malimán Usina, Malimán Este; más al norte exploró un paradero cerca de Carrizalito, relevándose una habitación de paredes de barro semejante a las de Angualasto. En la Quebrada de las Piedras Pintadas documentóse un importante conjunto de petroglifos, de estilo irregular.

La expedición al Cerro El Toro, situado sobre la cordillera limítrofe en el N. O. de San Juan, duró once días (17-27 de febrero), cumpliéndose con éxito su finalidad: rescatar y transportar en forma adecuada el cadáver momificado por el frío y demás elementos arqueológicos hallados por el señor Erico Groch al frente de una expedición andinística el 24 de enero, y realizar estudios complementarios en el lugar. El día 17 se viajó de Malimán a la mina "El Fierro" (situada a 85 Km al norte), desde donde se continuó en mulas al día siguiente. Integraron la expedición el señor Groch como jefe de la misma, Schobinger invitado como asesor científico, a quien acompañaba como colaborador del Instituto el señor Bernardo Rázuín, y los señores Roy Kirby, Antonio Lago y Rogelio Díaz Costa, ayudante de dirección, Fotógrafo y encargado de la sección Historia y Arqueología del "Diario de Cuyo", respectivamente. Todos menos el último, alcanzaron la cumbre de unos 6.300 m el día 22, tras tres días de mula por inhóspitos parajes cordilleranos y dos de ascensión a pie. Durante más de dos horas (16-18.15) de aquel día se efectuaron excavaciones complementarias en la oquedad rodeada de piedras en la que se encuentra la momia, hallándose más elementos perecederos: una ojota, plumas, un capacete de lana y un cordón formado por diversas líneas de hilos, que fueron traídos junto con un poncho y dos camisetas andinas ("uncu") que habían quedado cubriendo parcialmente la momia. Esta corresponde a un joven, probablemente sacrificado en la época incaica. Su estado afortunadamente permaneció inalterado durante el viaje de regreso, quedando finalmente según nuestras indicaciones depositada en un frigorífico en San Juan.

En la cumbre había también un recinto piracado de 12 por 8 metros, orientado de sud a norte, que fue relevado.

El día 26 la expedición llegó de regreso a la mina El Fierro, en donde se encontraba una comisión oficial presidida por el Subsecretario de Instrucción Pública y Acción Social, señor Martín Riveros. En un acto posteriormente rubricado por un acta, se procedió a la entrega de la momia y sus accesorios al señor Riveros como representante del gobierno de San Juan, dándose con ello por finalizado el cometido de la expedición.

Es de destacar el hecho, primero en la historia de la arqueología del país, de que un órgano periodístico corre con todos los gastos de una expedición arqueológica.

En cuanto a las dificultades surgidas durante la expedición con el gobierno de San Juan —más concretamente con el Ministerio de Gobierno— no corresponde detallarlas aquí. Puede verse al respecto el número de "Diario de Cuyo" dedicado a la expedición (27-11-64), así como el comunicado del suscripto "Refutamos opiniones" en el mismo diario, 3-11-64, p.4.

Zona de Tudcum y Rodeo (Prov. San Juan).

Del 2 al 6 de julio se realizó la segunda gira de prospección arqueológica del Instituto al Norte de San Juan, centrada en la zona de Tudcum y Rodeo (dep. Iglesia), en donde se realizaron investigaciones espeleológicas. Participaron en la misma los profesores J. Schobinger, P. Sacchero, señora María T. de Sacchero y J. Ferrari. A 6 Km al SE. de la primera de dichas localidades exploróse la "Cueva del Chivato", de unos 25 m de profundidad, muy dañada por desmoronamientos y por los tradicionales saqueos del Viernes Santo. Su carácter de cueva funeraria quedó evidenciado en excavaciones efectuadas en cinco puntos de su parte posterior, la que actualmente tiene un orificio de salida. Se extrajeron muestras de semillas y fibras vegetales, marlos de maíz, cordeles y tejidos, y restos óseos humanos. En la cercanía de Rodeo, en un lugar llamado La Cañada situado en los últimos contrafuertes occidentales de la Sierra Negra, se exploraron dos cuevas, de la que sólo una evidenció interés arqueológico. De la misma teníamos desde hace tiempo referencia de la extracción de una momia alrededor de 1.920. Se trata de una caverna que penetra por lo menos 160 m al interior del cerro, con estructura de tubo sinuoso, que en diversas partes es tan baja y estrecha que obliga a arrastrarse sobre el vientre. En algunos puntos de los últimos 60 m se observó el afloramiento en las paredes de huesos humanos, cabellos, cerámica, tejidos, etc. Ha habido pues apreciable cantidad de cadáveres momificados con su ajuar, pero hoy todo se halla destruido por un proceso de derrumbe y socavación que afectó a toda la caverna. La cerámica —incluso la mitad de un cántaro empotrado en la pared tan endurecido por las sales que no pudo ser extraído— es una de un tipo Angualasto tosco.

El prof. Sacchero y el señor Ferrari permanecieron cinco horas en el interior de la caverna, realizando en condiciones difíciles su minuciosa exploración.

Otros trabajos: En las cercanías de Tudcum se relevaron dos petroglifos y se exploró otra cueva que resultó estéril. Se examinaron algunos yacimientos ya conocidos (Agua Negra cerca de Jáchal, Angualasto, Punta del Barro) y otros nuevos (uno a mitad de camino de Rodeo y Tudcum, y otro al Este de Pismanta, llamado Vegas de Achango; en éste último hay restos de habitaciones de barro, y ambos corresponden a la cultura de Angualasto). En Punta del Barro, se descubrió en un faldeo pedregoso situado al Oeste un yacimiento nuevo, caracterizado por círculos de piedra (habitaciones o reductos), morteros elípticos en roca, y un tipo de cerámica distinto al de Angualasto, rojo y en algunos casos con grabados lineales y puntiformes, que probablemente sea más antiguo. Durante el regreso exploráronse los bordes y cerrillos circundantes de dos "barrealitos", situados cerca de la ruta Iglesia — Talacasto, cuyas condiciones se prestan para la existencia de industria lítica precerámica. Sin embargo, no se halló nada.

En Angualasto se examinaron numerosos fogones que afloran en un barrancón identificándose un grupo de dos "hornos de tierra" situados a unos seis metros bajo el nivel actual del suelo, lo que indica considerable antigüedad.

Los materiales traídos fueron, además de numerosos fragmentos de cerámica y piedras de moler de los yacimientos visitados, una notable punta de flecha de Angualasto, y, como resultado de donaciones, tres puntas de proyectil de un yacimiento precerámico situado en la Sierra de Colangüil y una fuente de piedra del Río Blanco.

Fuera de la ampliación aportada para el conocimiento de la Arqueología del Norte de San Juan, la presente excursión sirvió para establecer útiles contactos y planear trabajos futuros, entre los que se hallan un estudio exhaustivo de Punta del Barro Oeste y, en caso de obtenerse suficientes medios técnicos, una excavación en la derrumbada "Sala Mortuoria" de la caverna de La Cañada.

Expedición Pachimoco — Castaño (10-18 de octubre).

A pesar de no poder contarse con la Estanciera de la Facultad para esta gira, pudo obtenerse la colaboración de tres vehículos particulares para la primera parte de esta expedición, que tuvo el carácter de Cursillo Práctico de Trabajo de Campo, correspondiente a la cátedra de Arqueología Prehistórica. Participaron en el mismo, del Instituto: además del doctor Schobinger, los profesores P. Sacchero, R. Castañeda, señor Julio Ferrari, profesora Nérida Cuetos y señora Susana González del Solar; alumnos: señoritas M. Bochaca, A. Ferreyra, S. Bustos, T. Galli y A. Ruiz; otras personas: señor E. Mayntzhusen, señora M. T.

de Sacchero. Una parte de los participantes se alojó en el hotel de Jáchal y otra en el campamento instalado en el mismo yacimiento o barreal de Pachimoco. El plan de explorar minuciosamente —en la medida que su extensión lo permite— a éste último fue cumplido los días siguientes (hasta el 14 inclusive); el personal fue subdividido en grupos que realizaron la exploración por zonas. Se recogió gran cantidad de fragmentos de cerámica y algunos otros elementos (puntas de flechas, torteros, un tembetá, adornos de piedra), y se pudo comprobar en una de las zonas la existencia de una verdadera instalación de la cultura de "La Aguada" —anterior a la Angualasto cuya cerámica es la más abundante en las otras zonas del barreal—, señalada por cerámica incisa y grabada y amarillenta pintada con los motivos del "felino draconiforme". Un cántaro de este estilo desenterrado de un fogón pudo ser reconstruido en gran parte. Se realizó documentación fotográfica y también cinematográfica del yacimiento. El último día Schobinger exploró una zona situada al pie del cerro de Los Pajaritos, al Norte de Jáchal, donde según datos habría petroglifos, pero salvo un caso dudoso no fueron identificados.

La segunda parte de esta expedición se realizó del 15 al 18, siendo sus participantes los miembros del Instituto P. Sacchero, N. Cuetos, S. González del Solar y el director. De Jáchal se viajó por Rodeo en el camino se exploró un barreal sin resultado), Pismanta, Iglesia (donde se recogieron fragmentos de cerámica y se buscó infructuosamente un yacimiento precerámico del cual nos habían dado noticias colegas de La Plata), hasta Tocota, en donde acampamos. La mañana siguiente se dedicó a explorar las ruinas del poblado incaico de dicho lugar, recogiendo cerámica y material lítico. Luego se continuó al valle del Castaño. Se relevaron dos conjuntos de petroglifos, en la compuerta de Villa Nueva y frente a Castaño Nuevo, en donde hubo que cruzar el río con ciertas peripecias y recibiendo el impacto de la lluvia. No obstante, se pudo relevar un extenso y notable grupo de petroglifos que desgraciadamente están siendo objeto de destrucción. En la zona de Calingasta se exploró la zona de Barrealito y se relevaron varios interesantes petroglifos más al Oeste, en la Alumbrada. En diversos puntos del trayecto. Tocota-Calingasta se observó y documentó el Camino del Inca y construcciones asociadas. Estos estudios integrarán la publicación dedicada a yacimientos incaicos de zona montañosa que se halla en preparación.

Guardia Vieja — Tocota — Castaño

Del 10 al 13 de diciembre se realizó otra gira a la Provincia de San Juan; participaron además del director, los señores: B. Ráquin y J. O. Ferrari, junto con el conductor, Sr. A. Moretta.

El primer día viajóse hasta Angualasto, en donde se realizaron gestiones para trabajos futuros. Se hizo una revisión del yacimiento "Punta del Barro", descubierto en una gira anterior; luego se continuó hacia el Sur y hacia el Oeste por el nuevo camino a Chile, por el paso Agua Negra, hasta Guardia Vieja, en cuyo puesto de Gendarmería nos instalamos. En esa zona releváronse dos interesantes conjuntos de petroglifos: la "Quebrada de los Guanacos" cerca de Guardia Vieja, y uno situado en la quebrada de Arrequeñtín, cerca de una mina de fluorita. Identificóse allí un nuevo estilo de petroglifos, con trazos muy finos y geométricos, formando notables figuras de "cartuchos". Otro sitio con petroglifos, más pobre, fue descubierto más cerca de la entrada de la quebrada.

El día 12, después de encontrarnos con un grupo de andinistas dirigido por el señor Erico Groch (quienes, como acto de colaboración con este Instituto, se disponían a escalar, por primera vez el cerro Olivares (6.250 m.) con fines de prospección), regresamos para continuar hacia el sur, pasando por Tocota, donde visitamos la Tambería parcialmente relevada en la gira de octubre, y luego los dos sitios incaicos de Km. 44 y Km. 45 descubiertos también en aquella ocasión. En todos estos lugares se recogió cerámica, y se tomó —sobre todo en los petroglifos— abundante documentación fotográfica. El día siguiente dedicóse a continuar el detallado relevamiento de los petroglifos del Castaño Nuevo. Iniciado por la tarde el regreso, uno de nosotros cruzó el torrencioso río Castaño para explorar unos paredones, donde descubrió otro gran conjunto de petroglifos.

Además de elementos cerámicos, se trajo una serie de conanas o piedras de moler grandes y un fragmento de petroglifo del Castaño.

Otros Trabajos:

Se realizaron giras menores, incluso la excursión anual a la zona de Uspallata con alumnos, y una exploración de ese valle hasta El Yalguaraz al Norte, relevándose la parte inédita de las ruinas incaicas de Tambillos.

B) Otras actividades:

Los profesores J. Schobinger y P. Sacchero participaron como invitados en el Tercer Congreso Internacional de Arqueología Chilena (Viña del Mar, 12-15-111-1964). El primero presentó un informe preliminar sobre el descubrimiento de la Momia del Cerro El Toro. Los citados y el Sr. Julio Oscar Ferrari tuvieron participación activa en la Primera Convención Nacional de Antropología, realizada en Villa Carlos Paz (Córdoba del 24 al 29 de mayo de 1964). (Ver informe separado).

Durante la segunda mitad del año el Prof. Germán Fernández Guizzetti se incorporó al Instituto, continuando con sus investigaciones de Etnolingüística. Colaboró con la cátedra de Antropología e inició el dictado de un seminario sobre temas de su especialidad.

El Instituto adhirió a las "Segundas Jornadas Universitarias de Humanidades", realizadas en Mendoza como uno de los actos del XXV aniversario de la Facultad de Filosofía y Letras (19-26 de septiembre de 1964). Dos de sus integrantes —los profesores J. Schobinger y G. Fernández Guizzetti— presentaron trabajos. El primero colaboró asimismo en la "Memoria Histórica de la Facultad de Filosofía y Letras", de próxima impresión.

Las profesoras Ketty Bohm de Saurina y Lube Sara Roitman continuaron con sus estudios antropológico-sociales. La primera realizó en diciembre un viaje a los EE. UU. que aprovechó para visitar museos e institutos de la zona Este. El señor Vicente Orlando Agüero Blanch continuó recopilando los aspectos culturales de la zona de Malargüe, para lo cual obtuvo un subsidio del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

En octubre se procedió a la adquisición de la colección arqueológica del Sr. Heberto Pugín. Consta de diversos elementos líticos y cerámicos, sobre una extraordinaria serie de puntas de flecha, todo procedente de la zona del río Desaguadero (prácticamente inédita).

ACTIVIDADES DEL INSTITUTO EN 1965

Expediciones al norte de San Juan

Continuando con un plan de investigaciones iniciado en 1962, el Instituto de Arqueología y Etnología realizó en el mes de febrero extensos trabajos arqueológicos en el área septentrional de la provincia de San Juan. La dirección estuvo a cargo del Dr. Juan Schobinger, asistido por el prof. Pablo Sacchero, contándose con el auspicio y apoyo financiero de la Facultad de Filosofía y Letras y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. La primera parte, del 3 al 10 de febrero, tuvo carácter de cursillo práctico de campo, en el que participaron 14 personas incluso alumnos de la Facultad, y consistió en un relevamiento completo del célebre poblado de Angualasto, que ha dado nombre a la cultura del grupo más meridional de los Diaguitas. Se practicaron excavaciones en tres sitios, determinándose las características de las paredes de barro y de los pisos de las habitaciones. Se hallaron fogones y elementos arqueológicos, en especial cerámica pintada. También se investigó un yacimiento cercano denominado Punta del Barro, parte del cual posee características distintas a las de Angualasto: recintos circulares de piedra y cerámica incisa que parece tener mayor antigüedad.

Del 7 al 21 tuvo lugar una amplia exploración en la altiplanicie de San Guillermo y en la zona cordillerana, que contó con la colaboración de los andinistas Erico Goch, Bernardo Ráquin y Francisco Lista; el Dr. Schobinger tuvo a su cargo los trabajos científicos en los que participó igualmente el señor Rogelio Díaz Costa, secretario del Museo Arqueológico de la Universidad "Domingo Faustino Sarmiento" de San Juan. Para el equipamiento de esta expedición se contó también con un aporte del "Diario de Cuyo" de esa ciudad. Después de relevar la "tambería" del arroyo Ocúcaros, cerca de la mina "El Fierro", se cruzaron de sud a norte los "Campos de San Guillermo", llegándose hasta cerca de las nacientes del río Blanco, frente al Macizo del Patro. Desde allí se llegó en dirección S.E. hasta el Río de la Sal, a cuya vera se descubrió un grupo de pircas de edad incaica, según lo indican los fragmentos de cerámica hallados en el sitio. Exploróse luego el valle del "Río de los Tambos", que llega hasta un paso de Chile. En el mismo se descubrieron tres poblados, alineados a lo largo de un importante tramo transversal de la red de caminos incaicos (entre 3.800 y 4.000 m. sobre el nivel del mar). Todos poseen habitaciones rectangulares y circulares, corrales de diverso tamaño y otros recintos de uso desconocido. Los fragmentos de cerámica asociados muestran tipos pintados incaicos y "diaguitas chilenos", así como uno de tipo arcaico con ojos en relieve que plantea un problema en curso de estudio. En la vecindad de uno de estos "Tambos" (sitios de descanso y aprovisionamiento) hállase diseminada en el suelo una tosca industria de piedra atribuible a primitivos cazadores muy anteriores a la ocupación incaica.

El grupo de andinistas intentó el primer escalamiento del empinado Cerro Tambillos (5.800 m) a fin de explorar la posible existencia de algún santuario; pero hubo que retroceder poco antes de llegar a la cumbre por impedir el paso un gran paredón flanqueado por glaciares. Pudo comprobarse la imposibilidad para los indígenas de ascender por el lado argentino; en cambio podrían haberlo hecho desde el lado chileno.

Continuando la exploración hacia el Sur, llegóse al pie del Cerro El Toro, donde se visitó un gran poblado con habitaciones en parte bien conservadas —de piedra revocadas con barro— situado hacia el Oeste, cerca del Paso Valeriano. Quedó evidenciado que desde el mismo ascendió al imponente cerro el grupo sacerdotal que sacrificó, en honor de la Divinidad, al joven momificado cuyo cuerpo fue encontrado hace un año por el señor Groch.

La última parte de esta expedición consistió en una nueva recorrida de la zona de San Guillermo, de O. a S.E. por parte del Dr. Schobinger bajo la guía del baqueano Agustín Caballero. Se documentó allí la existencia de tres poblados, también incaicos, siendo el más importante el de "Pircas Negras" al pie del Cerro Imán. También se examinaron dos pequeñas cuevas que proporcionaron cerámica y finas puntas de flechas. Descendiendo al río Blanco por la Quebrada Alcaparrosa se descubrió otro poblado incaico situado en el mismo cauce de ese río. Las pircas son de buena factura y la existencia de grandes corrales sugiere un importante lugar de aprovisionamiento, tal vez para transporte de cargas metalíferas.

Hasta poco más al Sur, en las "Juntas de la Palca", había llegado otra expedición del Instituto, integrada por cuatro personas y baqueanos bajo la dirección del prof. Pablo Sacchero. Su misión de exploración y relevamiento arqueológico del valle del río Blanco o alto Jáchal desde Malimán (algo al N. de Angualasto) hasta la Palca fue cumplida entre el 11 y 24 de febrero. Además de relevarse seis poblados pertenecientes algunos a la cultura de Angualasto (los principales Carrizalito y Chinguillos), uno a los Incas (Quebrada de Miranda) y uno con una rara asociación de ambas culturas (Pircas Negras II), se relevaron interesantes petroglifos y se descubrió un notable templo al aire libre formado por un gran círculo rodeado de túmulos y petroglifos. Se excavó sin mayores resultados un cementerio indígena situado en las cercanías. En otra excavación efectuada en Pircas Negras apareció un párvulo con un puco en la cabeza, pero curiosamente sin urna funeraria. Esta expedición tuvo algunos inconvenientes por factores climáticos, insectos y enfermedades de varios de sus participantes, pero, no obstante, sus resultados científicos pueden considerarse de gran interés, como lo son los de la paralela expedición cordillerana.

Ambas zonas exploradas, despobladas y hasta el momento completamente desconocidas en el aspecto arqueológico, mostraron una insospechada riqueza en huellas del hombre precolombino. Poseemos ahora un panorama completo de aquella área, en la que se destaca la importancia de la ocupación incaica, incansables trajoadores de uno a otro lado de la cordillera en misión de conquista, comercio, ceremonial o de trasplante de poblaciones.

Otros viajes: Después de la excursión por la provincia de San Juan ofrecida a los participantes de las Jornadas Arqueológicas Cuyanas, los profs. Schobinger, Sacchero y Sr. J. Ferrari realizan, bajo la guía del prof. Nicolás de la Fuente, una jira de visita a lugares arqueológicos de la provincia de La Rioja. Se prospeccionan: ruinas de Rincón del Toro (arriba y abajo), paraderos cercanos a Vinchina, petroglifos de Campana, barreales y pedregales de Chañarumuyo, poblado de "La Parrilla" de Chañarumuyo, tambería de Los Cazaderos, tambería y barreales de Costa de Reyes, Watungasta (prov. Catamarca), ruinas de Schaqui. Visita de la colección Rabaudi y de la Escuela Normal, de Tinogasta, y del Museo Inca Huasi de La Rioja.

Del 1 al 5 de junio el Dr. Schobinger participa en el Congreso de Historia del Tucumán, en la ciudad homónima. Participa en la comisión de Geografía y Arqueología, presentando un trabajo sobre "Investigaciones arqueológicas en la Sierra de Famatina".

Realiza un breve viaje a Santiago de Chile para participar del symposium de la Sociedad Chilena de Arqueología sobre el tema "Los Incas en Chile" (26 a 28 de noviembre).

Del 21 al 25 de octubre: En compañía del Sr. E. Groch, el director efectúa una jira a la provincia de La Rioja, visitándose Jagüel (para preparar la expedición cordillerana del verano), Villa Castelli (descubrimiento de campos de cultivo con regadío de la cultura de Angualasto) y Pagancillo. Relevamiento del gran grupo de petroglifos de la Puerta de Talampaya.

31 de octubre: Excursión a la zona de Uspallata, con alumnos. Exploración de la zona del cerro Tunduqueral y de las ruinas de Tambillos.

7 de noviembre: Excursión, con miembros de la Asociación Cuyana de Antropología, a la estancia "Fuerte de San Juan" (Paso de las Carretas, Mendoza); exploración y relevamiento de numerosas rocas con morteros, "tacitas" y canaletas.

Jornadas Arqueológicas Cuyanas: Se informa separadamente.

Otros trabajos: Del 17 de junio al 3 de julio se realiza la exposición "Cerámica Precolombina", en local de la Galería Tonsa especialmente cedido por el Sr. Kurt Bohm. Organizada por el Instituto junto con la Asociación Cuyana de Antropología (Filial Mendoza).

Las profesoras L. Roitman, K. B. de Saurina y el Sr. V. O. Agüero Blanch continúan con sus investigaciones de carácter folklórico y antropológico-social en las zonas de Huaco, Valle Fértil y Malargüe, respectivamente.

RESEÑAS

a) *Generalidades*

DAUX, GEORGES: *Las etapas de la arqueología*. Traducción por Alicia R. de Lechner. Edición de los Libros del Mirasol, Buenos Aires, 1962. 153 páginas.

Se trata de una obra corta en la que se pretende dar una definición de lo que es la arqueología, su significación a través del tiempo y en distintos lugares. En los capítulos II al IV el autor logra su finalidad, no así en el capítulo I dedicado a las definiciones. Al utilizar un ordenamiento no metódico entra a menudo en contradicciones y nada aporta al tan discutido problema nomenclatorio.

La obra, básicamente trata sobre los problemas que giran en lo que se conoce como Arqueología Clásica. Evidentemente la crítica que el autor realiza a este término es acertada, no se puede titular Arqueología Clásica a una serie de investigaciones en el ámbito de la cultura, que dentro del período histórico no tienen ninguna relación con la grecorromana. Apoyaría la idea de denominar a ese tipo de estudio Arqueología Histórica como diferenciación de la Arqueología Prehistórica, que si bien en su metodología tienen puntos de contacto, existen otros distintos. Frente a esta última disciplina George Daux poco dice, fiel a su concepción de Arqueología, pero era de esperar que frente al título tan general de la obra, hubiera ahondado un poco más el problema, especialmente por el gran auge que ultimamente ha tomado la Arqueología Prehistórica.

PABLO SACCHERO

POTRATZ, Johannes: *Einführung in die Archäologie*. 328 pp. con 18 figuras en el texto y seis láminas fotográficas. Ed. Alfred Kroner. Stuttgart, 1962.

A los conocidos manuales de Wooley, Childe, M. Wheeler en lengua inglesa (los dos últimos traducidos al castellano), Furon, Laming en francés, Bernal, Almagro en castellano, entre otros, y a 12 años del *Lehrbuch der Urgeschichtsforschung* de Christian Pescheck (Gottingen, 1950), agrega ahora la editorial Kroner en su bien presentada serie "de bolsillo" esta Introducción a la Arqueología. Su autor ha sido profesor en las universidades de Maguncia y Friburgo, especia-

lizado en arqueología del Antiguo Oriente. Si bien perfectamente informado del concepto y de las técnicas de la arqueología prehistórica, aquella orientación se trasunta en el libro y contribuye a darle interés. La arqueología es enfocada inicialmente como "la ciencia de la contemplación y el estudio comparativos de los aspectos figurativos del pasado y su transformación formal" (p. 12), es decir, una Historia del Arte en sentido amplio. La definición parece un tanto estrecha, pero se explica si se ubica a la arqueología como "rama de la Historia con fuentes especiales, no escritas" (p. 1), y no —como estamos habituados a hacerlo— constituyendo una rama de la Antropología. Ello responde a la más pura tradición alemana. Sin duda, históricamente la arqueología surgió en el siglo XVIII como el estudio de los objetos, primero sólo "artísticos" y luego también "artesanales", de la Antigüedad. Para ello se hizo necesaria la *excavación* como medio ("equivalente a la *búsqueda de las fuentes* de la ciencia historiográfica", p. 14), que sobre todo en el ámbito prehistórico constituye una disciplina propia a la que se dedica buena parte del texto. Pero la imagen del arqueólogo como la del excavador afortunado constituye una deformación, dice con acierto el autor. La fundamental aportación de la arqueología prehistórica es la documentación exacta del terreno, para lo cual se señala el contraste entre las ruinas claramente visibles de la Antigüedad Oriental y Clásica, y los rastros de "agujeros de postes" (de las casas) trabajosamente identificados por los prehistoriadores de Europa Central. Pero el concepto básico de *Arqueología* no fue modificado, ni por la ampliación espacial y cronológica de las investigaciones posteriores a Winckelmann, ni por el aumento y perfeccionamiento de los métodos que caracteriza sobre todo a nuestro siglo. Ambos aspectos (Arqueología del Arte y Excavaciones) se hallan en el título del primer apartado del libro, al que sigue otro sobre las finalidades de esta ciencia. Se hace constar el carácter *historiográfico* (en el sentido literal del término) de la Prehistoria, ya que no busca sólo el estudio de las formas dentro de una historia ya conocida, sino que debe reconstruir por todos los indicios materiales disponibles una realidad histórico-cultural de otro modo desconocida. De interés es el capítulo siguiente, sobre las leyes de la forma artística, en el que queda fundamentada "la correlación entre la expresión formal de la creación artística y el *habitus* espiritual de cada época" (p. 38), el concepto de estilo y sus transformaciones. Otro aspecto es el de los utensilios, mucho más numerosos que las obras del "gran arte", y que es objeto del estudio tipológico, acertadamente comentado por el autor.

La segunda parte trata extensamente lo relativo a las excavaciones. Desfilan así, con ejemplos e ilustraciones sobre todo del centro-norte de Europa y del Cercano Oriente, los métodos de la identificación de sitios (fotografía aérea, tests geofísicos, el periscopio de Nistri ideado por Lericci), la técnica de la excavación y documentación consiguiente, con detalles como el del rollo de laca y el caleo, la aplicación de parafina y la cámara de vacío como métodos de conservación en el campo. De interés sólo local son los párrafos dedicados a la excavación de sitios húmedos o bajo agua, incluso la llamada arqueología submarina. Siguen acápite dedicado a los métodos científicos-naturales aplicados al estudio de la antigüedad: "paleontología arqueológica", paleoantropología, análisis de restos óseos incinerados; paleobotánica relacionada con paleoclimatología; diversos aspectos de la microscopía arqueológica; análisis químicos.

La tercera parte se ocupa de los métodos cronológicos: relativos (estrati-

grafía, tipología en la medida en que pueda determinarse la dirección de la secuencia, análisis del flúor); métodos geocronológicos como los relacionados con las glaciaciones del Pleistoceno, las varves, la dendrocronología y la "guano-cronología" (éstos de aplicación local y limitada), el análisis del polen y la "molusco-cronología" hasta ahora sólo utilizada por R. Lais. Notamos algunas inexactitudes como la superada fecha de 4750 a. J. C. de Jarmo y ubicación demasiado tardía de Samarra y de Sesklo en el cuadro de p. 181, y una omisión: el estudio de las capas volcánicas (aplicado con éxito por Auer en la Patagonia), modernamente llamado "tefrocronología". La llamada cronología absoluta se basa ante todo en la crónología histórica —cuyos diversos sistemas el autor comenta detalladamente—, con la cual puede ensamblarse la Prehistoria más reciente y las culturas en contacto con aquéllas; y en la astronomía referida también a períodos históricos. Para épocas más antiguas, la astronomía ha sido utilizada de acuerdo a una "curva de intensidad de irradiación solar" determinada por Milankovich, que sin embargo se contradice —para la última glaciación— con las fechas radiocarbónicas. Pero también este último método es visto con cierta reticencia por Potratz, influido sin duda por las célebres críticas de Milojcic (1957).

La cuarta parte se dedica a una caracterización más intensiva de la Arqueología Prehistórica. Se señala su vinculación inicial con el pensamiento naturalista y evolutivo, y también —conviene recordarlo— con la etnología "progresista" unilineal. Se señala la importancia del método cartográfico o corológico (la "Siedlungsarchaologie" de los primeros en aplicarla), basada en la realidad histórica del *tipo*, en cuyo carácter único e irrepetible insiste el autor. Capítulo especial se dedica a la tecnología y economía prehistóricas. El libro finaliza con acertadas consideraciones sobre conservación y defensa de las antigüedades en su aspecto legislativo y práctico —problema casi insoluble—; los museos y las restauraciones, y las copias, falsificaciones y el comercio de antigüedades: otro tema que mortifica grandemente a los arqueólogos profesionales. Aspectos éstos poco tratados en otros manuales de Prehistoria. Una tabla cronológica de descubrimientos señala en especial los trabajos alemanes, faltando en cambio algunos de importancia como el descubrimiento y primer estudio de las cavernas de Font de Gaume y Les Combarelles (1901), las excavaciones inglesas en el Monte Carmelo (1930-33), y el hallazgo de los rollos del Mar Muerto a partir de 1947. La bibliografía, amplia y minuciosamente consignada después de cada acápite, adolece de lo mismo que precisamente los europeos suelen reprochar a los norteamericanos: citar casi con exclusividad obras del propio país o idioma. Cabe, por fin, consignar nuestra extrañeza —dado el "nacionalismo lingüístico" atribuido a los alemanes— ante la abundancia de latinismos utilizados en el texto.

Los pequeños detalles apuntados no afectan la alta calidad de este libro.

JUAN SCHOBINGER

HUXLEY, Thomas Henry: *Zeugnisse für die Stellung des Menschen in der Natur*.

Introducción y nueva traducción por Gerhard Heberer. 181 pp., con un retrato y 32 figuras. Ed. Gustav Fischer. Stuttgart, 1963.

Como otros estudiosos, Gerhard Heberer, el más importante paleoantropólogo-

go alemán de la actualidad, se ha ocupado a raíz del centenario del "Origen de las Especies" de Darwin de revivir aquel hecho y valorarlo en sus implicaciones y su estado actual. (Cfr. *Darwin. 100 Jahre Evolutionsforschung*. Dir. por G. Heberer y F. Schwanitz. Ed. G. Fischer. Stuttgart, 1959; G. Heberer: *Charles Darwin. Sein Leben und sein Werk*. Kosmos, Gesellschaft der Naturfreunde 80 pp. Stuttgart, 1959). Pero en rigor, la fecha básica, el verdadero centenario de la ciencia paleoantropológica corresponde a 1963, y ha merecido la atención preferente de dicho investigador. "El año 1863 tiene para la Antropología, la ciencia del Hombre, una particularísima significación histórica", comienza diciendo en la introducción a la obra reseñada, la que complementa a otra más amplia que no ha llegado a nuestras manos (G. Heberer y colaboradores: *Ein Jahrhundert menschliche Abstammungslehre*. 1963). Y es que, por una de esas casualidades que poseen un sentido más profundo (recordar el triple redescubrimiento de las Leyes de la Herencia en 1900), en dicho año "se publican cuatro importantes trabajos, que por primera vez encaran científicamente el problema del origen del hombre, en forma tal que hoy día, después de un siglo de investigación antropológica, no podemos menos que admirar la labor de aquellos viejos pioneros" (p 1).

El presente libro consiste fundamentalmente —como lo dice el título— en una nueva versión alemana del más importante de esos cuatro trabajos, el de Thomas H. Huxley titulado en inglés "Evidences as to man's place in nature" (Evidencias respecto a la posición del hombre en la naturaleza). Para ello Heberer realizó una amplia revisión de la traducción hecha ya el mismo año de su aparición por Víctor Carus. Su lectura es aún hoy de indudable provecho científico, y de interés para conocer la historia de la investigación primatológica (contenida en el primer capítulo, "Sobre la historia natural de los monos antropomorfos", y además, leído *sub specie* del siglo pasado (y de la Era Victoriana!), un notable documento de valentía moral y científica. La demostración clásica de la inexactitud del término "quadrumana", y de que, en todos los detalles anatómicos "las diferencias que separan al hombre del gorila y del chimpancé no son tan grandes como las que separan al gorila de los monos inferiores" (es decir, los no-póngidos), se halla contenida en el capítulo segundo. Al final del mismo se sugiere, con toda prudencia, que existiendo ahora una hipótesis causal del proceso evolutivo ("que, si no responde exactamente a la verdad, representa una gran aproximación a la misma") como lo es la de Darwin, no había razón para no aplicarla al hombre. "Ante el hecho de las íntimas relaciones entre el hombre y el resto del mundo animado, y entre las fuerzas que actúan en éste y todas las demás del Universo, no veo razón para dudar de que todas son sólo formas coordinadas de manifestación del gran progreso de la Naturaleza, de lo informe a lo formado, de lo inorgánico a lo orgánico, del instinto ciego a la voluntad y razón consciente" (p. 142). Se dice que esto es materialismo, pero cuánta aire de familia esta expresión con lo que —sobre bases indudablemente más amplias— nos dice en nuestra época un Teilhard de Chardin, cuya religiosidad nadie pondría en duda... Nos hacen meditar los últimos párrafos, en que el autor rechaza la idea que se le ha atribuido, de que el hombre sea, *ahora*, un mero animal, y la pretendida imposibilidad de conciliar el origen animal del hombre con la idea de su *dignidad*. Por el contrario, son los animales quienes a su

modo participan en mayor o menor grado de la profunda dignidad de lo viviente.

El capítulo tercero y último se dedica a dar noticia y comentar los dos hallazgos para él seguros de restos fósiles humanos por entonces conocidos: Engis y Neandertal. (Sobre esto puede verse: J. Schobinger, *A cien años del nacimiento de la antropología prehistórica*, Rev. de la Universidad de Buenos Aires, 5ª época, Año V, N° 1, 1960; ver pp. 91-109). Su comparación con cráneos modernos y de animales lo lleva a la conclusión, sorprendentemente "moderna", de que el Neandertal de ningún modo corresponde a un ser intermedio entre hombre y mono, sino que no se halla muy lejos de ciertos cráneos australianos de bóveda baja, así como de otros de estructura maciza de la Dinamarca prehistórica. (Sólo al año siguiente King lo clasificó como *Homo neandertalensis*, o sea como representante de una especie distinta. Hoy, con una cincuentena de hallazgos de este tipo, tendemos a volver a la idea de que, en realidad, forma parte de la especie *Homo sapiens*).

Realza el valor de esta edición en cuanto documento de la historia de la ciencia, la extensa introducción de Heberer (pp. 1-53), en la que no sólo caracteriza a la figura y la obra de Huxley, sino que comenta a los otros tres autores citados y transcribe partes de esas obras. Uno es Charles Lyell, el importante precursor geológico de Darwin: "Evidencias geológicas de la antigüedad del hombre". Otro es Carl Vogt, profesor por entonces en Ginebra, quien influyó por Darwin y por el mismo Huxley publica a fines de ese año unas "Conferencias sobre el Hombre, su lugar en la Creación y en la historia de la Tierra". En realidad, es más un apasionado divulgador, de menor vuelo de pensamiento que los otros, incluido su contemporáneo, también alemán, Ernst Haeckel. Vogt era polifiletista, y entre otros errores creía que la microcefalia era una formación atavística. Planteó en forma más clara la probable existencia, en el Terciario, de un antecesor primate del hombre. Haeckel, joven por entonces de 29 años, pronunció en un congreso en septiembre de 1863 un comentario aprobatorio de las ideas de Darwin. Ya se insinuaban entonces sus ideas antropogenéticas posteriores. También conocía las "Evidencias" de Huxley, con quien lo unía profunda amistad científica.

Util e interesante es esta conmemoración del centenario del nacimiento de la Filogenética humana o Antropogonía. Valdría la pena confeccionar una edición similar en castellano.

JUAN SCHOBINGER

WEIN, Erwin J., y OPIFICIUS, Ruth: *7000 Jahre Byblos*. Ed. Hans Carl. 56 pp. y 68 láminas fotográficas. Nuremberg, 1963.

A través de este hermoso libro, percibimos que no es casualidad la derivación del nombre del libro máximo de nuestra civilización de la ciudad fenicia *Gebal* (pasando por su versión helenizada *Byblos*). Si el área siro-palestinese fue, dentro del Cercano Oriente, zona de entrecruzamiento de las influencias cul-

turales de Egipto y Mesopotamia, la más antigua ciudad de su costa mediterránea se presenta como una quintaesencia de aquel área. Se puede decir que toda la "Historia" se halla a la vista —en fragmentos y ruinas más o menos conservadas, y excelentemente excavadas por misiones francesas—, en sucesión ininterrumpida desde comienzos del tercer milenio a. J. C. hasta el siglo XII (dominación de los Cruzados). Pero aún antes, desde 5000 a. J. C., la amplia terraza situada frente al mar estuvo ocupada por comunidades neolíticas que, al igual que Jericó, fueron atraídas por un manantial significativamente llamado aún hoy "Fuente Real".

El libro consta de dos partes: una apretada historia de la ciudad por Ruth Opificius, con varios planos y referencias a las ilustraciones, que forman con sus explicaciones la segunda parte realizada por Erwin J. Wein. 68 excelentes fotos de gran tamaño permiten formarse una idea clara del conjunto de ruinas —en parte algo restauradas—, así como de objetos conservados en el Museo de Beirut, y a través de su ordenación cronológica, visualizar la sucesión de época de que nos da cuenta el documentado texto de Opificius.

Del mismo destacaremos algunos aspectos correspondientes a la Prehistoria. La instalación humana del Neolítico consistía en agrupaciones irregulares de casas de planta ovalada. Un detalle significativo nos parece la confección de los pisos en yeso, pues podría indicar un entroncamiento con Jericó B. (6000 a. J. C.). Las paredes eran de barro apisonado; los muertos se enterraban debajo de las habitaciones. Luego las casas comienzan a adosarse formando una estructura abigarrada; surge así una arquitectura "aglutinante", muy común también en el resto del Oriente. Tras un aparente hiato, pues no se conocen hallazgos del Calcolítico, la ocupación se reanuda a comienzos del tercer milenio. Dos aspectos llaman la atención: inhumación en grandes urnas, y deformación intencional del cráneo. La autora cree que son los casos más antiguos conocidos; pero sabemos hoy que en el Perú esta práctica se inició varios milenios antes (cfr. M. Bórmida, *Los esqueletos de Lauricocha*, Acta Prehistórica V/VI). En Siria se habría conservado hasta el segundo milenio, probablemente entre familias aristocráticas, y así se explica que por un momento emerja en la corte del faraón Amenofis IV (Ejnatón). La arqueología confirma la temprana vinculación de Biblos con Egipto sugerida por el mito de Osiris. Pero también aparecen impresiones de sellos de los períodos Yemdet Nasr y Sumerio temprano. A partir de ahora el cruce de influencias egipcias y mesopotámicas es constante. Poco después se construyen los templos de Reschef y de Baalat, la pareja de dioses tutelares, con lo cual comienza a existir Biblos como floreciente centro urbano y comercial, e iniciador de la "civilización Fenicia".

JUAN SCHOBINGER

WHEELER, Mortimer: *India y Pakistán*. Argos, Serie "Viejos Pueblos y Lugares". Barcelona (1962). 210 pp., 25 láminas, 57 grabados, 7 mapas.

En los últimos quince años la arqueología ha ampliado profundamente sus conocimientos en lo que respecta al subcontinente Indo-pakistaní. Entre los

trabajos más relevantes en este aspecto se encuentra el presente libro, escrito por uno de los investigadores más conocidos en el ámbito arqueológico. No creemos necesario destacar su actuación científica; sólo diremos que fue presidente de la Society of Antiquaries. También ha sido Director General de Arqueología en la India y Consejero Arqueológico del Gobierno de Pakistán, actividades estas últimas que revelan sus profundos conocimientos de la arqueología de estas zonas.

Sir Mortimer Wheeler intenta en esta obra coordinar todo el material obtenido e indicar su valor respecto a las primeras fases de la vida y la cultura indo-pakistanos, aclarado esto en el Prefacio, donde dice también que finaliza su obra con la era de Asoka, debido a que así es posible relacionar la prehistoria india con la primera época histórica realmente documentada de la Península. Dado que "la tan generalizada división... en "Prehistoria" e "Historia", es muy poco feliz..." (p. 7) es que dicho criterio le parece ideal, lo que actualmente comparte la mayoría de los investigadores.

El libro comienza con una descripción de la India, o "El Escenario". En este capítulo queda asentado que India fue la tierra del río Sindhu o Indo que, paradójicamente, tiene la mayor parte de su recorrido en el moderno estado de Pakistán. Sigue luego una explicación de cómo se extendió el nombre. El término "India" será usado por Wheeler sin referencia al actual mapa político; abarcará todo el subcontinente al sur de los Himalayas y del Hindukush, al este del desierto Helmand y al oeste de las colinas Chin. Esta generalización, dice el autor, molestará a más de uno, y gentilmente pide perdón. En estos párrafos, así como en las descripciones, notamos la calidad del escritor ameno y rápido unida a la erudición del científico. Estas cualidades las hemos encontrado en alguna otra obra suya.

En el 2º capítulo, "Tiempo", Wheeler trata las dificultades que hay para una cronología exacta de la India. Nos dice que el medio más simple para determinar una fecha arqueológica es la aplicación de un criterio histórico. Para la India utiliza la literatura más antigua, el *Rig-veda*, analizándolo. También hace una interesante referencia a Mesopotamia, en la época anterior a la invasión aria a la India. Pero más allá del tercer milenio a.C. no hay ningún dato que dé seguridad. Los métodos tradicionales (tipología, geocronología, estratigrafía) tienen sus inconvenientes, que Wheeler explica. El único que puede dar resultados exactos, el análisis del radiocarbono 14, no se ha aplicado aún.

Ya en la última mitad del primer milenio es posible fechar el material, sin recurrir a la ciencia física, por métodos que trata el autor. Entre ellos la vida de Buda, que creemos se ubica en el "Tiempo eje" de Jaspers, es una fecha clave. Wheeler, sin proponérselo tal vez, de fundamentos a esta teoría. Para ello analiza y expone diversos estilos cerámicos notables por sus características.

El cap. III está titulado así: "Piedras". Es aquí donde entra de lleno a coordinar el material lítico obtenido, salvando las dificultades naturales del caso. Luego de una explicación aclaratoria de los diversos instrumentos divide a la India por zonas: meridional, septentrional, central; cada región tiene sus mapas e ilustraciones de los artefactos, que hacen más fácil su ubicación cultural. Si en este capítulo se ocupó del Paleolítico Inferior, en el siguiente, "Más Piedras", lo hará del Superior. Describe aquí cada industria típica con sus téc-

nicas y da la hipótesis de que éstas parecen haber venido de África y China. Igual que antes, pone a disposición del lector detalladas ilustraciones. Muestra además algunos instrumentos característicos de la India y llega en su descripción hasta el Neolítico inclusive, para pasar al cuarto capítulo, llamado "La Civilización del Indio". Ésta fue la más dilatada civilización de los tiempos preclásicos. Sus centros eran Harapa en el Punjab, y Mohenjo-Daro, en el Sind. Wheeler hace ahora una descripción magnífica de la vida que llevaron sus habitantes, y todo aquel que quiera profundizar en estos aspectos no debe dejar de consultar los planos y mapas que proporciona. Los problemas planteados acerca del origen y significación de esta civilización son resueltos por el autor sólo en parte, pues constituyen un enigma que toca resolver a las nuevas generaciones de arqueólogos.

"La Civilización del Ganges" (cap. IV) es aún más enigmática, pues "la arqueología del valle del Ganges está en su infancia" (p. 123). Las teorías de Wheeler acerca de ella, como también de sus períodos nos parecen acertadas. De todas maneras se necesitan estudios y trabajos más intensos, y compartimos su opinión de que aún no hay nada definitivo.

Luego de tratar la Antigua Civilización de la India Central, en el cap. VII, donde analiza todas sus manifestaciones, pasa a "Los Megalitos de la India Meridional", cap. VIII. Tal vez sea éste el más audaz por sus conclusiones. Estos megalitos son especialmente interesantes por sus diferencias con los otros del resto de la India. El autor describe ahora todos los tipos que han sido encontrados y establece sus relaciones. Wheeler se pregunta de dónde proceden, quién los trajo, y para qué se usaron. No es tan definitivo que hayan sido tumbas y da aquí algunas respuestas. Tampoco es segura su vinculación con Europa.

El último capítulo está dedicado a Asoka, que ascendió al trono hacia el 268 a.C. La razón de este capítulo es que los caracteres impersonales de la Prehistoria pueden de modo adecuado reagruparse en la semblanza de un hombre. Su reino marca la primera expresión del pensamiento indio y su labor aún perdura. En realidad, no se analiza aquí el reinado de Asoka. Para ello pueden consultarse manuales especializados: Wheeler es ante todo un prehistoriador. Se trata de ver la unión indo-persa y sus resultados.

De este libro podemos deducir, sin temor a exagerar, que la mente india está detrás de todas las diversidades de fondo con una sorprendente uniformidad de réplica. La India prehistórica tiene períodos de increíbles pasividad espiritual, pero también siempre, de pronto, esta monotonía se rompe con repentinos cambios, con nuevas ideas, producto de una inteligencia rápida y progresista. Esto es lo que demuestra el autor a través de toda su obra, que finaliza con magníficas fotografías y láminas de los hallazgos.

SUSANA GONZÁLEZ DEL SOLAR

b) América

POMPA Y POMPA, Antonio: *El Instituto Nacional de Antropología e Historia*. Su contribución a la bibliografía Nacional. I.N.A.H., México, 1962.

Esta importante obra ha sido publicada como homenaje al XXXV Congreso

Internacional de Americanistas. En la presentación, el Dr. E. Dávalos Hurtado expresa que "el libro muestra cual ha sido la trayectoria de la obra impresa de los antropólogos e historiadores mexicanistas", pero en el prólogo se indica que sólo se refiere a los trabajos que han sido editados por el Instituto Nacional de Antropología e Historia y las Instituciones que le precedieron y del cual el INAH es su natural continuador.

No se explica si la Institución ha financiado o subvencionado algunas obras, por ejemplo, entre otras ECO del Instituto Jalisciense de Antropología e Historia y TLATOANI, de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Asimismo se menciona un trabajo "Sobre algunas relaciones de la familia Mangue" (ficha 750) publicado por la Universidad de Indiana con la aclaración que ha sido "con autorización del INAH" pero no que sea editado por él.

Se ha transcrita la publicación de la Nota del Museo Mexicano de 1827 y las portadas de Colecciones de las Antigüedades Mexicanas y de otros libros publicados en esa época.

Como se menciona en el prólogo y en la ficha 526 el INAH ha permitido, mediante su contribución editorial, que la labor de eminentes antropólogos e historiadores pudiera conocerse. En las fichas no sólo se indica el temario de cada libro, sino que se dan datos sobre las obras que amplían aún más la importancia de la contribución.

Se ha realizado un índice onomástico, que ha sido referido a la página del libro en que se encuentra y no a la ficha respectiva, lo que sí se ha tenido en cuenta al hacer el índice temático, en el cual sólo se han contemplado las grandes divisiones de las ciencias.

Si bien no está reflejada toda la labor de los antropólogos e historiadores mexicanos y extranjeros que han tocado temas del país, sino sólo lo realizado por el INAH, como "contribución científica y de cultura", el presente trabajo constituye un valioso aporte a la bibliografía.

LUBE S. ROITMAN

BERNAL, Ignacio: *Bibliografía de Arqueología y Etnología*. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1962.

El autor presenta una bibliografía de Mesoamérica y Norte de México. El concienzudo trabajo de 10 años en bibliotecas americanas y europeas le ha permitido darnos noticias de 13.990 publicaciones. Con el número de series periódicas el número de las fichas debería elevarse a 23.600. No sólo se han citado los estudios, sino que se han mencionado las reseñas de los mismos y las traducciones existentes, lo que representa aún un mayor interés para el conocimiento de los temas.

Se ha colocado un mapa de México y uno de la zona maya y regiones vecinas del sur, en el cual se indican los distritos que pertenecen a cada uno de los lugares que se mencionan.

Se ha separado el trabajo por "fichas comunes a varias áreas", "precerámico", "códices" y las zonas en que ha dividido el tema delimitadas según el criterio geográfico. En algunas como en el Valle de México y zonas mayas se han subdividido los temas debido a la enorme cantidad de trabajos que hay sobre ellos. También se ha incluido El Salvador y Honduras.

En el capítulo de "Precerámico-Historia de Plantas-Agricultura-Animales—Geología—Arqueología" se ha incluido la ficha 2032 — Canals Frau: *Prehistoria de América*, que a nuestro criterio, se podría haber incluido, por los temas que trata, en la Sección General.

Aparecen también capítulos referentes a obras relacionadas con otras superáreas y otras obras literarias. Se ha anotado sobre "Metodología" y "Otras Noticias".

Ha hecho una bibliografía y una lista de las series periódicas, indicando cuáles han sido revisadas.

De capital importancia es el índice de autores, en el cual en orden alfabético se han mencionado todos los escritores con la indicación de los trabajos que han publicado y las reseñas que han efectuado de libros.

En la sección Biografías y noticias se ha seguido el criterio de colocar todas las publicaciones que ha encontrado respecto a determinados investigadores.

El presente trabajo representa un gran esfuerzo del autor en pro del conocimiento de los materiales para el estudio de las culturas americanas. Ningún estudioso podrá prescindir de este magnífico y bien impreso trabajo.

LUBE SARA ROITMAN

HOMENAJE A FERNANDO MÁRQUEZ-MIRANDA, *Arqueólogo e Historiador de América*. Publicaciones del Seminario de Estudios Americanistas y el Seminario de Antropología Americana, Universidades de Madrid y Sevilla. Madrid, 1954.

Este amplio volumen de homenaje comienza naturalmente con una completa semblanza de Fernando Márquez-Miranda, realizada por Manuel Ballesteros-Gai-brois. Entre otras cosas dice: "Hay muchos profesores que no saben ser maestros, pero entre ellos no figuró Márquez-Miranda" (p. 12). A sus dotes de científico eminente, Márquez-Miranda unió la generosidad del maestro nato, y su amor por la ciencia argentina, tan poblada de nombres extranjeros, le llevó a ambicionar un puesto respetado en el ámbito académico.

La biografía del homenajeado corre por cuenta del Dr. Juan Comas, quien relata con precisión su actuación científica, que no se interrumpió ni aún en momentos en que los avatares de la política le fueron adversos. Luego Comas hace una detallada y completa enumeración de los títulos y cátedras, y de la gran cantidad de publicaciones así como de trabajos inéditos de Márquez-Miranda, los que revelan la extraordinaria fecundidad de su labor.

Pero en realidad el homenaje consiste en que se ha reunido en el presente volumen una amplia serie de trabajos científicos antropológicos, y creemos que

esto es lo que verdaderamente hubiera deseado Márquez-Miranda. Casi todos los trabajos son de americanos y todos se refieren a este continente: es el homenaje a un americanista. Los nombres agrupados son: Miguel Acosta Saignes, Pedro Armillas, M. Ballesteros-Gaibrois, Marcelo Bórmida, L. Cabrero Fernández, Alfonso Caso, Raúl Cortázar, Isabel Eguilaz, José J. Figueira, D. N. Rodríguez de Figueira, Niéde Guidón, D. E. Ibarra Grasso, A. Jiménez Núñez, Ciro R. Lafón, R. Levillier, E. Palavecino, Luciana Pallestrini, Luis Pardo, Antonio Santiana, Juan Schobinger, Antonio Tovar y Gordon Willey.

Como todos los trabajos son de relevante interés y sería imposible referirnos aquí a todos por falta de espacio, hemos elegido uno de cada especialidad antropológica.

De Arqueología tenemos el trabajo de José J. Figueira y D. N. Rodríguez de Figueira, llamado "*Utensilios y Armas de Hueso de los Aborígenes del Uruguay*". Consta de cinco capítulos cortos, con amplias ilustraciones. Los autores se refieren a las puntas de arpón, a los ganchos de estófica (tiradera o propulsor), a bastones perforados, a ciertos amuletos y, por último, a punzones, agujas o leznas, espátulas, raspadores y puntas de flecha. Este artículo amplía excepcionalmente los conocimientos de ciertas zonas uruguayas.

De Etnología citamos el trabajo del Prof. Enrique Palavecino *Notas sobre la Mitología Chaqueña*; los mitos que nos refiere son parte de una colección chaqueña que está reuniendo desde 1935. Habla aquí del mito del Diluvio, que es diferente según las diversas tribus chaqueñas. Otro es el del Incendio del Mundo, que tal vez sea el más típico de la mitología del Chaco. También trae otros mitos como el de las Tinieblas, y el del Derrumbe del Cielo, que no tienen nada que envidiar a otras mitologías en cuanto a encanto.

Para Antropología Física podemos hablar del artículo de Antonio Santiana, *Craneología de los indios de Imbabura (Ecuador)*. El autor ha estudiado una serie de cráneos de las localidades de Otavalo y Cotachachi, de Ecuador, y luego de hacer consideraciones generales sobre los antecedentes etno-biológicos y culturales de la población a que pertenecen, describe sus principales rasgos físicos para, por fin, hacer con ellos una ubicación en el ámbito racial andino sudamericano. Nos da amplias clasificaciones y proporciona fotografías explicatorias. Acompaña también una bibliografía para aquél que quiera más datos.

Un trabajo llamativo de este volumen es el *Informe Preliminar sobre el descubrimiento de una momia incaica en el Cerro del Toro (6.300 m. prov. de San Juan, Rep. Argentina)*, por Juan Schobinger. Dado el carácter de "preliminar", el autor relata estrictamente los aspectos del descubrimiento —en los cuales él participó como asesor científico de la expedición andinística, llegando también a la cumbre—, y los elementos asociados a la "momia". El cuerpo descubierto aún está en estudio, por lo que los resultados no pueden calificarse de definitivos, pero es evidente que no cambiarán en mucho las conclusiones aquí expuestas. Schobinger ilustra su informe con un mapa o croquis de la situación del enterratorio y con fotografías reveladoras de las penurias de la expedición. Este descubrimiento concitó una atención desusada en los especialistas y sobre todo en el público, y el autor, por discreción, no puede referirse a algunos inconvenientes que se le opusieron. Sólo diremos que gracias a su perseverancia y a la pericia del andinista Erico Groch, —descubridor del enterratorio en enero de 1964—,

pudo realizarse con éxito el relevamiento del sitio y el descenso del hallazgo, que si bien no revoluciona la arqueología de la zona, confirmará muchas teorías. Hay que esperar de todos modos los estudios somatológicos y arqueológicos más profundos.

La importancia de este trabajo preliminar consiste en la descripción del cuerpo congelado, que probablemente fue de un chasqui (mensajero inca), de la ropa que llevaba, y de un animalito que se encontró con él, cuya presencia es significativa por varios motivos. Hay además comparaciones con otros cadáveres momificados y santuarios de altura encontrados en cerros cordilleranos, para lo que el autor adjunta al final una amplia bibliografía.

De Lingüística tenemos el artículo de Antonio Tovar *Relación entre las Lenguas del Grupo Mataco*. El autor realiza un examen de las semejanzas entre tres lenguas chaqueñas: mataco, chorote y chunuí, sobre cuya relación de parentesco hay general acuerdo. Para las dos primeras ha usado datos de su colección personal, y para la tercera se ha basado en un trabajo de R. P. Binda. Analiza también el enimaga o macá. A pesar de las objeciones de otros investigadores, ha usado el método léxico-estadístico, que cree el más acertado.

No todos los trabajos de este volumen están en español; el de Gordon Willey es un ejemplo: *An Hypothesis of the Process of Mesoamerican Agricultural Development*. Se trata aquí de establecer una teoría acerca del porqué ciertas plantas se asentaron en determinadas zonas de Mesoamérica. Para ello intenta el autor resumir los hechos referentes a la expansión de la agricultura en esta zona. Se basa sobre todo en los hallazgos recientes de R. S. MacNeish en Tamaulipas y Puebla, México, y en los de P. C. Mangelsdorf, que son realmente revolucionarios. Luego de referirse a los distintos yacimientos excavados, Willey proporciona una tabla cronológica muy útil, en la que da también el tipo de clima de las zonas.

Hay también otros trabajos en portugués que nos han parecido de gran interés, como así también los demás en español a los que no podemos referirnos.

El esfuerzo realizado por los editores de este volumen se ha visto plenamente satisfecho, dada la importancia de los escritores y sus trabajos aquí presentes.

SUSANA GONZÁLEZ DEL SOLAR

HEIZER, Robert F. y BAUMHOFF, Martin A.: *Prehistoric rock-art of Nevada and Eastern California*. XVIII + 412 pp. incluidas 24 láminas fotográficas. University of California Press. Berkeley-Los Angeles, 1962.

Lo mismo que en Sudamérica, la extensa zona montañosa occidental de los Estados Unidos es muy rica en arte rupestre, sobre todo petroglifos. En 1929 se publicó una obra clásica, *Petroglyphs of California and adjoining states*, por Julián Steward (Univ. of California Publications in Am. Archaeology and Ethnology, vol. 24 N° 2), con lo que se agregó una importante documentación a los trabajos pioneros de Garrick Mallery (en 4° y 10° Annual Report of the Bureau

of Am. Ethnology, Washington, 1886 y 1893 resp.). Steward no relevó personalmente todos los sitios, sino que se basó en buena parte en informes y fotografías de segunda mano, aunque fidedignos. Posteriormente el interés por el estudio sistemático del arte rupestre decayó un tanto, mientras seguían afluyendo al "University of California Archaeological Survey" toda clase de datos arqueológicos que naturalmente incluían sitios con petroglifos. En 1953 el director de dicho instituto Dr. Robert F. Heizer publicó una breve nota sobre uno de los "estilos" de este arte, el Pit-and-Groove (hoyos y canaletas), que son nuestros conocidos "morterillos" o "tacitas" (*Sacred Rain Rocks of Northern California*, Univ. of California Arch. Survey Report N° 20). La ocasión para un estudio sistemático con métodos modernos la brindó una invitación para efectuar el relevamiento completo de un gran sitio del oeste de Nevada, llamado Lagomarsino. En la publicación correspondiente (M. A. Baumhoff, R. F. Heizer y A. B. Elsasser: *The Lagomarsino petroglyph group*... Univ. California Arch. Survey Report N° 43, Part II, 1958) tenemos el primer ejemplo conocido de un análisis y "tabulación" de los elementos, es decir figuras que aparecen separadas de otras, y su tratamiento estadístico que permitió determinar el predominio de dos estilos diferentes en dos zonas distintas del yacimiento.

Planteadas una serie de consideraciones teóricas, los autores viajaron al estado de Nevada —centro de la extensa y árida "Gran Cuenca"— en 1959, visitando gran cantidad de sitios ya conocidos cuyo ambiente natural querían examinar, y relevando otros nuevos. El resultado fue presentado como una hipótesis "operacional" ese mismo año (Heizer y Baumhoff: *Great Basin petroglyphs and prehistoric game trails*. Science, vol. 129 N° 3353). Como producto del trabajo, surgió finalmente el libro reseñado, que puede calificarse desde ya como una obra fundamental para esa especialidad realmente poco cultivada en América como lo es el arte rupestre. Su importancia se muestra en dos facetas: la metodológica, y lo referente a la documentación concreta. Para este último aspecto, baste decir que de un total de 394 páginas (excluidas la Bibliografía y el Índice) casi la mitad (189 págs.) se dedica a reproducciones de petroglifos. Su valor como fuente de comparaciones es, obviamente, grande.

La Introducción es, sin duda, excesivamente breve, resultando por ello superficial y un tanto arbitraria. Por ejemplo, no se comprende cómo no se citan trabajos como los de Pérez de Barradas para Colombia, Disselhoff para el Perú, Iribarren para Chile, Gardner, Menghin y otros para la Argentina, o, por otro lado los artes Levantino y Esquemático de España.

"El Problema" (cap. I) es, según los autores, básicamente el del significado y función de las obras de arte rupestre. Plantean la probable conexión de los petroglifos "de algún modo, con la obtención del alimento" (p. 8). El *test* de esta hipótesis en el campo la precisó en el sentido de una magia de caza, ya que la mayor parte de los sitios se hallan en quebradas y pasos apropiados para el tránsito estacional de cérvidos y antílopes (en el centro-norte del estado), o cerca de vertientes que atraen entre otros a las cabras monteses, predominantes en el sur, y principal animal figurado en esa zona. Algunas estructuras pircadas (murallas y recintos circulares) asociadas a algunos sitios son interpretadas bastante convicentemente como elementos coadyuvantes para las tareas de caza. Las tribus recientes del área (Paiutes y Shoshones), aunque predominantemente cazadoras también, no practicaban el arte rupestre; por lo tanto éste es datado

en su mayor parte antes de los siglos XIV y XV en que parece haberse producido su inmigración desde el S. E. de California. No es muy convincente la razón por la que suponen que éstos perdieron aquella práctica (que debían conocer en su zona de origen). Los autores de los dibujos debieron ser los *shamanes* de caza, que —dato interesante— en tiempos posteriores eran “prestados” de una zona o tribu a la otra, “lo cual brindaría una parcial explicación para la difusión de los elementos dibujados” (p. 13).

El segundo capítulo consiste en una descripción de los 99 sitios conocidos. Se hallan en su mayor número al oeste —cerca de las vertientes orientales de la Sierra Nevada— y al sur del estado, en la cuenca del río Colorado. A “los elementos y su distribución” se dedica el tercero. Existiendo el propósito de “dividir el material en categorías, denominadas estilos, que tienen diferencias en su distribución, sea geográfica o cronológica o ambas” (p. 72), comienzan por distinguir los elementos, que clasifican —siguiendo con algunas modificaciones a Stewart— en un total de 58, tanto abstractos y denominados por analogía, como, en menor número, figurativos. Para cada uno hay un mapa esquemático de distribución; luego sigue el *corpus* completo del material dibujado de acuerdo a los sitios.

Los “Estilos” son definidos en el capítulo siguiente. Son los tipos que ya observara Stewart, con algunas subdivisiones y agregados, quedando así:

1. “Great Basin Pecked” (martillado), subdividido en “Great Basin Representative” y “Great Basin Abstract”, y este último a su vez en Curvilinear y Rectilinear.
2. “Great Basin Painted” (pintado).
3. “Great Basin Scratched” (inciso fino).
4. Pintado al estilo Pueblo (sólo en el S. E.).
5. “Pit-and-Groove” (tacitas).

Sólo para la subdivisión del primero —el más abundante— se ha recurrido a una moderada seriación estadística, y es sobre todo para él que vale la teoría de la magia de caza.

El cap. 5º se dedica al análisis y a las conclusiones, con acápites dedicados al comportamiento de los cérvidos, antílopes y cabras monteses en la región estudiada; ubicación de los sitios rupestres en relación con la caza (los indicios acumulados favorecen a la hipótesis inicial), y cronología de los petroglifos en general y de cada estilo en particular. Este último aspecto no ha podido ser muy bien precisado, pues las superposiciones son escasas y poco significativas, lo mismo que los casos de dibujos tapados por depósitos; la asociación con material arqueológico es casi inexistente. Sólo las diferencias de patinación en algunos sitios sugieren que el estilo Curvilineo es más antiguo que el Rectilineo y el Representativo. En cuanto al Pit-and-Groove, diversas consideraciones llevan a considerarlo muy antiguo, posiblemente relacionado con la cultura Leonard o variantes (5000-3000 a. J. C.), aunque en California llega en parte hasta tiempos recientes. Conociendo la distribución universal de este tipo (cuya adscripción al arte rupestre por lo demás podría ser discutida), que los autores no mencionan, ese hecho no debe sorprender tanto. El estilo Puebloide (caracterizado por figuras de espíritus Katchina) queda delimitado entre comienzos y fines del pri-

mer milenio; el Pintado y el Inciso Fino (que en realidad son técnicas y no verdaderos estilos), de número escaso, no serían anteriores al año 1000, llegando sólo ellos hasta tiempos etnográficos. El Curvilíneo sería la modalidad más antigua del Great Basin Pecked, comenzando hacia el 1000 a. J. C., mientras que sólo a comienzos de la Era surgirían la Rectilínea y la Representativa (ésta a su vez en buena parte como resultado de influencias Puebloideas).

Unas "concluding remarks" sintetizan los resultados de la investigación, señalando algunos problemas aún no resueltos.

Los Apéndices abarcan una parte considerable (pp. 273-392), incluyendo tres series suplementarias de documentación ilustrada. Enumeramos: a) Métodos de relevamiento; b) Interpretación de petroglifos; c) Datación por patinación diferenciada; d) Reproducción algo abreviada del trabajo de 1958 sobre el sitio de Lagomarsino; e) Información adicional sobre dos sitios en Nevada; f) Petroglifos del Este de California (análisis estilístico de 42 sitios, ubicados geográficamente en la Gran Cuenca, de características muy similares a los de la zona de Nevada); y g) lista de elementos específicos presentes en los petroglifos de Nevada. Una amplia Bibliografía cierra el bien presentado tomo.

Cabe señalar que, para el Owens Valley, situado dentro del área de California abarcada por el apéndice F, acaba de ser publicada una monografía exhaustiva por un discípulo y colaborador de Heizer (Jay C. von Werlhof: *Rock Art of Owens Valley, California*. Univ. Calif. Arch. Survey Rep. N° 65., 1965), en la que se han utilizado al máximo los métodos estadístico-matemáticos. (Sobre esto véase el artículo de A. M. Lorandi de Gioco que aparece en este tomo de Anales). También aquí la mayoría de los sitios se hallan sobre vías de migración estacional de animales de caza mayor.

Resulta imposible detallar todos los aspectos de interés consignados en el libro y todas las observaciones que surgen, sobre todo para quien se halla abocado a un estudio similar en la parte meridional del continente. (Ello puede quedar para otra ocasión). Nos permitiremos sólo algunas reflexiones.

Ante todo, hay que elogiar a los autores el haber ido al campo. Una alfarería puede ser estudiada en el laboratorio; un petroglifo no. Es fundamental para el investigador la vivencia del ambiente en que se encuentra. La hipótesis así surgida, de magia de caza, es difícil de refutar, y nos parece correcta, siempre que se tenga en cuenta que para la mentalidad arcaica no debía ser una mera técnica económica, sino un acto por el que la fuerza mágica de los animales corníferos de algún modo pasaba a los hombres. La matanza y utilización de los animales debió ser escasa, sino no se explica que —a diferencia de otros sitios como el de Wyoming, citado en p. 240— en ningún caso se hayan visto en las cercanías restos óseos ni puntas de proyectiles o elementos similares (excepto en Whisky Flat, Mi-5). No deja de ser curioso, además, que en el Sur las representaciones de cabras monteses sean abundantes, mientras que en el N. O. no se ha representado prácticamente nunca a los cérvidos y antílopes que allí serían objeto principal de las actividades mágico-cinegéticas. (Hay en el Sur una curiosa figura de un ciervo montado por un hombre: ver fig. 63 e). Resulta interesante ver que la antigua teoría de la magia de caza, que para el arte paleolítico europeo tiende a ser abandonada como explicación básica, resurge aquí para épocas y ambientes muy distintos de aquéllos. De cualquier modo, se-

ria muy erróneo generalizar, y querer aplicar el caso especial de la Gran Cuenca norteamericana a otras regiones, aún cuando aparecieran signos o estilos o situaciones ecológicas similares. Porque es notable el paralelismo que hay entre el "Great Basin Abstract" en sus dos modalidades (sobre todo la Curvilinear) y una tendencia frecuente en el Norte, Oeste y S. O. de la Argentina, y en algunos sitios de Chile. En el área "valliserrana" correspondería fundamentalmente al Estilo B de Lorandi. Este paralelismo deberá ser investigado el día en que la autora citada y el que escribe publiquen el abundante material rupestre de que disponen. (Llama la atención, en especial, la abundancia de similitudes entre Lagomarsino y Colo-Michi-Co (cfr. J. Schobinger: *El arte rupestre de la provincia del Neuquén*. An. Arq. Etnol. XII, 1956, ver pp. 116-138).

Volviendo a los problemas interpretativos, creo que, aún para los petroglifos de Nevada no se debe excluir la idea de la fecundidad, tan común en el arte rupestre universal. Algunas figuras así lo sugieren (43 g, 58 d, 73 e, 84 b, 85 a, 97, 103 b, etc.). Además, el signo llamado "rastros de ciervo" (que no necesariamente significa eso según los autores) ¿no podría querer representar simbólicamente una vulva? (Ver por ej. fig. 80 b).

Digamos, finalmente, que el concepto y la nomenclatura de Estilo no satisfacen del todo. Si bien la técnica de ejecución impone cierta limitación y aún puede favorecer ciertas tendencias estilísticas, no deben confundirse ambas cosas. En sí, pues —como ya se dijo al pasar—, "pecked", "scratched" y "painted" son meras diferencias de técnica. El "Puebloid Painted" por su parte corresponde a un concepto cultural. Aunque en Nevada puedan estar asociados a formas y motivos algo diferenciados, utilizar aquella terminología puede ser motivo de confusión. Sobre todo si, encandilados por este gran trabajo de estudio y difusión del arte rupestre norteamericano, quisiéramos trasladarla a otras áreas o hacerla general.

JUAN SCHOBINGER

BUSHNELL, G. H. S.: *Perú*. Traducción de Javier García, 212 pp., 71 láminas, 11 grabados y un mapa. Editorial Argos, Colección Viejos Pueblos y Lugares. Barcelona, 1962.

De la intensa preocupación por la Arqueología Prehistórica y Protohistórica surgió una importante cantidad de libros de sumo rigor científico. La colección "Viejos Pueblos y Lugares" quiere poner al alcance del lector profano estos conocimientos y con tal fin presenta, en volúmenes pequeños y claros, un panorama completo acerca de la vida y costumbres de un pueblo o lugar específico de la Antigüedad.

El Dr. Bushnell, que con su libro inicia la colección, cumpliendo con tal propósito proporciona una didáctica y amena versión sobre las antiguas culturas del Perú. En la Introducción realiza una descripción geográfica del Perú antiguo, frecuentemente denominado Región de los Andes Centrales, indicando que sus límites sobrepasan los del actual Perú. A su juicio es indispensable el conocimiento de las características topográficas para entender las culturas que

allí se desarrollaron. Así, por ejemplo, la escasez de ríos llevó a los pobladores a organizarse para el mejor suministro del agua, siendo ésta una de las causas que produjo un tipo de estado centralista.

Para ubicar al lector explica el modo en que ha organizado su libro. Utiliza la hipótesis de trabajo propuesta por primera vez en Chiclín, en 1946, y aceptada en Nueva York en 1947. Tal hipótesis consiste en haber fijado una serie de períodos de desarrollo: Primeros Cazadores; Primeros Labradores; Período Formativo, con sus dos fases: el Período Teocrático o Cultista, y el Experimental; Período Clásico Floreciente; el Postclásico; y, finalmente, el Imperialista, esto es, la época de expansión del Gran Imperio Inca. Al aplicar esta sucesión de períodos a los Andes Centrales, se logra dar sentido de unidad a dicha área, y se facilita la descripción de cada una de las culturas.

Muestra cómo el crecimiento gradual de la civilización peruana llegó a crear las condiciones que permitieron la aparición de la Cultura y el Imperio Inca.

Toda esta seria labor realizada por el investigador británico, se ve realizada por una serie de detalles como los que siguen. Cuando describe los períodos separadamente, remite constantemente a láminas de excelente calidad, elegidas con notable acierto, cada una de ellas provista de su nota explicativa, ilustrando así su exposición. Para quienes deseen profundizar los temas tratados, coloca al final del libro una bibliografía, no extensa pero útil. Un cuadro cronológico y un mapa resultan excelentes auxiliares del lector.

El Dr. Bushnell estimula la vocación arqueológica de sus lectores, al señalar el hecho de que aún cuando se puede tener un cuadro general de la arqueología peruana, existen importantes lagunas, zonas casi vírgenes, y por lo tanto es apremiante la necesidad de investigaciones que establezcan fechas e hitos demarcatorios más concretos.

SILVIA ELENA BUSTOS

LE PAIGE, Gustavo, S. J.: *El Precerámico en la Cordillera Atacameña y los Cementerios del Período Agro-alfarero de San Pedro de Atacama*. Anales de la Universidad del Norte, N° 3. Antofagasta, 1964. 93 páginas, 160 láminas.

Se presenta esta obra con un deseo de completar una serie de publicaciones que han aparecido desde 1958, en donde diversos investigadores a través de sus artículos dieron a conocer la importancia y la riqueza, realmente notable, de la zona de San Pedro de Atacama.

Físicamente la publicación se divide en dos partes: la primera corresponde a la etapa conocida como precerámica y lleva como título "El Precerámico en la Cordillera Atacameña", y la segunda a la faz agro-alfarera con el nombre de "Los cementerios de la época agro-alfarera en San Pedro de Atacama".

La primera parte se ocupa de la ubicación de los sitios-tipos que sirven para la clasificación del Precerámico de la zona atacameña y de los yacimientos con materiales de ese tipo, acompañados con la totalización de los diversos litos recolectados. De esta forma aparecen las fases de Gatchi, Loma Negra,

Puripica, Tulán, Tambillo, Ascotan, El Altiplano. Cierra esta primera parte un pequeño apéndice.

La segunda parte trata de la descripción de numerosos lugares de interés arqueológico correspondientes al período agro-alfarero. Es sorprendente el hecho de que en un perímetro relativamente pequeño hayan aparecido desde 1955, 47 cementerios indígenas ricos en 3131 cuerpos con sus respectivos ajuares. El mismo autor aclara que el objeto de su trabajo es el de entregar un resumen, caracterizando solamente lo que es de mayor interés y que la descripción del material y su enumeración está reservada a futuros trabajos.

La publicación está completada con un abundante material gráfico que consta de 160 láminas, en las que se encuentran dibujos y fotografías, dos índices con una lista bibliográfica.

PABLO SACCHERO

VIVANTE, Armando: *Estado actual de la discusión sobre Pigmeos americanos*.

En: "Revista del Museo de La Plata" (Nueva Serie). Tomo V. Antropología Nº 28. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Ciencias Naturales y Museo. La Plata, 1963.

En los últimos años han aparecido una serie de trabajos monográficos, de diversos autores, sobre el tema de si existieron o no pueblos Pigmeos entre los indígenas americanos; unos autores los aceptan con verdadero entusiasmo, e incluso con fantasía, y otros los niegan violentamente, notándose en ellos lamentablemente más pasión que argumentos científicos.

El autor que comentamos en estas líneas se coloca en una posición mucho más imparcial, propiamente más en una posición de procurar esclarecer la verdad, en vez de seguir una idea previa como es lo que se presenta en la mayoría de los autores citados antes. Por lo mismo merece un comentario detenido y extenso, contemplando en detalle sus argumentaciones.

El trabajo que comentamos se subdivide en 16 partes, incluidas las conclusiones. Comentaremos algunas de ellas.

El problema de los grupos raciales Pigmeos se encuentra centrado, hasta el momento, en diversos pueblos del Viejo Mundo y Oceanía, entre los cuales citaremos a los Pigmeos africanos, los Bosquimanos (que muchos autores apartan del grupo Pigmeo), los Weddas de Ceylán, los Andamanes de las islas homónimas, los Aetas de las Filipinas, los Semang de Malaca, los Toalas de Célebes, los Pigmeos descubiertos no hace mucho en Nueva Guinea, etc. Todos estos grupos son más o menos Negroides, y se les atribuye una cultura de cazadores primitivos, merced a lo cual se ha procurado hacer con ellos una unidad racial y cultural. Es en base a esto que los autores adversarios de la existencia de los Pigmeos en la América indígena se basan para negarlos, ya que no corresponderían ni racial ni culturalmente a ese grupo.

Pero, además, tenemos otros tipos de Pigmeos, como los que aparecen bastante abundantes en el Neolítico occidental y meridional de Europa, durante el Neolítico especialmente, y que, evidentemente, no pueden corresponder a la

unidad pretendida y citada antes. Esto es muy importante para considerar la posible existencia de los Pigmeos americanos.

El autor, Armando Vivante, nos presenta primeramente estos hechos. Luego nos presenta, ordenada y cronológicamente, los numerosos informes existentes sobre la presencia de Pigmeos en la América indígena, entre los cuales existen incluso extensos informes dados por Nicolás Federmann sobre grupos pigmeos del occidente de Venezuela, a los cuales vio y describió en los años 1530-31, o sea en los mismos años del descubrimiento y conquista.

Para épocas más recientes tenemos los informes de otros varios autores, incluso actuales, casi todos los cuales se refieren a la existencia de Pigmeos en la misma Venezuela o sus alrededores. Hay también unos pocos datos sobre el hallazgo de esqueletos y cráneos de Pigmeos en América del Norte, y algunos más sobre la región Andina, especialmente sobre la costa peruana: también algunos de la Argentina. Son bastante numerosos los cráneos antiguos que muestran una capacidad en centímetros cúbicos sumamente reducida, entre 1.000 y 1.200 c. c. Nosotros agregamos haber medido en Potosí un cráneo femenino precolombino con 920 c. c., y que el Dr. Antonio Santiana ha publicado otros de 900 c. c.

Con todo, el que la existencia de individuos y grupos humanos de talla francamente pigmea se ha señalado prácticamente en todo el continente, el problema fundamental de la posible existencia de una raza o razas de Pigmeos en América, parece concentrarse en el occidente de Venezuela, y en la región de la Cordillera de Perijá, en Colombia. Existen allí varias tribus indígenas, que se mantienen hasta hoy en estado primitivo, apenas conocidas, y de las cuales diversos investigadores nos han dado series de medidas de la altura de sus individuos sumamente bajas, no solo inferior a 1,50 m., que marca la estatura que se considera límite para los Pigmeos verdaderos, sino incluso conjuntos que a veces apenas llegan a una estatura de 1,40 m.

Son varios los autores que, con ánimo de negar la existencia de esos Pigmeos americanos, sostuvieron que se trataba de grupos de indígenas comunes que, debido a sus malas condiciones de vida, estaban en un pleno estado de decadencia y degeneración; pero los últimos estudios permiten rechazar completamente eso.

Otra manera de negar la existencia de estos Pigmeos americanos consiste en ver y hacer destacar que, algunas series de ellos, pasan un poquito la estatura media límite de 1,50 m., en uno o dos centímetros, debido a la presencia de algunos individuos más altos, con lo cual se toma la actitud de negarlos a todos.

En Africa, etc., cuando se presentan entre los grupos Pigmeos estos individuos más altos, se los considera mestizos y se los elimina de las "series promedio", pero, en América, según esos autores, eso sería un pecado científico imperdonable.

Por demás, el tipo físico de estos individuos, en lo que podemos ver en las descripciones y fotografías, es bastante variado; Vivante nos dice: "Los waika del Orinoco superior, aún los que conviven dentro del perímetro de la misma comunidad aldeana no son tipológicamente uniformes: los hay del tipo mongoloide, otros de rasgos europoides y, finalmente, otros que se asemejan a los

antiguos pueblos del Viejo Mundo, como los weddha (vedas) de Ceylán" (Pág. 245). Esto corresponde a la descripción hecha por Otto Zerries, que los estudié personalmente.

Campeones de las dos distintas tesis interpretativas sobre la existencia e inexistencia de los Pigmeos en América, son, por la afirmativa, el Dr. Paul Rivet, que los ha sostenido con verdadero entusiasmo, y por la negativa el Dr. Juan Comas, que los ha negado incluso con mayor pasión. Sin duda la tesis de la unidad racial de los indígenas americanos ha intervenido mucho en esta última posición.

La posición final que encontramos en el autor que comentamos, con respecto a la posible existencia de verdaderos Pigmeos en la América precolombina, siguiendo imparcialmente el resultado de los materiales que examina, es francamente favorable a la posible existencia de esa forma humana en la América precolombina, y desde remotos tiempos. No se trata, queremos aclararlo bien, de una idea previa con la cual se haya hecho el trabajo, sino un claro resultado del examen de los abundantísimos materiales que existen sobre la materia.

De nuestra parte, y de ahí el motivo de este comentario, creemos conveniente contribuir a la solución de tan importante problema con algunas informaciones que hemos obtenido en el estudio de los indígenas bolivianos, antiguos y actuales.

En Bolivia, en donde trabajamos, y más especialmente en la región del Departamento de Cochabamba, comenzando por la misma ciudad de este nombre, se pueden ver hoy en la población indígena común, bastantes individuos que por su estatura son no solamente Pigmoides sino verdaderos Pigmeos; especialmente en el mercado popular de esta ciudad, es frecuente ver mujeres cuya estatura no llega a ser de 1,30 metros; hombres de estatura Pigmea son también bastante frecuentes, aunque no tanto como las mujeres, pero en ninguna manera son escaso. Creemos que en cualquier día que se dé una vuelta por los barrios populares de esta ciudad, se pueden ver por lo menos una veintena de estos seres.

Su tipo, en un primer momento, parecería corresponder al de los indígenas comunes y mayoritarios de la región, pero, fijándose bien no se tarda en ver evidentes rasgos diferenciables. En primer lugar, es claro que no se trata en ninguna manera de seres en estado de degeneración debido a malas condiciones de vida, ni tampoco de enanos pues sus caracteres físicos son completamente normales.

Propiamente encontramos la presencia de dos tipos distintos entre estos Pigmeos de Cochabamba: un tipo de estructura delgada, de piernas relativamente largas, con la cara chica en comparación a la parte cefálica, especialmente en su parte mandibular; este tipo lo más comúnmente tiene los cabellos castaño oscuro y algo ondulado; el otro tipo es de cuerpo grueso y rechoncho, con las piernas más cortas y gruesas, de cara más grande y ancha en la región inferior; sus cabellos son lisos. El color en ambos es moreno bastante acentuado, pero los del primer tipo son normalmente un poco más claros.

Pasaremos ahora a ver los hechos que resultan del estudio de los cráneos

precolombinos, de los cuales tenemos una colección de casi 300 en nuestro Museo Arqueológico Universitario, casi todos ellos recogidos personalmente por nosotros y en relación con materiales de cerámica que han permitido establecer su nivel de origen. Todos ellos corresponden a niveles agrícolas, o sea que no sobrepasan una antigüedad de unos 1.000-1.500 años antes de la Era; la mayoría son posteriores a la Era.

Nosotros estamos trabajando con una clasificación propia, en la cual procedemos a distinguir los distintos tipos de cráneos que se presentan en nuestras series, o sea, que en vez de medirlos y sacar los promedios de ellas, los examinamos primero y clasificamos primeramente según sus afinidades, sin tomar en consideración el lugar de procedencia y la serie consiguiente a que pertenezcan. Luego procuramos compararlos con los individuos de los tipos humanos actuales.

En esta forma, todos nuestros cráneos precolombinos se reparten en dos grupos básicos, que denominamos tipo F y tipo H; los mismos, cada uno de ellos, luego se subdividen en una serie sucesiva de ocho tipos, que se consideran evolutivos dentro de los grupos humanos, comenzando por el número más bajo.

Los grupos Pigmeos de todo el mundo se consideran pertenecientes básicamente a los tipos F-2 y H-2.

En los cráneos que disponemos en el Museo Arqueológico de la Universidad Mayor de San Simón, Cochabamba, los tipos F-2 y H-2 se distribuyen en las siguientes capacidades craneanas.

F-2: *Varones*: 1365 1355, 1260, 1195, 1150, promedio: 1265.

Mujeres: 1090, 1100, 1020, 1095, 1170, 1170, 1205, 1220, 1275, promedio: 1149.

H-2: *Varones*: 1330, 1150, 1285, promedio 1255. Un cráneo def.: 1170.

Mujeres: 1125, 1330, 1065, 1190, promedio: 1177.

Se trata, como se ve, de promedios bastantes inferiores a los normales en cualquier grupo racial. Ciertamente, el número de individuos de cada tipo medidos es reducido todavía, pero no por ello deja de ser significativo.

Desgraciadamente todavía no hemos podido comenzar el estudio comparativo con los individuos vivientes de estos tipos humanos que se encuentran, como hemos dicho, comúnmente en Cochabamba. En esta forma, no podemos dar todavía la estatura de estos tipos humanos, en medidas individuales y promedios, las cuales, por demás, según lo que hemos dicho, tienen que resultar francamente de Pigmeos verdaderos.

No sostenemos, por demás, que *todos* los individuos de estos tipos humanos, de los tipos F-2 y H-2, tengan una estatura *por debajo* de 1,50 metros, pero sí creemos que la mayoría de ellos, y lo más probablemente *el promedio*, se encontrará por debajo de la estatura de 1,50 metros, considerada como la del límite entre los verdaderos Pigmeos y las razas de estatura baja.

No desconocemos, por cierto, que la mayoría de los antropólogos considerarán que el método que estamos utilizando no es válido, pues *escogemos* a los individuos, y el procedimiento común consiste en *no escogerlos*, tomando series de individuos al azar dentro de una población, procurando solamente que sean

de un tipo considerado *puro* dentro de la raza que se procura estudiar. A ello contestamos solamente que *hemos aislado* una serie de tipos humanos con características físicas distintas, y que lo que escogemos o discriminamos es su pertenencia o no a tal tipo, sin importarnos por cierto su estatura sino su pertenencia a ese tipo según el conjunto de sus rasgos físicos.

En esta forma, nos parece que el trabajo del Dr. Armando Vivante que comentamos, y en donde se llega a la conclusión de que, la mayoría de los investigadores parece favorable a la existencia de una raza de Pigmeos en América precolombina, recibe confirmación según el estado todavía incompleto de nuestros trabajos en Cochabamba.

Todavía, antes de terminar, otro punto interesante en cuanto a la posibilidad de la persistencia de estos Pigmeos pese a las múltiples cruzas que han tenido que tener con individuos de razas de talla más elevada; la tesis general entre los antropólogos, de que en la cruce de dos razas distintas se produce un tipo más o menos intermedio entre ambas, esta en abierta contradicción con las Leyes de Mendel. Según éstas, tenemos dos hechos que aplicar aquí: 1) Se producen formas intermedias si cruzamos una flor de *Maravilla* de color rojo con otra de color blanco, que nos dan una flor rosada. Esto funciona bien en cuanto a colores, pero no en cuanto a formas: 2) Si cruzamos una arveja redonda lisa con otra arrugada, la redonda lisa es *dominante* por completo en primera generación, y luego se produce la segregación.

O sea, en cuanto a *colores*, existen formas intermedias, por más que inestables en la herencia (sin duda por obrar allí más de una unidad genética), pero en cuanto a *formas*, no existen formas intermedias de ninguna clase.

Lo mismo pasa en nuestros tipos humanos F y H, no existen formas intermedias entre ellas. En cuanto a la estatura, las estaturas altas son *dominantes* sobre las bajas, pero las bajas reaparecen al cruzarse entre sí los individuos que las tienen en forma recesiva.

Cochabamba, Bolivia, 7-IX-1964.

DICK EDGAR IBARRA GRASSO
Director del Museo Arqueológico,
Universidad Mayor de San Simón.
Cochabamba, Bolivia

INDICE DEL TOMO XX (1965)

ARQUEOLOGÍA

- ANA MARÍA LORANDI DE GIECO: *Sobre la aplicación de métodos estadísticos al estudio del arte rupestre*. (Con seis figuras) Pág. 7
- EDUARDO M. CIGLIANO y HORACIO A. CALANDRA: *Hallazgos arqueológicos en la quebrada de Zapagua (Departamento de Humahuaca, Provincia de Jujuy)*. (Con 13 figuras) „ 27
- EDUARDO MARIO CIGLIANO: *Un hallazgo en "Barranca Larga". El yacimiento arqueológico del Mojón 747 de la ruta Tinogasta-Belén (Provincia de Catamarca)*. (Con 10 figuras) „ 37
- VICENTE ORLANDO AGÜERO BLANCH: *El Tembetá. Tipos y área de dispersión en el departamento Malargüe (Prov. de Mendoza)* (Con 7 figuras) „ 49

ETNOBOTÁNICA

- JORGE FERNÁNDEZ: *La Etnobotánica: estado actual de su estudio en la República Argentina*. (Con 7 figuras) „ 71

FOLKLORE Y ANTROPOLOGÍA SOCIAL

- KETTY BOHM DE SAURINA: *La vivienda natural en la zona de San Agustín. (Dpto. Valle Fértil, Prov. San Juan)*. Con 10 figuras „ 107
- VICENTE ORLANDO AGÜERO BLANCH: *La "charquiada" en Malargüe*. (Con una figura) „ 121

NOTAS VARIAS

- E. ROSEL ALBERO: *Una visita a las ruinas de Chan Chan (Perú)*. (Con 5 figuras) „ 127
- ERNESTO BACHMANN: *Observaciones sobre parapetos de piedras en la provincia de Neuquén* „ 137
- LEÓN STRUBE ERDMANN S. V. D.: *Nota sobre Neografía o sea transcripción de lenguas andinas* „ 139

MISCELÁNEA

<i>Las Primeras Jornadas Arqueológicas Cuyanas.</i> (Informe por J. Schobinger)	„	141
<i>La Primera Convención Nacional de Antropología</i> (1ª y 2ª parte) ..	„	145
<i>Actividades del Instituto de Arqueología en 1964</i>	„	147
<i>Actividades del Instituto en 1965</i>	„	151

RESEÑAS

a) Generalidades y Viejo Mundo.

DAUX, Georges: <i>Las etapas de la arqueología.</i> (Pablo Sacchero) ...	„	153
POTRATZ, Johannes: <i>Einführung in die Archäologie.</i> (Juan Schobinger)	„	153
HUXLEY, Thomas Henry: <i>Zeugnisse für die Stellung des Menschen in der Natur.</i> Introd. p. G. Heberer. (Juan Schobinger)	„	155
WEIN, E. J. y OPIFICIUS, R.: <i>7000 Jahre Byblos.</i> (Juan Schobinger) .	„	157
WHEELER, Mortimer: <i>India.</i> (Susana González del Solar)	„	158
b) América.		
POMPA Y POMPA, Antonio: <i>El Instituto Nacional de Antropología e Historia.</i> (Lube S. Roitman)	„	160
BERNAL, Ignacio: <i>Bibliografía de Arqueología y Etnología.</i> (Lube S. Roitman)	„	161
<i>Homenaje a Fernando Márquez-Miranda.</i> (Susana González del Solar)	„	162
HEIZER, Robert F. y BAUMHOFF, Martín A.: <i>Prehistoric rock-art of Nevada and Eastern California.</i> (Juan Schobinger	„	164
BUSHNELL, G. H. S.: <i>Perú.</i> (Silvia Elena Bustos)	„	168
LE PAIGE, Gustavo S. J.: <i>El Precerámico en la Cordillera Atacameña y los Cementerios del Período Agro-alfarero de San Pedro de Atacama.</i> (Pablo Sacchero).	„	169
VIVANTE, Armando: <i>Estado actual de la discusión sobre Pigmeos americanos.</i> (Dick Edgar Ibarra Grasso)	„	170

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR EL DIA 20
DE DICIEMBRE DE 1966 EN LA EDITORIAL TA-
LLERES GRAFICOS "VICTOR HUGO FASANELLA"
RIOJA 1922, MENDOZA, ARGENTINA.